

*honda*

ISSN: 1605-7920  
**no. 33 de 2012**

**Director**

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

**Edición**

SILVIA GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

**Diseño**

LISELOY

**Consejo editorial**

ARMANDO HART DÁVALOS  
ELIADES ACOSTA MATOS  
LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ  
ROLANDO BELLIDO AGUILERA  
MARLEN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ  
OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ  
ORDENEL HEREDIA ROJAS  
HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO  
FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA  
JORGE LOZANO ROS  
RAÚL RODRÍGUEZ LA O  
PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ  
ADALBERTO RONDA VARONA  
RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT  
JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

**Fundadores de la Sociedad Cultural José Martí**

ARMANDO HART DÁVALOS  
ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR  
EUSEBIO LEAL SPENGLER  
CARLOS MARTÍ BRENES  
ABEL PRIETO JIMÉNEZ  
ENRIQUE UBIETA GÓMEZ  
CINTIO VITIER BOLAÑOS

**Redacción**

Calzada 801½ entre 2 y 4,  
El Vedado, La Habana, Cuba.  
Tel.: 830 8289 y 838 2298  
Fax: 833 4672  
revhonda@cubarte.cult.cu

**Portada**

Ignacio Agramonte visto por  
A. Espinosa. Óleo-tela, 1940.

**Impresión**

Ediciones Caribe

Agradecimientos al Museo Provincial  
"Ignacio Agramonte", al Archivo  
de la revista Senderos de la Oficina  
del Historiador de la Ciudad de  
Camagüey y a la Biblioteca del  
Centro de Estudios Martianos por su  
colaboración.

Edición financiada por el Fondo de  
Desarrollo de la Cultura y la Educación.

# Sumario

**Ideas**

Armando Hart Dávalos. *Revolución y juridicidad* / 3

Elda Cento Gómez. *La familia y el deber: dilema de la guerra* / 6

Ricardo Muñoz Gutiérrez. *Agramonte, la virtud de cambiar para servir mejor* / 14

Oscar Loyola. *Imaginar a Agramonte* / 19

Antonio N. Álvarez Pitaluga. *El Atlante de una cultura. Ignacio Agramonte y un mundo a cuestas* / 25

Roberto Pérez Rivero. *Hermoso morir* / 29

**Acontecimientos**

Juan Nuiry. *El centenario del natalicio de José Martí en la memoria* / 35

Randy Saborit Mora. *Patria: a tiempo y en tiempo* / 38

Anette María Jiménez Marata. *La Edad de Oro: nuevo estilo para propósitos nuevos* / 43

Aida Morales Tejeda. *José Martí: un apoteósico homenaje de amor y gratitud* / 49

Lysbeth Daumont. *Con José Martí ante la mar tempestuosa* (entrevista a Daniel Romero Pildaín) / 57

**Presencia**

José Martí. *Céspedes y Agramonte* / 61

**A la de Colibrí**

Alpidio Alonso-Grau. *Donde el amor se dice en sílabas contadas* / 64

**Intimando**

Rafael Polanco. *Martí entre los jóvenes del ISDi. Entrevista a María Eugenia Azcuy* / 68

**Páginas Nuevas**

Danay López Vázquez. *Diarios de campaña* / 72

Yisleny López Delgado. *Una indagación en torno a la poética martiana en tierra azteca* / 74

María Antonia Borroto Trujillo. *Para no separarnos nunca más: cartas de Ignacio Agramonte a Amalia Simoni* / 74

*Los ingenios* / 76

**En Casa**

Eloísa Carreras Varona. *Carlos E. Bojórquez Urzaiz, yucatero ilustre de cubana raíz* / 77

Mauricio Núñez Rodríguez. *José Joaquín Palma en el centenario de su muerte* / 77

*Encuentro Juvenil Nacional "Plaza Martiana"* / 79

**Nuestros autores** / 80

La publicación de un escrito no significa la adhesión de la Sociedad Cultural José Martí a su contenido.

# Página del director

Fue Martí quien definió a Ignacio Agramonte como un diamante con alma de beso, fijándolo así en nuestra historia por su radicalidad en los principios y el humanismo de sus sentimientos. Por eso este número de *Honda* rinde un modesto homenaje a esa figura cimera de la Guerra de los Diez Años, en el aniversario 170 de su natalicio, recogiendo en sus páginas varios trabajos referidos a diferentes aspectos de su personalidad y su trayectoria. Es un personaje que apasiona por lo ardiente e inspirador de su discurso, por su sabiduría como jefe militar y la osadía en el combate, y por su amor cargado de poesía hacia Amalia Simoni. Un artículo de Armando Hart subraya la contribución de Agramonte a la cultura jurídica de la nación cubana, y otros autores, algunos de Camagüey, abordan aspectos tales como la relación con Amalia Simoni y la familia, su genio militar y su muerte en Jimaguayú.

El rescate de Julio Sanguily, protagonizado por Agramonte el 8 de octubre de 1871, será recordado siempre como un ejemplo de coraje y de inteligencia de los combatientes mambises de aquella guerra cruel y desigual. Rubén Martínez Villena, con la sensibilidad del poeta, nos presenta así aquel hecho: “ordenando una carga de locura/ marchó con sus leones al combate/ y se llevó al cautivo en la montura”. La apasionante vida de Ignacio Agramonte debía ser más conocida por nuestros niños y jóvenes como ejemplo de pureza en su conducta personal y ciudadana y por su amor sin límite a la patria cubana. La reciente película de Fernando Pérez *José Martí: El ojo del canario* y su éxito en el público cubano nos proporciona una clave para realizar similares empeños con figuras como Agramonte.

Como es habitual, se incluyen otros interesantes temas relacionados con el Apóstol, entre ellos, la conmemoración del centenario de su natalicio, *La Edad de Oro*, el periódico *Patria* y la inauguración en 1951 del mausoleo que guarda sus restos en el cementerio de Santa Ifigenia.

La sección Ala de Colibrí, a cargo del poeta Alpidio Alonso-Grau, incluye esta vez seis décimas, para regocijo de los amantes del género, que tienen como tema el amor.

En la sección Páginas Nuevas aparecen reseñas de interesantes libros relacionados con Martí y la cultura cubana.

Como hecho inusual, incluimos en el reverso de contraportada el almanaque martiano 2012, con doce ilustraciones realizadas por alumnos del Instituto Superior de Diseño con el cual la Sociedad Cultural ha venido desarrollando una provechosa colaboración —en particular con la Cátedra martiana “José Cantón Navarro”, presidida por la profesora María Eugenia Azcuy—. En la sección Intimando recogemos la entrevista realizada a esta profesora con detalles sobre el tema.

Por último, la sección En Casa recoge informaciones relacionadas con la actividad de la Sociedad Cultural, entre ellas una nota que da cuenta de la celebración del Encuentro Juvenil Plaza Martiana que reunió en la capital a jóvenes provenientes de todas las provincias. Por decisión unánime de los participantes quedó constituido un Consejo Nacional para darle continuidad a este trabajo con los jóvenes que figura como uno de los temas priorizados del quehacer de la Sociedad Cultural en todo el país. ■



RAFAEL POLANCO BRAHOJOS  
Director



## Revolución y juridicidad

ARMANDO HART DÁVALOS

El presente número de *Honda* dedicado a exaltar la figura de Ignacio Agramonte nos brinda la ocasión de reflexionar sobre la impronta que esta figura esencial ha dejado en nuestra historia, el significado de la Constitución de la República en Armas el 10 de abril de 1869, y la tradición jurídica de la nación cubana. La mejor manera de hacer frente a los desafíos que estos inicios del siglo XXI han puesto ante nosotros es precisamente profundizando y enriqueciendo la conciencia histórica acerca de cómo surgió nuestra nación, nuestra Revolución y nuestro Estado.

El 10 de octubre de 1868, en el ingenio La Demajagua, el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes, liberó a sus esclavos y proclamó la independencia del país. Así, tras dilatada gestación, emergía la nación cubana. Casi seis meses después, el 10 de abril de 1869, en la Asamblea de Guáimaro, Camagüey, se proclamó la Constitución de la República en Armas. Fue un proceso antecedido de debates y contradicciones que culminó con la unidad de los cubanos que abrazaron la causa de la independencia alrededor de

los principios jurídicos y políticos más avanzados de la humanidad en su época. Quedó plasmado un régimen de derecho en medio de la manigua redentora que contenía los más altos valores morales y políticos de la llamada civilización occidental. Ahí está la raíz de su importancia para todas las épocas.

En esa Asamblea sobresale Ignacio Agramonte, un gigante de la palabra y del pensamiento que con sus veintisiete años fue sin duda uno de sus principales actores y del surgimiento de la primera República de Cuba en Armas el 10 de abril de 1869. La Constitución allí aprobada, la primera de la nación cubana, proclamó la libertad del hombre de manera radical, convirtiendo a todos los habitantes de la naciente República, –incluyendo, desde luego, a los antiguos esclavos–, en hombres enteramente libres. Ignacio Agramonte y Antonio Zambrano redactaron el texto de aquella Constitución, acordado con muy pocas enmiendas.

Allí, en la Asamblea de Guáimaro fue donde, como señaló Fidel, tuvo lugar “aquel esfuerzo de constituir una República en plena manigua, aquel esfuerzo por

dotar a la República en plena guerra de sus instituciones y sus leyes.”<sup>1</sup>

Debemos señalar que en el período que precedió la celebración de la Asamblea de Guáimaro, que debía unificar las fuerzas independentistas, se enfrentaron dos concepciones contradictorias acerca de cómo dirigir la guerra representadas por Céspedes y Agramonte.

Céspedes defendía la idea de organizar y dirigir la guerra a través de una autoridad fuerte, centralizada en un jefe con el objetivo de lograr, en el más breve plazo posible, la derrota de España. Agramonte, por su parte, abogaba por otorgar las máximas prerrogativas a una asamblea poco numerosa que reuniera a los mejores representantes de las ideas de la independencia y con un pensamiento social muy influido por la Revolución Francesa. Era partidario de la abolición inmediata de la esclavitud, la separación de la Iglesia del Estado y del establecimiento de una república federada. Rechazaba las concepciones de Céspedes por considerar que conducían a un militarismo dictatorial.

El texto de la Constitución aprobado en Guáimaro refleja un compromiso entre ambas posturas aunque, como se ha señalado, la corriente representada por Céspedes fue la que más concesiones hizo. Martí refleja lo sucedido del siguiente modo:

El 10 de abril hubo en Guáimaro Junta para unir las dos divisiones del Centro y del Oriente. Aquella había tomado la forma republicana; esta la militar. –Céspedes se plegó a la forma del Centro. No la creía conveniente; pero creía inconvenientes las disensiones. Sacrificaba su amor propio– lo que nadie sacrifica.<sup>2</sup>

El 10 de abril de 1869 cristalizó en Cuba una república que llevaba, junto a la grandeza de haber superado inicialmente estas contradicciones, los gérmenes de posteriores dificultades insalvables. Martí nuevamente con su análisis certero caracteriza la situación: “La Cámara; ansiosa de gloria –pura, pero inoportuna, hacía leyes de educación y de agricultura, cuando el único arado era el machete; la batalla, la escuela; la tinta, la sangre”. Y más adelante, refiriéndose a las mencionadas contradicciones que se desarrollaron posteriormente entre Céspedes y la Cámara apunta:

Él tenía un fin rápido, único: la independencia de la patria. La Cámara tenía otro: lo que será el país después de la independencia. Los dos tenían razón; pero en el momento de la lucha, la Cámara la tenía segundamente.<sup>3</sup>

Como podrá apreciarse resulta muy difícil caracterizar la figura de Agramonte sin referirse a este debate de ideas. Por eso me interesa resaltar siempre su enorme significación para la tradición jurídica de nuestro país y la trascendencia política, social e histórica de aquellos acontecimientos.

Cuando decimos que la Constitución de Guáimaro estaba inspirada en las ideas más avanzadas de su tiempo no nos estamos refiriendo a la forma en que el llamado pensamiento liberal se interpretó y desarrolló en Europa y Estados Unidos.

El liberalismo europeo y el norteamericano se entroncaron con el sistema capitalista y la consolidación y ampliación de la esclavitud. No fue hasta un siglo después de la independencia que en Estados Unidos se abolió la esclavitud e incluso permaneció en pie la discriminación y se comenzó a desarrollar con fuerza un nuevo e injusto régimen de explotación, el del capitalismo.

En América Latina, el pensamiento del siglo XVIII europeo se articuló desde los primeros tiempos, es decir, desde la época de la revolución triunfante en Haití en 1804, hace dos siglos, con la idea de abolir la esclavitud y alcanzar la plena independencia frente al colonialismo.

Por eso podemos exaltar con legítimo orgullo nuestra tradición jurídica. Nosotros, los latinoamericanos y caribeños, desde el siglo XIX empezamos a enriquecer el pensamiento liberal y lo hicimos de tal forma que en Cuba nos condujo a un pensamiento superior: el de José Martí, y que en el siglo XX, sobre la base de estos gloriosos antecedentes alcanzamos, su articulación con el ideal socialista de Marx, Engels y Lenin. Nuestro liberalismo, el de Céspedes, Agramonte, y los demás próceres de la primera mitad del siglo XIX, nos condujo a Martí, a Mella y a Fidel Castro, es decir, al pensamiento más progresista de la modernidad.

Nuestra revolución fue forjadora de la nación, la de Céspedes, Agramonte, Maceo y Martí; la de Mella y el Directorio del 27 y el del 30, la de los fundadores del Partido Comunista, la de los héroes y mártires del Moncada, Girón y la Crisis de Octubre, la de los

<sup>1</sup> Fidel Castro, “Discurso pronunciado en la velada solemne en Camagüey, por el Centenario de la caída en combate del Mayor General Ignacio Agramonte”, 11 de mayo de 1973, Editora Política, La Habana, 1983, p. 35.

<sup>2</sup> José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 22, p. 235.

<sup>3</sup> Ídem.

internacionalistas de las últimas décadas, la de nuestros Cinco Héroes.

Tres formas de Estado ha tenido Cuba: la República en Armas, la neocolonial y la república independiente y socialista.

La primera, la República en Armas, que con el largo intervalo de *la tregua fecunda*, tras el Zanjón, se extendió por treinta años, es decir, hasta 1898, cuando por presión arbitraria e ilegal del imperio naciente se disolvió en la dramática Asamblea del Cerro. La segunda, la república neocolonial surgida en 1902 cuando el imperio yanqui nos impuso la enmienda Platt para frustrar los nobles ideales de los constituyentistas y establecer en el país su dominación económica, política y social; y por último, la tercera república, la nacida el 1º de enero de 1959, cuando los nuevos mambises, comandados por Fidel, entraron por primera vez en la ciudad de Santiago de Cuba. República independiente que proclamó, en vísperas de Girón, el 16 de abril de 1961, su carácter socialista. Es importante destacar que si la República en Armas tuvo una Constitución del más elevado pensamiento democrático del mundo de su época, la neocolonial también recogió parte de esa tradición intelectual y moral, pero que fue mancillada por la imposición de la enmienda Platt, ajena al espíritu de los constituyentistas.

Juan Gualberto Gómez ha quedado como el símbolo más alto de la Asamblea Constituyente de 1901 y de la oposición consecuente al engendro aprobado por el Congreso yanqui.

Asimismo, más tarde, durante la república neocolonial nuestro pueblo fue capaz de producir, en 1940, un texto constitucional que se situó en lo más adelantado de su tiempo. Es importante estudiar estos tres textos legales (1869, 1901 y 1940) porque en ellos se puede encontrar la evolución del pensamiento jurídico cubano antes de la Revolución, que precisamente sirvió de antecedente al proceso iniciado en el Moncada y continuado con la proclamación del carácter socialista de la Revolución.

Por eso hay que dejar bien claro en la conciencia revolucionaria del país que quienes mañana traten de quebrantar la ley, cualesquiera sean sus propósitos o motivaciones, provocarán la división en el pueblo y, por tanto, facilitarán la acción del enemigo. De ahí la insistencia del compañero Raúl en el respeto a la institucionalidad y a la Constitución como garantía de la continuidad del socialismo en nuestro país.

Todos estos temas se relacionan estrechamente en nuestros días con la defensa del derecho y de la juridicidad. Por eso he venido destacando la impor-

tancia de nuestra cultura jurídica y de una tradición que tiene como punto inicial la proclamación de la República en Armas, en Guáimaro, el 10 de abril de 1869 y está jalonada por acontecimientos jurídicos de gran importancia como *La historia me absolverá*.

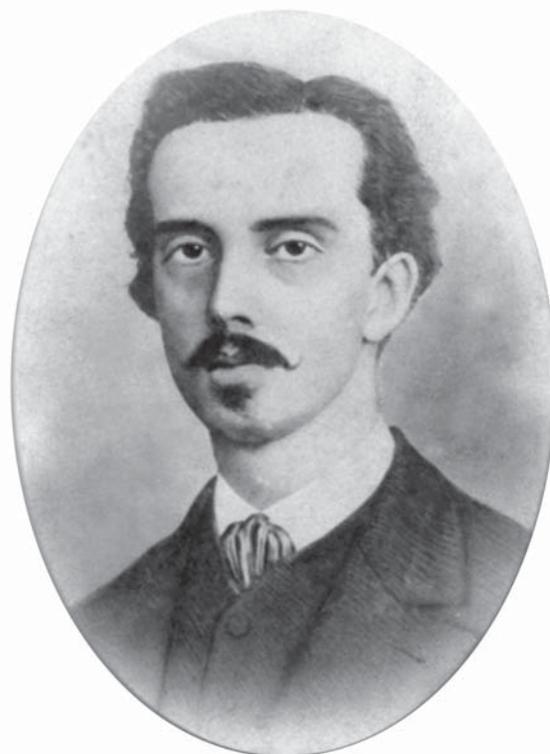
Aquel célebre alegato de autodefensa de Fidel ante el Tribunal de Urgencia se presenta en el nuevo milenio como el documento revolucionario más importante del siglo xx cubano, con alcance latinoamericano y mundial. Es el acta de nacimiento del período histórico de los últimos cincuenta años, es decir, de la Revolución triunfante en 1959.

En las actuales condiciones, la defensa de la ley y del derecho se ha convertido en la clave necesaria para abrir vías a un cambio social y para defender la propia existencia de la humanidad.

La ruptura del orden jurídico internacional y el desprecio por las más elementales normas de la ética por parte del imperialismo y sus aliados, como la legalización de la tortura, están en el trasfondo de los graves problemas que hoy enfrenta la humanidad. Está en peligro la propia existencia del género debido a los problemas climáticos, el crecimiento del armamentismo, la crisis alimentaria y muchos otros que se requiere afrontar sobre el fundamento del derecho, la ética y la justicia con alcance y valor universales, que es lo que está en el fondo de la mejor tradición política y jurídica cubana.

También el derecho es un arma en la lucha contra el terrorismo, en particular para promover las acciones que denuncien la hipocresía y el cinismo de la actual administración estadounidense en el caso de Posada Carriles y su pandilla, de una parte, y el trato cruel y arbitrario jurídicamente que se da a nuestros Cinco Héroes, por otra. La prueba más hermosa del espíritu jurídico de la nación cubana está hoy en el ejemplo imperecedero de Ramón, Gerardo, Antonio, René y Fernando. Mantener esa lucha por la libertad de Gerardo, Antonio, Ramón y Fernando encarcelados injustamente y porque se le permita a René regresar a su patria y reunirse con su familia constituye un compromiso permanente.

Como conclusión, en la conciencia cubana están grabadas dos categorías esenciales que andan divorciadas en el mundo de hoy: ética y derecho. Ambas solo pueden alcanzar plenitud de desarrollo cuando se articulan entre sí y orientan la acción popular en búsqueda de un mundo mejor. Nuestro pueblo escogió el socialismo como la única posibilidad de garantizar el equilibrio social indispensable para gobernar, y lo hicimos porque con Martí aprendimos a creer en la vida futura y en la utilidad de la virtud. ■



## La familia y el deber: dilema de la guerra

ELDA CENTO GÓMEZ

**C**onfieso que, como buena parte de mis coterreños, siento un cariño inmenso por Ignacio Agramonte. Nunca me he creído inmune a la seducción legendaria de su figura, y me alegro de ello. Siento que me permite una perspectiva especial. No será una declaración muy científica y mucho menos académica, pero pido dispensa como cualquier hija de vecino. Tal vez solo necesitaría evocar en mi favor algunas anécdotas preservadas por amigos y compañeros de armas que mimaron su recuerdo o, ¿simplemente?, la imagen de la varonil belleza del héroe y ese amor sin límites que le profesó a Amalia Simoni.

Quienes se hayan acercado a la biografía como género historiográfico saben que allí está uno de sus principales riesgos: la seducción que el personaje acaba siempre por producir en el investigador; aunque también existe otro –tal vez hasta mayor–: el de erigir con palabras esculturas de mármol o de bronce, las cuales, desde su ineludible aliento de perfección/veneración pueden más que acercar, alejar.

En consonancia con ello tampoco tomo partido con quienes –un tanto situados en el extremo opuesto–, anuncian biografías de héroes “humanizados”; pues considero que estos alcanzaron esa dimensión, precisamente, porque pusieron sobre sus hombros toda la carga de humanidad que les fue dable. Otra cosa sería la construcción, digamos, de imágenes de carne y hueso, pero –y la conjunción es crucial– sin que ello se torne una búsqueda *per se* de imperfecciones, debilidades y errores, sobre las cuales sustentar un balance de lo “humano” en estos protagonistas especiales de la Historia.

El horizonte estaría en lo perfectible. No creo que en el discurso historiográfico cubano exista otra personalidad más paradigmática –en tanto conjunción de rasgos positivos–, que la del bayardo camagüeyano, y empleo este apelativo, en alguna ocasión cuestionado, por aquello de “caballero sin miedo y sin tacha”. En realidad, Ignacio alcanzó a vivir tan poco tiempo –y por demás la muerte lo

alcanzó en plena gloria—, que es difícil hallar conformadas sombras en su vida, lo cual no implica el olvido de que, como todo hombre, ascendió sus escalas. Domeñar su carácter susceptible, impulsivo y apasionado, fue tal vez uno de sus mayores retos. Pocos como Martí para comprenderlo, y así se aprecia cuando escribió que Agramonte con la guerra, había domado “de la primera embestida la soberbia natural”; para concluir que acaso no hubiera existido “otro hombre que en grado semejante haya sometido en horas de tumulto su autoridad natural a la de la patria!”<sup>1</sup> En esa lucha consigo mismo reside uno de los más sólidos pilares de su ejemplaridad, no expuesto todo lo necesario en los textos dedicados a su figura,<sup>2</sup> muchos de ellos en el sutil límite de la apología de una vida que tuvo, es innegable, todas las condiciones para ser su objeto.

Uno de los componentes más importantes de la leyenda agramontina es Amalia. La historia de amor de Ignacio y la hermosa y culta dama principense parece más propia de una novela romántica que de la vida real, ihasta el signo de lo imposible rondó sobre ella en sus inicios por la oposición paterna! Las separaciones durante el noviazgo, la guerra y el exilio motivaron un intenso intercambio epistolar, del que es lamentable la desproporción del número de los textos conservados, pues mientras de él se conocen más de un centenar de cartas, de ella solamente una.<sup>3</sup>

Esta correspondencia muestra la maduración del héroe. Las extensas cartas del noviazgo son seguidas por las breves esquelas de la guerra, para concluir en las largas misivas de la separación por el exilio de Amalia. En ellas se trasluce no solo el tránsito del estudiante al jurista, al militar; sino, además, el no menos importante del novio al esposo, al padre.

Las epístolas del noviazgo coinciden con la etapa de conspirador de Ignacio, y la ausencia de abiertos comentarios políticos en ellas no ha dejado de incidir

en los criterios sobre la Simoni, por demás los más comunes a la hora de enunciar el papel de las mujeres en los primeros procesos revolucionarios del XIX: madres devotas, sufridas esposas y amantes hijas. Como meras sombras alrededor de sus hombres.<sup>4</sup> Es presumible que al imprescindible sigilo de la conspiración se uniera la impaciencia del joven que no quiere perder ocasión de testimoniarle a su amada la magnitud de su afecto. Lo interesante del caso es que, veladas en la mención de lo cotidiano, sí hay referencias patrióticas en esos textos, en particular en aquellos donde Ignacio rememora momentos vividos juntos o se mencionan amigos comunes. Sirva de ejemplo la carta fechada el 7 de junio de 1867, la cual permite calificar el círculo de sus amistades. En ella se lee:

Tenía ya noticias del concierto de Lafuente de que me hablas: me celebran mucho una poesía de Rubalcaba á Isabel, me dicen que Mendoza estuvo muy bien en el recitado de la poesía de su hermano, que se hizo repetir, y que Lafuente fué poco aplaudido porque es un hermoso gorrión. Por esta calificación comprenderás quien me dió los informes [...].<sup>5</sup>

¡Qué amigos! Se trata del futuro brigadier Francisco Muñoz Rubalcaba y de los hermanos Tomás y Cristóbal Mendoza Durán; este último estuvo entre los iniciadores de Las Clavellinas y alcanzó las estrellas de coronel. El incógnito personaje que le dio otros detalles de lo que debió ser una velada de la Sociedad Filarmónica, empleó para referirse al pianista zaragozano Mariano Lafuente un término de alineación política, pues como “gorriones” eran significados los partidarios del integrismo, y si fue poco aplaudido, entonces es presumible que en ese público —entre el que ella debió estar— hubiera un predominio de cubanos.<sup>6</sup>

En otro momento de la misiva trata de calmar las aprensiones de Amalia quien teme que su amado no

<sup>1</sup> José Martí, “Céspedes y Agramonte”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 4, p. 361.

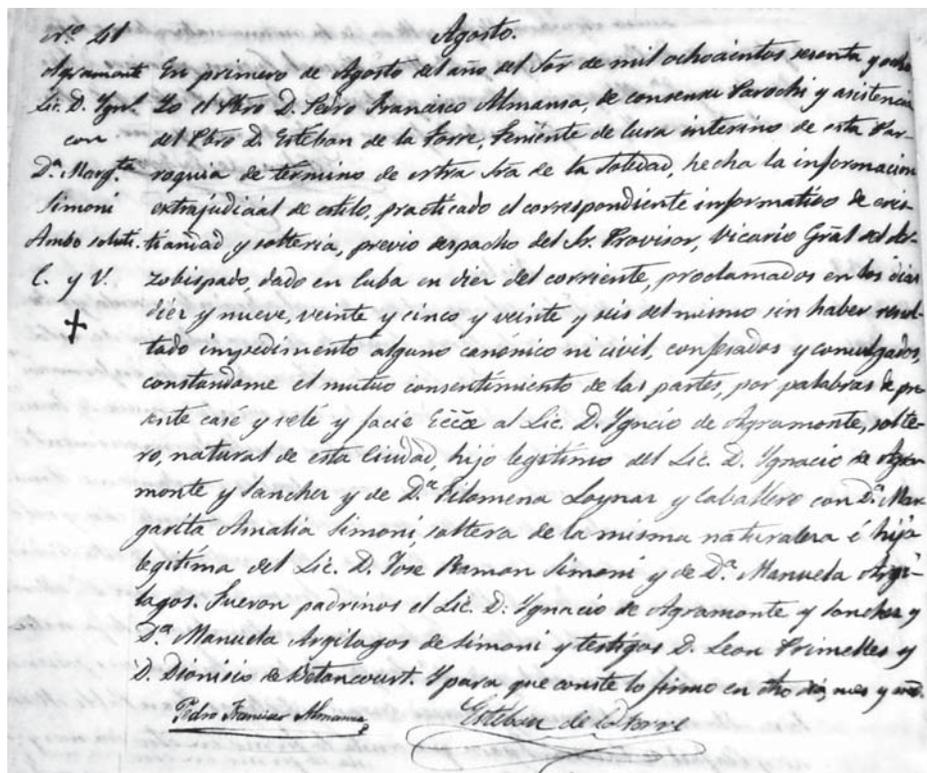
<sup>2</sup> Tales referencias se hacen con frecuencia en los estudios relativos a sus relaciones con Carlos Manuel de Céspedes.

<sup>3</sup> Ver: Elda Cento Gómez, Roberto Pérez Rivero y José María Camero Álvarez, *Para no separarnos nunca más. Cartas de Ignacio Agramonte a Amalia Simoni*, Casa Editora Abril, La Habana, 2009. Esta compilación reúne 123 cartas escritas por Agramonte a su esposa. Luego de la publicación del libro tuve acceso a dos misivas más, lo cual elevaría la cifra de cartas conocidas a 125. El destino de las cartas de Amalia es una incógnita —no despejada ni por sus propios descendientes—, no obstante, es tal la riqueza del diálogo de los amantes que el contenido de las cartas de ella no nos es del todo desconocido.

<sup>4</sup> Ver: E. Cento Gómez, “Las mujeres se fueron a la guerra: los papeles asumidos”, en Colectivo de autores, *Presencia femenina en Cuba: luchas y representaciones*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2010, pp. 54-63.

<sup>5</sup> E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., p. 82. En todas las citas de documentos se respeta su ortografía y sintaxis. De igual modo, todas las palabras subrayadas lo están en los manuscritos.

<sup>6</sup> La Sociedad Filarmónica de Puerto Príncipe, institución de gran prestigio, vio languidecidas sus actividades luego del inicio de la guerra, pues una buena parte de sus asociados habían partido a la manigua o a la emigración. Considerada por las autoridades como foco de infidentes fue clausurada en el propio 1868. En la actualidad es la sede de la Biblioteca Provincial “Julio Antonio Mella”.



Acta de matrimonio de Ignacio Agramonte y Amalia Simoni.

pueda llegar a Puerto Príncipe en la fecha prometida. Concluye sus explicaciones con estas palabras: “Por ti y por el mismo estado de inquietud en que se me dice están allí los ánimos, temiendo que se repitan las escenas del año pasado, no debo demorar mas mi viaje”.<sup>7</sup> ¿Estado de inquietud? ¿Qué había ocurrido durante el San Juan de 1866? Sin entrar en mayores detalles, que una de las previsibles bromas<sup>8</sup> de estos festejos casi había derivado en un enfrentamiento en la Plaza de Armas entre militares españoles y cubanos, entre los que estaban Bernabé de Varona, Salvador Cisneros y Augusto Arango. Solo las medidas punitivas tomadas por el gobernador Julián de Mena evitaron el choque. Conocidos los antecedentes, de lo que se trata entonces es de un compromiso, o sea, que Ignacio se siente en el deber de estar en su ciudad natal por lo que pueda ocurrir... y no solo para proteger a Amalia, porque para eso se bastaba su padre, el doctor José Ramón Simoni.

<sup>7</sup> E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., p. 82.

<sup>8</sup> En la historiografía local se identifica como el incidente Bembeta-Pazo. Una de las prácticas más comunes del San Juan príncipeño eran las bromas, algunas bastante pesadas, como arrojar a los transeúntes bolsitas con alquitrán.

Lo dicho hasta aquí hace sostenible la presunción de que la situación política de Cuba fue tema de conversación de los enamorados; no obstante, léase con mesura mi aserto. No quiero hacer de Amalia una conspiradora; las mujeres estaban fuera del círculo donde se tomaban las decisiones.

Probablemente fueron consejeras en el secreto de la alcoba, escucharon de los anhelos, temores y frustraciones de sus parejas y muchas veces tuvieron que permanecer solas en el hogar, soportando la peor angustia: la de no conocer lo que realmente sucedía. La grandeza de Amalia en aquellos días fue la de saber callar y esperar, la de no exigir la atención que como joven esposa podría reclamar y, más aún, la de sacrificar los sueños de vida estable que como rica heredera podría albergar [...]<sup>9</sup>

El que sería uno de los grandes dilemas de la guerra estuvo entre los amantes desde los inicios del noviazgo:

En una de tus cartas leo estas palabras: “tu deber antes que mi felicidad es mi gusto, Ignacio mío” [...] Sin embargo, yo te aseguro que vacilaría si alguna vez encontrara tu felicidad y mi deber frente a frente; creo que ya te lo dije en una ocasión. Ojalá nunca se encuentren [...]<sup>10</sup>

Aunque la significación del concepto del deber tal vez no trascendiera en aquellos momentos del ámbito profesional o tal vez del familiar –siempre unido al del honor–, las palabras de Agramonte son de una honestidad y fuerza desgarradora. Trágicamente la guerra hizo que se encontraran, frente a frente y en más de una ocasión.

Ninguno de los dos debió tener plena conciencia del alcance del enfrentamiento la primera vez que debieron afrontarlo. La insurrección se había ini-

<sup>9</sup> Roberto Méndez Martínez y Ana María Pérez Pino, *Amalia Simoni. Una vida oculta*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009, p. 78.

<sup>10</sup> E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, carta del 13 de abril de 1867, en ob. cit., pp. 48-49.

ciado en el Camagüey el 4 de noviembre de 1868 e Ignacio debía marchar a ella en cumplimiento de la palabra empeñada y de su jerarquía dentro del movimiento conspirativo. Lo hará una semana después. Tienen apenas tres meses de casados y Amalia sufre las molestias iniciales de todo embarazo. Debieron conversar largamente, también con Manuelita –la suegra–, quien al parecer había expresado algunas reservas cuando su otro yerno, Eduardo, dio paso similar en Las Clavellinas.<sup>11</sup> Entre abrazos, suspiros y promesas de amor eterno debió ser ese el primer adiós de la guerra, a la puerta de la casa de San Juan 19. “¡Cuánto te ama tu Ignacio, Amalia mía! Sin embargo, sigamos el deber”,<sup>12</sup> afirma Agramonte en la primera carta que desde la insurrección le escribirá.

Con el paso de los días la sublevación comienza a ganar forma y a enfrentar sus primeros conflictos internos. En las semanas siguientes comenzará el éxodo de las familias hacia el campo, lo cual le imprimirá a esta guerra uno de sus rasgos más peculiares, simiente de más de un conflicto, pues estos hombres creyeron –al menos en sus inicios– que la guerra no sería larga y cruenta, y que el mejor modo de proteger a sus seres queridos era tenerlos cerca, en un esquema más próximo al modo como los caballeros medievales defendieron su feudo, que al enfrentamiento militar que se estaba planteando.

La red familiar de los Simoni-Agramonte se instaló en La Matilde, una finca propiedad de los suegros de Ignacio en las cercanías de Sibanicú. A ella acude siempre que puede el bisoño militar; a veces solo permanece horas, en otras ocasiones puede hacerlo varios días, “de tal modo siento la necesidad de verte, que aprovecharé cualq<sup>a</sup> oportunidad, aunque no sea mayor que el ojo de una aguja”.<sup>13</sup> Luego, el recrudecimiento de las operaciones militares y la violencia desplegada por el ejército español contra las familias cubanas, los harán desplazarse en más de una ocasión, entre ellas, a Arroyo Hondo, donde nació el primogénito

de la pareja,<sup>14</sup> y a una finca llamada La Angostura, que sería el lugar inmortalizado por ellos como El Idilio.

Las casi siempre breves cartas del año y medio que permanecen juntos en la manigua no dicen mucho de la guerra, solo lo necesario para calmar los temores de Amalia y levantar los ánimos. Son una despedida constante. Es lógico que así sea, ella comparte los sobresaltos y las preocupaciones del soldado. Tampoco vanagloriarse ha sido nunca un rasgo de la personalidad de Agramonte, le es más afín la inconformidad.

Ignacio cerrará sus primeras misivas con frases propias de una tragedia romántica: “Adiós, Amalia mía; aun después de la muerte te amaré tu Ignacio”, “Tuyo aun après le tombeau” o “Tuyo hasta la muerte y aun después”. Luego, a medida que las privaciones y riesgos aumentan, gana espacio el enfático ruego: “Cuídate mucho”, “Cuídate, mi ángel adorado, procura estar contenta y alegre siempre, que por ti y para ti vive tu eterno adorador”, “Cuídate muchísimo; no olvides que eres el delirio único de tu Ignacio”.<sup>15</sup>

En realidad, son cartas impacientes. Expresan la lucha íntima entre sus deseos de hombre y las exigencias del patriotismo:

No puedes figurarte, bien mío, mi ansiedad, porque acabe de emprender su marcha esta columna, para poder verte luego. Un siglo parece que ha transcurrido desde que me separé últimamente y ni los deberes para con la patria, ni el entusiasmo que me inspira la esperanza de un triunfo definitivo sobre aquella, son bastantes a mitigar la sed ardiente de verte. No sé vivir, no puedo vivir, sino á tu lado, un desierto me parece un paraíso; mejor dicho, el cielo, y tú mi única deidad.<sup>16</sup>

Es tal la magnitud del conflicto, que en ocasiones hasta se le escapan quejas, como al más enamorado y común de los mortales:

¡Qué pesados me están pareciendo, la guerra, los soldados, y los fusiles desde que veo pasar uno y otro día

<sup>11</sup> La conjetura tiene por base una carta de Eduardo a Matilde, en la que refiriéndose a su suegra y a Amalia se pregunta: “¿Y como si hallaron que yo era loco y tantas otras cosas han permitido qe. Igno. incurra en la misma locura? Parece qe. á pesar de todo hallaron que tú tenías razón al decir que era necesario no tener honor, para no hacer lo mismo que yo los que no tenían una familia que cuidar ú otros motivos poderosos”. (Emilio Godínez Sosa, *Eduardo Agramonte*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975, p. 305.)

<sup>12</sup> E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., p. 213.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 225.

<sup>14</sup> A quien nombraron Alberto Ernesto, hasta que al ser bautizado en Nueva York –junto a su hermana Herminia, a la que no conoció El Mayor–, se le nombró Ignacio Ernesto en honor a su padre muerto. Agramonte se refiere a él en varias ocasiones como “el mambisito”: “¿Quieres que le reserve el puesto de cabo primero al mambisito?”; “No pienso en otra cosa ni sueño sino contigo y con nuestro mambisito”; “Como está D. Mambisito? ¿Ya se puso bonito? ¡Cuánto deseo verlo!”. (*Ibidem*, pp. 241, 243 y 268.)

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 213, 218, 219, 224, 231 y 235.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 263.



sin que me permitan ver á mi ángel querido y á nuestro chiquitín!<sup>17</sup>

[...]

¡que largos son los días pasados lejos de ti! Algunas veces todo lo llevo con resignación pensando en la libertad de Cuba, pero con mas frecuencia me parece una necesidad cruel que para servir á aquella tenga que vivir separado de tu lado, y mi corazón rebosa de inconformidad.<sup>18</sup>

No se pierda de vista que, como tantos, Agramonte es un hombre de familia que le está entregando todo a la patria. En febrero de 1870 Ignacio vive de nuevo el dilema que he elegido para guiar estas páginas: recibe la noticia de la muerte de su padre en Estados Unidos y de inmediato toma una decisión, impulsiva, visceral:

marchará junto a su madre.<sup>19</sup> Debió sentir en ese instante que el tiempo no había pasado y seguía siendo el joven que posó al centro de la foto familiar con las manos sobre los hombros de su padre y su hermano, en gesto protector. Pero la realidad era otra y debía dar un paso difícil, abandonar el mando de las fuerzas del Camagüey. Lo hizo. Cuatro días después de recibir la noticia, en fraternal carta al presidente Carlos Manuel de Céspedes le explica las razones de la dimisión:

C. Cárlos Manl. de Céspedes

Arroyo Hondo, febo10/870

Mi distinguido y querido amigo: gracias, mil gracias por las manifestaciones afectuosas de la carta de U. del 1o del corriente. Nunca las palabras de la amistad se hacen sentir mas que cuando en momentos de una desgracia.

Siempre lo es la pérdida de un padre; pero el mio querido amigo, era modelo de los padres. Siempre se desvivió por la suerte de sus hijos, y el amor de su familia, era, puede decirse, la condición distintiva de su carácter. El á costa de sacrificios sin cuento logró darnos una carrera literaria á Enrique y á mí, sus hijos mayores; y hoy su muerte deja en el mayor desamparo en país ecestrangero una viuda, dos hijas y un hijo de doce años. Su reducida fortuna nada produce en la revolucion, que él como nosotros, acogió con ardiente entusiasmo.

Este cúmulo de circunstancias nos crea á Enrique y á mí el deber imperioso é ineludible de volar al lado de nuestra familia y por medio de un constante trabajo, donde quiera que la suerte nos lo proporcione, facilitarle los recursos mas necesarios de subsistencia, y para ello ruego á U. encarecidamente allane todos los inconvenientes que pueda ofrecer nuestra marcha. Los términos afectuosos de su carta, la amistad que profesaba á mi padre, y lo sagrado del deber que nos impone la desgracia que experimentamos Enrique y yo, me dan derecho á esperar de U. ese favor.

Desde los primeros momentos de la revolucion, llenos de fé y de celo patriótico tomamos una parte activa en la lucha, y ofrecimos nuestra sangre por la Independencia de Cuba. Ojalá, Cuba hubiera aceptado el sacrificio, en vez de que la suerte viniera á arrebatar á nuestra fama

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 241-242.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 274.

<sup>19</sup> Que la decisión de partir fue tomada como un relámpago lo indica la carta que le escribe a Amalia el 6 de febrero: "Acabo de saber de una manera positiva la muerte de Papá en los E.U. Figúrate que será, Amalia mía, de mi madre y mis hermanos. Salgo en busca de Emilio Mola para tomar detalles y luego te veré. Tengo un propósito que comunicarte". (*Ibidem*, p. 269.)

una vida mas preciosa y que era su único apoyo en el extranjero.

Pero no ha sucedido así, y es seguro habrá probado mil amarguras desde el 18 de Noviembre, que, sabemos ahora, murió nuestro padre. Nosotros dispuestos á morir por la libertad de Cuba, no podemos ni debemos ofrecerle el sacrificio de nuestra familia, de una viuda y tres huérfanos, á los cuales se unirá en breve mi esposa y mi niño.

Una vez mas ruego á U. allane todas las dificultades que pueda ofrecer nuestra marcha á cumplir deberes sagrados.

No dude un momento, que donde quiera que tengamos que fijar nuestra residencia para procurar con muchos esfuerzos la subsistencia de los seres que son mas queridos, allí tendrá Cuba dos hijos entusiastas, y su Gobierno, dos servidores constantes.

En cuanto á U. en particular, tendrá siempre un amigo en el hijo de su antiguo compañero de estudios.<sup>20</sup>

La renuncia le fue aceptada de inmediato, “aunque con el mayor sentimiento por las relevantes prendas de abnegación y patriotismo de que tantas pruebas ha dado U. á la patria”.<sup>21</sup> La noticia cayó como un rayo entre sus hombres. Varios incluso le pidieron reconsiderara la decisión. Algunos de los criterios expuestos por Manuel Ramón Silva en carta escrita el 14 de febrero, son muestra del estado de opinión creado:

[...] no dudo declarar con la franqueza que me es propia, que era V. el hombre que me inspira la mayor confianza en la revolución. Creo que después de la separación de Quesada, de la deserción de algunos hombres de la milicia i la desorganización que en algunos ramos de la admon. pública ha ocasionado el enemigo en su marcha triunfal por nuestro territorio, la ausencia de V. viene á poner el sello al mal de la situación. [...] Yo creo, mi buen h., que V. no debe, bajo ningún concepto, abandonar á Cuba. En su posición no solo es de un efecto fatal por el hueco que deja, sino también, por sus consecuencias en el espíritu público para el que será su marcha un ejemplo pernicioso. En nombre, pues, de Cuba, de su revolución, por el concepto elevado que V. goza entre sus conciudadanos, yo me atrevo á interesar

á V. en el abandono de un propósito, de que pueden derivarse males de gravísima consideración. Vuelva V. los ojos á la situación i medite toda la trascendencia que puede tener su resolución; i no dude que puede pesar sobre su responsabilidad todo el mal que sobrevenga.<sup>22</sup>

En realidad, más que vivir de nuevo el dilema que centra mi análisis como he afirmado apenas unos párrafos atrás –en tanto presupone algo de sucesivo y hasta cotidiano–, Agramonte lo vivió con intensidad definitiva, trascendente. La familia y el deber fueron puestas en la balanza, como en ningún otro momento de su vida, porque en este, la decisión final estaba en sus manos; ni el azar ni la voluntad de otros podía intervenir, máxime luego de haber sido aceptada su dimisión. Valora, sopesa, escucha, y finalmente decide: permanecerá en su puesto al frente del ejército en el Camagüey.<sup>23</sup> Enrique viajará solo. En mi criterio tal decisión no significa que vaya “despojándose con estoicismo de todas las ligaduras familiares”<sup>24</sup> –nunca lo hará, no está en su esencia– sino que comienza a revalorarlas en las condiciones de una guerra. El 27 de febrero le escribirá a su madre: “he resuelto quedarme, sacrificando así mis deseos más ardientes en aras de la Patria [...]”<sup>25</sup>

Sin embargo, el dolor no había terminado. La permanencia de las familias en la manigua insurrecta se había ido tornando cada vez más difícil y peligrosa. En enero de 1870 el mando español inició como “una avalancha de lava ardiente”, una ofensiva sobre el Camagüey que sembró “el espanto y la muerte en aquella rica comarca, sin respetar ni a las bestias de los campos”.<sup>26</sup> Cientos de combatientes y sus familias abandonaron

<sup>20</sup> Biblioteca de la Real Academia Española de la Historia, Colección Fernández Duro, C-4, N° 4. (en lo sucesivo BRAEH), Copiador de cartas de Ignacio Agramonte, n° 5.

<sup>21</sup> BRAEH, Insurrección de Cuba. Papeles de Ignacio Agramonte, 1868-69-70, doc., n° 38. Carta de Ramón de Céspedes Borrero a Ignacio Agramonte, La Caridad (Campamento de la Presidencia), 10 de febrero de 1870.

<sup>22</sup> “Archivo Nacional de Cuba, Academia de la Historia, 456/227”, en Juan Jiménez Pastrana, (*Ignacio Agramonte. Documentos*), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 242.

<sup>23</sup> El 23 de febrero escribe al Secretario de la Guerra: “Tengo el honor de comunicar á U. haber desistido ya de mi propósito de marchar á los E.U. habiendo cesado en parte los motivos que me movían á ello; y tengo el placer al propio tiempo de ofrecer al Gob<sup>o</sup> nuevamente mis servicios en la lucha que sostiene Cuba por su Independencia. (BRAEH, Copiador de cartas de Ignacio Agramonte, n° 10.)

<sup>24</sup> Mary Cruz, *El Mayor*, Ediciones Unión, colección Contemporáneos, La Habana, 1972, p. 166.

<sup>25</sup> Eugenio Betancourt Agramonte, *Ignacio Agramonte y la revolución cubana*, Dorbecker Editor, La Habana, 1928, p. 394

<sup>26</sup> “Máximo Gómez habla de Ignacio Agramonte” (*Tínima*, no. 1, 1983, p. 20), citado por Elda Cento en “Puerto Príncipe, 1869-1872: ‘El vapor que forma el rayo’” y publicado en su compilación *Cuadernos de historia principense 5. Patrimonio legado al siglo XIX*, Ácana, Camagüey, 2006, p. 132.

la lucha y se presentaron en los poblados, entre ellos algunos cercanos colaboradores de Ignacio.<sup>27</sup> Otros trataron de alejar a sus seres queridos del escenario bélico gestionando su salida hacia el extranjero.

No es objetivo de este trabajo reflexionar acerca del controversial asunto de la presencia de las familias en el campo insurrecto.<sup>28</sup> Es indudable que su permanencia en las cercanías de los campamentos mambises y las ausencias a filas motivadas por el afán de visitarlas y cuidar personalmente de ellas –aunque ese fuera el objetivo medular de la creación de las prefecturas–, trajo numerosos inconvenientes en el servicio activo de las armas, pero también es cierto que su contribución a las tareas de la logística y la sanidad –sin mencionar el impacto afectivo– fue de mucho valor. El mayor general Thomas Jordan fue uno de los principales críticos de ese estado de cosas, lo cual se tornó en punto de fricción con los principales jefes, tanto camagüeyanos como orientales. Al margen de que algunos de los criterios del norteamericano no eran adecuados para el desarrollo de una guerra irregular como la que debieron sostener los cubanos, en este asunto su apreciación era adecuada y, como ocurre con frecuencia en la vida, el tiempo le daría la razón.

Una voz tan autorizada como la del nieto de El Mayor escribió en su imprescindible libro *Ignacio Agramonte y la revolución cubana* que este era de la opinión de que “la separación radical de las familias de los soldados de éstos [...] sólo debía hacerse gradualmente, a medida que se fueran disciplinando las tropas cubanas”.<sup>29</sup> ¿En qué momento pensó Agramonte de esa manera? Aún el 2 de abril de 1870 le escribió a Amalia:

Por lo demás, tan lejos de ti, tan acostumbrado á verte con frecuencia, cuento las horas transcurridas sin contemplar mi cielo encantador y con afán pienso en él momento de volver á verte [...] Adiós, ángel mío. Hasta que pueda ir á verte, que pienso no será muy tarde.<sup>30</sup>

Nada sugiere en esas letras la idea de separarse de su familia, aunque tal posibilidad debió discutirse

entre Simoni y sus dos yernos.<sup>31</sup> Pudiera esgrimirse que tal vez pensara de otra forma con respecto a las de sus soldados, aunque creo que nadie con un mínimo conocimiento de su vida se aventuraría a sostener tal hipótesis.

Ignacio Agramonte mantuvo un decidido interés en la protección de las familias. En los copiadores de comunicaciones de la Mayoría General de Camagüey y en su correspondencia personal, se encuentran numerosas disposiciones tomadas por él con ese objetivo. Entre varios ejemplos posibles mencionaré la orden que el 14 de marzo de 1870 dirigió a Antonio Ramírez:

El C. Eladio Diaz ingresa en el Cpõ de Caballería y U. quedará encargado de su familia que quedaria sin esa medida abandonada. Asi como necesito que haya soldados y peleen contra el enemigo de todos estoy en el caso de exigir de los hombres que no esten en el servicio la atencion de las familias, U. por consiguiente ocurrirá á mi para que á la del C. Díaz nada le falte y me responderá estrictamte de su cuidado [...]<sup>32</sup>

Su vida cambiará pocas semanas después cuando el 26 de mayo El Idilio fue asaltado y destruido por tropas españolas. El suceso pudo ser una tragedia mayor pues salvo Eduardo, los restantes miembros de la familia estaban allí, entre otras razones porque el Mambisito cumplía ese día su primer año de vida. Alertado de la cercanía de tropas enemigas El Mayor parte con su asistente y Simoni apenas tiene tiempo de ocultarse. Lo que sucedió

<sup>27</sup> Antonio Aguilera, Cornelio Porro, Serapio Arteaga y Ricardo y Emilio Adán entre otros, quienes habían tenido una influencia poco provechosa sobre Agramonte.

<sup>28</sup> Ver: E. Cento Gómez, “Familia e insurrección: las simientes de un sueño” en su compilación *Cuadernos de historia principieña 9. Patrimonio legado al siglo XXI*, Ácana, Camagüey, 2010, pp. 39-48.

<sup>29</sup> E. Betancourt Agramonte, ob. cit., p. 176.

<sup>30</sup> E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., pp. 271-272.

<sup>31</sup> Posibilidad que con crudeza sustenta el texto de la carta que Eduardo le escribe a Matilde el 12 de junio de 1870: “Mi idolatrada Matildita: por fin se cumplieron mis temores, y he pasado por el dolor mas intenso que es capaz mi espíritu, tanto mayor cuanto qe. por la relación que se me hizo del desgraciado suceso, abrigó la convicción de que si yo hubiese estado allí, por lo menos te hubiera salvado a tí y a mis hijos. Tantas veces que pronostiqué lo que iba a suceder, esperando que tomasen una resolución razonable, sin conseguirlo. No quisieron separarse buenamente y ahora sufren la separación misma con las mas atroces circunstancias. Es preciso ser muy egoísta para hacer participar a mujeres y niños inocentes e irresponsables de las privaciones y peligros que uno puede afrontar con resignación y hasta con placer cuando le domina una pasión política, a que por su naturaleza y por su educación permanecen ajenas las mujeres. Eso es inicuo y cruel me he visto yo obligado a consentir por no tener unos miles de pesos con que asegurar tu existencia en el extranjero, y presindir de tu padre, que dominado por Ignacio, no sabe opinar sino por su boca, y este no veía nunca sino a través de su pasión dominante. (Emilio Godínez Sosa, ob. cit., p. 316.)

<sup>32</sup> BRAEH, “Copiadore –Segunda época– N° 1. Comunic N° 1 al 335”. 1870, eom., n° 148.

[...] no resulta sencillo de describir: la irrupción del pelotón enemigo y el jefe que inquiere a quién pertenece ese rancho, pero Amalia y Matilde no pueden contestarle, abrazadas a sus hijos y llenas de terror, es Manuelita la que se atreve a murmurar: “Del doctor José Ramón Simoni”. Algo debió decirles aquel nombre a los intrusos, porque continuaron indagando, ahora necesitaban saber quienes eran esas mujeres jóvenes y la madre, ya en el clímax del pavor, les contesta con esa audacia imprudente del que siente que todo está perdido: “Esta es la esposa de Eduardo Agramonte y esta la de Ignacio Agramonte”. [...]

Por aquellos días, cuando una patrulla española localizaba familiares de insurrectos relevantes era casi seguro que cebara su rencor en ellos, además de la violación y el saqueo, el asesinato era cosa habitual. Sin embargo, lo que ocurrió en aquel instante estaba más cerca de los argumentos de las óperas románticas que Amalia acostumbraba a cantar. El capitán, al escuchar el nombre de Ignacio, se descubrió ante su esposa y le dijo de modo tranquilizador estas palabras, que años después ella referirá a Aurelia: “Señora, tranquilícese usted y no tema nada. Su marido me tuvo prisionero tres meses y me salvó la vida. Desde este momento está usted bajo mi salvaguardia” [...]<sup>33</sup>

Solo el azar salvó la vida de estas mujeres. La desesperación de Agramonte no tuvo límites cuando al regresar solamente encontró despojos:

Qué desolación, amor mío, y sobre todo ¡cómo se han cebado en mi y como me han atormentado las consideraciones de tu marcha en medio de una columna de soldados brutos y groseros, de tu entrada en la población...! [...] Que me buscaran á mí y me hicieran picadillo si me cogieran estaría bien: yo soy su enemigo; ¡pero á ti, á mi hijo! [...]<sup>34</sup>

Al día siguiente, en arranque tan romántico como imprudente, “se va solo, sin mas ejército que Elpidio Mola, a rondar, mano al cinto, el campamento en que le tienen cautivo sus amores”.<sup>35</sup> Logra distinguir a muchas personas conocidas, pero no a Amalia. El momento es de prueba:

“Pude haber matado los oficiales que se hallaban en el portal de la sabana ó algunos de ellos impunemente.

<sup>33</sup> Roberto Méndez Martínez y Ana María Pérez Pino: ob. cit., p. 117.

<sup>34</sup> E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., p. 276.

<sup>35</sup> J. Martí, ob. cit., p. 362. En realidad quien lo acompañó fue el comandante Enrique Loret de Mola, cuya esposa también era conducida prisionera por las tropas ibéricas.

¡Me daban tantas tentaciones de dispararles! Estaban tan al alcance de tiro. Pero ni eso ni procurar hacerme sentir quería, para evitar desmanes de esos bárbaros hacia Uds”.<sup>36</sup>

Digamos entonces que el amor a Amalia, es casi seguro, le salvó la vida.

¿Sería la terrible experiencia vivida, fundamento de las ideas que sobre el tema de las familias expone en la proclama que dirigió a los camagüeyanos al reasumir el mando de la División del Camagüey, en enero de 1871?

[...] El Camagüey se encuentra hoy ostigado por el enemigo. Seamos todos soldados de la libertad. Los que errantes en los bosques son inmolados sin venganza y sin gloria, forman en el campamento la milicia sagrada é invencible del derecho.—El enemigo, más que de buscar el combate, se ocupa de atormentar vuestras familias. Vamos á defenderlas con empeño, no permaneciendo á su lado, para tener que abandonarlas en la hora de peligro, sino peleando valerosamente.— Organizar y disciplinar nuestro ejército es prepararlo para la victoria.<sup>37</sup>

¿Qué otra interpretación darle si no, a las frases: “[...] no permaneciendo á su lado, para tener que abandonarlas en la hora de peligro”? El jefe militar emerge cada vez más fortalecido.

En las largas cartas de la separación por el exilio de Amalia se aprecia otro tono, tienen más de meditación y mucho de desgarramiento.

En cuanto á mi, Amalia idolatrada, puedo asegurarte que jamás he vacilado un solo instante, á pesar de cuanto he tenido que sacrificar en lo relativo á mis mas caras afecciones, ni he dudado nunca de que el éxito es la consecuencia precisa de la firmeza de los propósitos y de una voluntad inquebrantable: sobre todo, cuando se apoyan en la justicia y en los derechos del pueblo [...]<sup>38</sup>

El hombre había crecido hasta la estatura del héroe. El deber y la patria se imponían. ■

<sup>36</sup> E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., pp. 276-277.

<sup>37</sup> Fotocopia del original en el Archivo personal de la autora. Esta transcripción hace algunas rectificaciones con respecto a la publicada por Eugenio Betancourt Agramonte y Juan Jiménez Pastrana, entre otros. (Ver: E. Cento, “Proclama de Ignacio Agramonte a los camagüeyanos, enero de 1871. Rectificaciones con un original” en su compilación *Cuadernos de historia principense 8. Patrimonio legado al siglo XXI*, Ácana, Camagüey, 2009, pp. 141-145.)

<sup>38</sup> E. Cento Gómez, R. Pérez Rivero y J. M. Camero Álvarez, ob. cit., p. 292.

# Agramonte, la virtud de cambiar para servir mejor

RICARDO MUÑOZ GUTIÉRREZ



**L**os hombres del 68, como ocurre en la mayoría de los procesos revolucionarios, emprendieron una jornada heroica sin la preparación requerida porque cada revolución es tan original que desborda los más grandes tratados que de ella se puedan escribir; también, porque los hombres se convierten en líderes u ocupan, sin experiencia, altas responsabilidades civiles, políticas y militares en períodos sumamente breves.

La Guerra de los Diez Años forjó una hornada de jefes que hicieron política nacional e internacional y

aprendieron el arte militar en el fragor de la contienda. Si fueron difíciles las decisiones sobre estrategia y táctica militar porque eran esenciales en la guerra, también lo fue la determinación de los principios que regirían el Estado o las decisiones gubernamentales.

Ignacio Agramonte Loynaz fue uno de estos hombres que en pocos meses –noviembre de 1868 a mayo de 1869– se elevó de conspirador a jefe del más alto nivel político y militar de la República en Armas. Su permanencia en La Habana hasta julio de 1868 que regresa a Camagüey y la poca información que puede

existir de una conspiración, no identifica a Ignacio como figura de importancia en la preparación del levantamiento armado; sin embargo, su pertenencia a la “sociedad camagüeyana” y, fundamentalmente, su aporte a la unidad de las partidas insurrectas lograda con el Acuerdo de Jobabo el 20 de noviembre<sup>1</sup> y el indiscutible papel desempeñado en la reunión de Las Minas haciendo triunfar las concepciones de la lucha armada por el único camino posible, la independencia de Cuba, lo elevaron a las más altas posiciones del movimiento independentista de la región integrando, por elección, el Comité Revolucionario de Camagüey junto a su primo Eduardo Agramonte Piña y Salvador Cisneros Betancourt.

Puede sorprender que apenas unos días después de la Asamblea de Guáimaro, Agramonte renunciara a su responsabilidad política en la Cámara de Representantes y fuera designado mayor general y jefe de la División del Camagüey, el más alto cargo militar en el Departamento. Ignacio siempre había sido un hombre de acción; el 11 de noviembre, cuando se incorporó al campo, dio su disposición para recorrer el sur del Camagüey y unir las partidas insurrectas; en la reunión de Las Minas, al abogar por la lucha armada, sabía que la independencia solo se ganaba en la guerra. Esta comprensión –cualidad que no alcanzaron otros– la demuestra el día 28 del propio mes en el combate de Bonilla, primera acción combativa preparada por los camagüeyanos, cuando con valentía y audacia ocupa uno de los puntos más avanzados, y por tanto más peligrosos, de las fuerzas cubanas.

Otras explicaciones del cambio de puesto para servir a la revolución es, sin duda, la cualidad que poseía de estar dispuesto a servir donde más falta hacía y la preparación militar que en esos momentos ya había adquirido y demostró el 3 de mayo de 1869 en el combate de Ceja de Alta gracia, primero que dirigió como jefe de las fuerzas del Camagüey. En la preparación y desarrollo de este evidenció conocer principios militares como la fortificación en el cruce obligado del enemigo, la habilidad en la colocación de las emboscadas para hacerle fuego desde diferentes flancos, la importancia de planificar la retirada y, de acuerdo con el conocimiento de la misión, practicar solo la acometividad suficiente, requisito imprescindible para continuar hostilizándolo después del

combate. Aunque en esta época era imposible que Agramonte tuviera un pensamiento militar definido, demostraba conocimiento del tipo y la modalidad del combate preferible para sus fuerzas y cómo aprovechar el terreno.

Como jefe militar, comprendió que era tan indispensable valorar la capacidad y poder de sus fuerzas como la del enemigo, pues los poderes ofensivo y defensivo de unos y otros determinan el tipo de guerra que se ha de realizar. Debió aprender en la guerra la teoría y práctica militar, pero también lo hizo a través de la consulta de la literatura bélica de la época. Se conoce que Ignacio consultó las *Memorias de la guerra e instrucciones...* de un general austriaco del siglo xvii –para ello tuvo que aprender el idioma inglés– y que los coroneles mambises Eduardo Agramonte y José Payán escribieron manuales de instrucciones para la preparación de las tropas; este último, de origen español, lo hizo inspirado en una obra sobre las guerras carlistas.<sup>2</sup> La valoración de las potencialidades de los ejércitos españoles y cubanos indudablemente conducía a la práctica de la guerra irregular por el Ejército Libertador.

Supo también el Mayor General, en las condiciones de la guerra en Cuba y en específico en el Camagüey, adoptar la forma de organización más conveniente para las unidades combativas de su ejército y la composición en armas para el tipo de terreno donde actuaba. Las fuerzas camagüeyanas, principalmente su caballería, famosas entre el Ejército Libertador por su organización y disciplina, constituyen el ejemplo más elocuente al respecto.

Aprovechando las características económicas y sociales de la región y las del territorio, creó una potente caballería caracterizada por la movilidad y la concentración y desconcentración según las operaciones. Empleaba un pequeño número de hombres en función de la guerra de guerrillas y hostilizaba constantemente al enemigo cuando operaba en fuertes columnas o las arrollaba cuando formaban unidades volantes o estaban ubicadas en puntos fortificados. El oficial español Adolfo Jiménez Castellanos aseguró que la caballería camagüeyana “podía competir con las mejores”.

La historia del arte militar cubano reconoce también la comprensión del Mayor acerca de lo imprescindible que es la logística para el sostenimiento de

<sup>1</sup> Ver Ricardo Muñoz Gutiérrez, “Ignacio Agramonte y el Acuerdo de Jobabo: unidad revolucionaria del Camagüey”, en Elda Cento Gómez (comp.), *Cuadernos de Historia Militar* 5, Ácana, Camagüey, 2006, pp. 102-116.

<sup>2</sup> Centro de Estudios Militares de las FAR, *Historia Militar de Cuba. Primera Parte 1510-1898*, Ediciones Verde Olivo, La Habana, 2004, p. 211.

la lucha y la vida de sus tropas. La organización de salinas, almacenes y talleres para la elaboración y reparación de artículos que necesitaban las fuerzas insurrectas, como monturas, zapatos, entre otros, puede apuntarse como resultado de su labor en este sentido. Al respecto le escribió a Amalia “de nada indispensable carecemos, porque la experiencia nos ha enseñado a proveernos del enemigo...”<sup>3</sup>

Agramonte no solo fue el jefe designado por las autoridades de la República en Armas sino que se convirtió, como muestra de respeto y cariño de los combatientes del Camagüey, en el Mayor y en el líder más prominente de la revolución en esa región. Muchas de sus condiciones contribuyeron a hacerlo ejemplo de combatiente y de jefe respetado por su valor entre oficiales y soldados del Ejército Libertador.

Su valentía y el arrojo demostrado en muchas acciones combativas donde participa directamente en las cargas al machete, determinaron que sus compañeros más cercanos le pidieran y exigieran que no participara de la forma que lo hacía. Al respecto, Amalia le escribió desde México el 30 de abril de 1873:

[...] en enero o febrero último te han herido otra vez y ocho días después y débil aún, te batías de nuevo sin pensar que podrá ocasionarte un gran mal. Cuantos vienen de Cuba Libre y cuantos de ella escriben aseguran que te expones demasiado y que tu arrojo es ya desmedido. [...] por interés de Cuba debes ser más prudente, exponer menos un brazo y una inteligencia de que necesita tanto. Por Cuba, Ignacio mío, por ella también, te ruego que te cuides más.<sup>4</sup>

¡Cuánta verdad! Sin tiempo para recibir el consejo de su amada esposa, cayó combatiendo unos días después en Jimaguayú.

Las relaciones con sus soldados estuvieron marcadas por sus condiciones humanas manifestadas en múltiples ocasiones. El rescate del brigadier Julio Sanguily ha pasado a la historia, independientemente del golpe que podía significar la captura y conducción a la ciudad de un general de brigada del Ejército Libertador prisionero, como pauta del compromiso del jefe con el subordinado a quien no puede dejar abandonado aunque en ello le vaya la vida. También, aquello que parece leyenda: en 1871 a Ignacio, con una pequeña escolta muy mal alimentada, uno de sus ayudantes le trajo una guayaba –el único alimento

que había conseguido– y el Mayor cortó la fruta en tantos pedazos como el número de sus acompañantes para que todos comieran.

Cuánto debió impresionar a los hombres del Mayor cuando en julio de 1872 Ignacio fue herido en un combate y en el campamento exigió que el médico atendiera primero al oficial español que se había batido con valentía y herido cayó prisionero de los mambises.

José Martí escribió lo que le contaron esos soldados:

Cuando nos regañaba, no lo hacía nunca delante de los demás; ¡era demasiado hombre para eso! nos llevaba a un rincón de su rancho, o a un tronco de árbol, allá lejos, y nos echaba un discurso de honor, y como con su manaza tenía él un gesto, al hablar vivo, como quien echa sal, ya decía la gente, cuando lo veían a uno con él: “¡Hum! ya lo está salando el Mayor!”<sup>5</sup>

Pero no pensemos que no solicitó consejos de guerra; exigió las más severas condenas y castigó personalmente al que cometió faltas agravadas por la situación de guerra. Unas y otras actitudes contribuyeron a forjar la disciplina y moral del Ejército Libertador en el Camagüey reflejadas en una carta que escribió a Amalia el 2 de abril de 1870:

[...] Cinco días de operaciones, con infantería y caballería, durante los cuales ambas pelearon con entusiasmo y notable valor, con hambre, marchando siete y ocho leguas en un día y todo sin oír la menor queja... me tiene muy contento con mis tropas [...] <sup>6</sup>

Se pueden seguir enumerando otras cualidades militares del mayor general Ignacio Agramonte y Loynaz, pero todas ellas tuvieron como base uno de los valores más importantes de los hombres, el patriotismo; en este caso asentado en una profunda convicción de que “Cuba no tiene más camino que conquistar su redención arrancándosela a España por la fuerza de las armas”<sup>7</sup> como lo expresó en la reunión de Las Minas y sustentó el 27 de enero de 1869: “Que nuestro grito sea para siempre ¡Independencia o muerte! Y que cualquiera otro sea mirado en adelante como un lema de traición [...]”<sup>8</sup>

<sup>5</sup> José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 4, p. 480.

<sup>6</sup> J. E. Casasús, ob. cit., p. 57

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 101-102.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 90.

<sup>3</sup> Juan E. Casasús, *Vida de Ignacio Agramonte*, Imprenta Ramentol, Camagüey, 1937, pp. 58-59.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 61.

Esta misma convicción se la apunta a Amalia el 14 de julio de 1871:

En cuanto a mí [...] puedo asegurarte que jamás he vacilado un solo instante, a pesar de cuanto he tenido que sacrificar en lo relativo a mis más caras afecciones, ni he dudado nunca de que el éxito es la consecuencia precisa de la firmeza en los propósitos y de una voluntad inquebrantable: sobre todo, cuando se apoyan en la justicia y en los derechos del pueblo [...]<sup>9</sup>

Ese espíritu, indudablemente, debió trasmitírsele a sus compañeros de lucha.

Desde los primeros hechos mencionados sobre la incorporación de Agramonte a la guerra contra España, ocurridos en noviembre de 1868, hasta su muerte el 11 de mayo de 1873, sucedieron importantes acontecimientos y radicales cambios en todos los sentidos. Es lógico que los hombres que protagonizaron estas acciones –los del 68– vivieron en el vórtice de un volcán en erupción y estuvieron sometidos a grandes presiones por enfrentarse a situaciones completamente nuevas para ellos que exigían decisiones con repercusiones históricas de las cuales estuvieron conscientes.

Los hombres no son perfectos, en la vida se equivocan en múltiples apreciaciones, valoraciones o modos de actuar determinados por su condición de ser social; los objetivos como clase, grupo social o partido que condicionan las razones para proceder de una u otra manera; el conocimiento y la capacidad para apreciar la realidad sobre la que se tiene que decidir. Ante estas situaciones que afrontaron los hombres del 68, es importante la capacidad del individuo para apreciar esa realidad. Ignacio no fue una excepción, durante los cuatro años y seis meses de acción política, diplomática, administrativa y militar que antes no había vivido o conocido, tuvo que aprender, madurar ideas, desarrollar habilidades y, lo más importante, cambiar criterios y concepciones.

En 1870 Ignacio tuvo diferencias con el General en Jefe del Ejército Libertador mayor general Thomas Jordan; Agramonte defendía, con razón, que en las condiciones en que peleaban los independentistas debían hacer una guerra irregular; sin embargo, se enfrentaba erróneamente a Jordan porque este aplicaba la vida de cuartel a las tropas, elemento imprescindible para tener un ejército disciplinado. Estas contradicciones influyeron fuertemente en la renuncia del general norteamericano.



A partir del original  
de Eustaquio Llanes,  
90 x 49 cm, 1970.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 58.

Más conocidas son las diferencias entre Agramonte y Carlos Manuel de Céspedes, originadas en los momentos en que se decidía la forma de organización del Estado revolucionario y el papel del pueblo. Céspedes había sido proclamado Capitán General con plenos poderes, y los camagüeyanos abogaban por un gobierno elegido por el pueblo en armas. Tales diferencias, salvadas en Guáimaro en el terreno político, perduraron y estallaron en 1870 cuando Agramonte creyó que algunas decisiones del Presidente iban en contra de su autoridad como jefe de las fuerzas del Camagüey, por lo cual el 23 de abril renunció al mando de la División. Las diferencias con Céspedes se agravaron cuando este le ofreció personalmente a Ignacio ayuda financiera para su familia en el exterior y recibió como respuesta un reto a duelo.

Eran tiempos en que España había fortalecido su ejército, y sus columnas recorrían el territorio sin que las dispersas fuerzas mambisas pudieran detenerlas ni evitar la destrucción de campamentos insurrectos, talleres, depósitos, o la captura, presentación y asesinato de las familias de los revolucionarios. El debilitamiento revolucionario era tal a fines de 1870 que aunque las autoridades españolas reconocieron no haber podido aniquilar la revolución, los más optimistas calculaban que los insurrectos mal armados y escasos de vestuario, alimentos y medicinas en el Camagüey no rebasaban la cifra de mil seiscientos. La dramática situación fue comprendida por Céspedes y Agramonte, y este último reasumió el mando del Camagüey en enero de 1871.

En la proclama “Camagüeyanos”, Agramonte solicita a sus coterráneos decidido apoyo como “soldados de la libertad”, dispuestos a defender a sus familias “con empeño, no permaneciendo a su lado, para tener que abandonarlas en la hora del peligro, sino peleando valerosamente [...]”<sup>10</sup> Expresa que es imposible retroceder después del sacrificio realizado y vaticinó que “[...]Muy pronto vuestras indomables legiones asombrarán al tirano y demostrarán una vez más que un pueblo amigo de la libertad y decidido a arrostrarlo todo para tenerla, alcanza siempre el laurel inmarchitable de la victoria.”<sup>11</sup>

No se equivocó, el retorno fue el período más brillante de su carrera militar. Ya no es el joven valiente y apasionado; según Martí, “domó de la primera embestida la soberbia natural”<sup>12</sup> y se convirtió en el

general severo, justo, cuidadoso amante de la tropa, que reclama autoridad política-militar o amplias facultades e independencia para el mando único –porque ahora comprende su necesidad– y, lo que es muy importante, defiende la unidad revolucionaria. A su antiguo profesor José M. Mestre escribió:

Aquí hay opiniones encontradas, pero no hay divisiones, ni disensiones de mal carácter; y respetamos el orden de cosas establecido, mientras legalmente no se cambie [...] soy de los que más necesario creen el cambio de los funcionarios que sirven de rémora a la marcha expedita y enérgica de nuestras operaciones militares [...] <sup>13</sup>

La madurez alcanzada por el Mayor es bellamente reflejada por Martí en la siguiente narración.

[...] Pero jamás fue tan grande [...] como cuando al oír la censura que hacían del gobierno lento sus oficiales, deseosos de verlo rey por el poder como lo era por la virtud, se puso en pie, alarmado y soberbio, con estatura que no se le había visto hasta entonces, y dijo estas palabras: “¡Nunca permitiré que se murmure en mi presencia del Presidente de la República!”<sup>14</sup>

Al defender la autoridad del poder legalmente constituido, representada por Céspedes, dio una de sus más importantes lecciones patrióticas.

Sustentado en el consecuente patriotismo que caracterizó a los que abandonaron todo lo material y enfrentaron el sacrificio de las familias por el sublime deber, Ignacio Agramonte tuvo el mérito de poseer la capacidad de análisis para comprender si estuvo equivocado en sus apreciaciones o modo de actuar y rectificar para el bien de la patria, una de las cualidades más hermosas que puede tener un hombre, la *virtud de cambiar para servir mejor*. ■

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp.135-136.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 136.

<sup>12</sup> J. Martí, *ob. cit.*, t. 4, p. 361.

<sup>13</sup> Juan Jiménez Pastrana, *Ignacio Agramonte. Documentos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 227.

<sup>14</sup> J. Martí, *ob. cit.*, t. 4, p. 362.

# Imaginar a Agramonte

OSCAR LOYOLA VEGA



Conjunto escultórico en la Plaza de la Revolución en Camagüey.

**T**odos los pueblos necesitan mitos. Mitos que expliquen el origen común de sus integrantes, mitos que singularicen y cohesionen a sus componentes, mitos que enaltezcan los éxitos colectivos y ayuden a soportar los reveses cotidianos. El imaginario de un pueblo convierte, de manera habitual, en figuras de míticos contornos a sus miembros distinguidos, que en muchos casos empiezan a ser construidos a partir de actuaciones históricas necesarias no excepcionales y, algo común, durante la propia vida del ser inmortalizable. El tiempo, creador fabuloso de mitos,

borrará la frontera entre la realidad de un sujeto histórico individual, notable por demás, y los atributos increíbles con que lo adorna el pueblo del cual surgió, y cuyas virtudes colectivas sublimadas representa.

Y así verdad y ficción se entremezclan, de donde resulta a veces imposible separar con “objetividad” lo real de lo imputado en la construcción colectiva de un “animal de galaxia”, al decir de la hermosa canción de Silvio. La complejidad sube de punto si el mito singular se enmarca en la gesta siempre heroica de un conglomerado humano que batalla en forma cruenta

por hacer realidad el legítimo derecho a constituir su Estado nacional independiente, en los marcos de una situación colonial. Y si ese conglomerado es el pueblo cubano, con su especial, sólido e imaginativo sentido identitario –forjado en buena medida en circunstancias harto complejas– y sobre todo, con la tendencia colectiva a magnificar en grado supremo los hitos relevantes de la historia nacional, pueden comprenderse los riesgos que entraña intentar acercarse al mundo anímico de uno de los principales miembros del panteón insular: Ignacio Agramonte. Figura imprescindible de la historia patria, puede decirse, sin temor a errar, que sin Agramonte la gesta nacional cubana no sería la misma.

La literatura, la música, la plástica (sin proponérselo) han conjugado esfuerzos para imprimir ribetes de excepcionalidad a un maravilloso joven del Camagüey, cuyo cielo vital a los efectos de la nación abarcó el increíble espacio de solo cinco años. Y sin embargo, tan corto tiempo bastó para que su impronta hiciera diferente a un siglo XIX que asusta por la abundancia de nombres relevantes. De los veintisiete a los treinta y dos años un joven de notable apostura física, recién casado con una sólida heredera, rompió las ataduras que parecían condenarlo a una dorada medianía provinciana en su amado terruño, para convertirse en uno de los mitos consustanciales con el ser nacional cubano. Ignacio Agramonte y Loynaz, en el fragor de la revolución de 1868 se transformó, para siempre, en El Mayor.

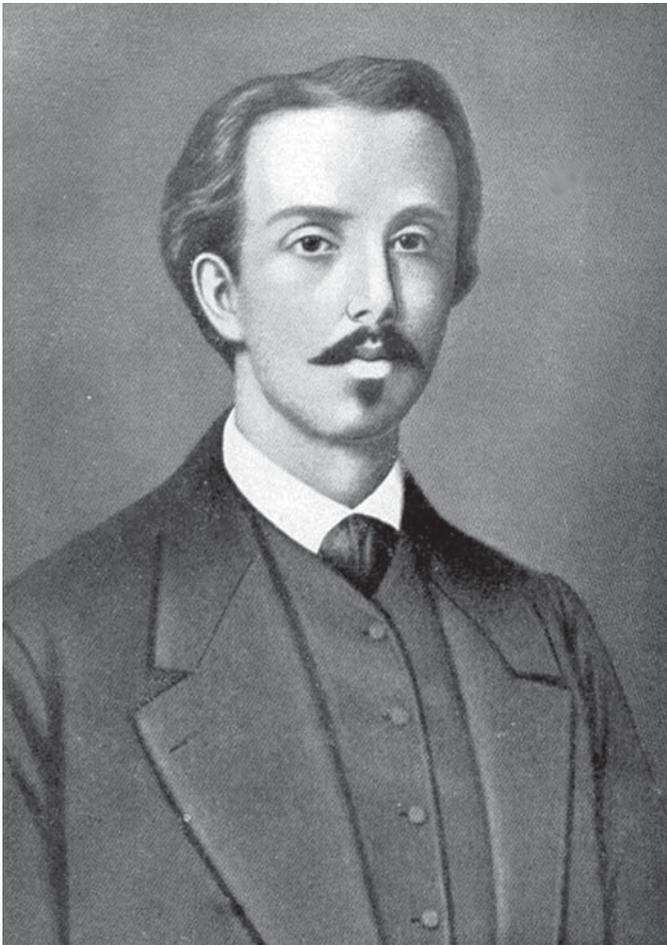
Es imposible cuestionar su trascendencia. Adoradores y detractores –en verdad, de estos ha tenido muy pocos– han coincidido siempre en valorar como imprescindible su presencia dentro del independentismo anticolonialista cubano. Un análisis exhaustivo de los sucesos relacionados con la primera de las revoluciones patrias, o si se prefiere por los muchos positivistas aún existentes, de los hechos históricos de aquel período, reafirma con creces el juicio anterior.

Con el decurso de los años su acción protagónica, la energía de su pensamiento y la capacidad para enmendar sus errores y crecerse ante ellos, aureolados por las mezquindades que con él tuvo el ejército español después de Jimaguayú, han facilitado la construcción de un mito de rara hermosura, que dificulta al estudioso acercarse a la personalidad del Bayardo. Lo expresado no quiere decir que entre realidad y construcción la diferencia sea abismal. De lo que se trata es de “entender”, utilizando instrumentos de muy variadas ciencias sociales, los elementos constitutivos fundamentales del “ser” agramontino. En otras palabras, imaginar a Agramonte.

Por supuesto que intento de tal naturaleza choca con fuertes escollos, de los cuales está plenamente enterado el autor. La distancia epocal, con la consiguiente diferencia en la asunción de la vida; la admiración que se le inculca a todo niño cubano por el mártir camagüeyano; la condición de historiador del estudioso, y por ende, las decenas de materiales leídos; la proyección por el poder de los hechos y acontecimientos relacionados con el mambisado; la abismal diferencia psicológica entre un hombre nacido a mitad del XIX y otro a mitad del XX; la tendencia de la historia nacional a “disculpar” actos perfectamente explicables; y, por encima de todo, la subjetividad del analista, elemento insoslayable de la producción espiritual, que introduce como es harto sabido “sus” creencias, “sus” emociones y “sus” simpatías en el o los objetos de estudio. Consciente de todo lo anterior (y de muchas cosas más) el autor ha decidido adentrarse en lo que para él fue el mundo anímico de Ignacio Agramonte, con la plena convicción de que “su” construcción siempre será de alguna utilidad para la que de Agramonte haga el lector.

Hay figuras de la historia cuyo nombre provoca un absoluto rechazo, sustentado por la actuación desplegada. Otras personalidades despiertan admiración, respeto, curiosidad, ternura. Las hay que, aun reconociéndoles su valía, no poseen un carisma especial. Agramonte, por el contrario, potencia y desata esquemas preconcebidos. Razones de muy diversa índole se han dado la mano para que la sola mención de su nombre provoque asociaciones gratuitas a aquello que pueda ser considerado como ser nacional o identidad colectiva. Virilidad, energía, patriotismo, son consustanciales con su apellido. Se diría que, al escucharlo, la cubanía se reafirma, pletórica de fuerzas, orgullosa de sí. Lo mejor de cada cual se siente convocado, subconscientemente, ante la escucha.

Buena parte del fenómeno descrito viene dado por un hecho fortuito: la apostura física. Todas las descripciones que sobre él quedan coinciden en la belleza viril del héroe. De elevada estatura para su época, destacaba entre otros jóvenes. El cabello, muy negro y cortado “a la moda”, enmarcaba un rostro de facciones regulares, quizás no lo suficientemente perfiladas, en el que los ojos muy grandes –es abundante la ramplona expresión “de mirada soñadora”– proclamaban, a la par que la dulzura del carácter, la energía del hombre maduro. La nariz, correcta; la boca bien trazada daba paso a la blanca dentadura. Delgado, musculoso sin excesos, era jinete consumado y esgrimista notable, tal y como se exigía de un joven de su clase social.



Elegante, gustaba del buen vestir, si bien su poca fortuna no le permitía un atuendo excesivamente caro. Manos cuidadas, fuertes, y andar erguido, con distinción natural, completaban al paradigma juvenil masculino del Camagüey en 1868.

No le agradaba hablar en tono demasiado alto, algo nada habitual en un cubano. Como en tantos y tantos casos, la posteridad ha perdido la posibilidad de escuchar su voz, las inflexiones del hablar, los matices que utilizaba, su “poder de convencimiento” oral. Tampoco se conoce cómo acompañaba la palabra con los gestos usuales del español cubanizado, si movía mucho las manos, si las hacía reposar. Trataba, al discutir, de no elevar la voz en exceso, como si evitase con cuidado los tonos agudos y estridentes. Proyectaba hacia sus semejantes una dulzura que venía de algún lugar muy en su interior, rara en hombre tan viril, y que hacía a los que lo rodeaban quererlo sin reservas. Todo en él indicaba la nobleza de sus ademanes, el gesto contenido, la suavidad de la expresión. Los ojos, empero, se escapaban al control del joven abogado: sus subalternos en la manigua temían la agudeza y fijación de aquella mirada de

notable intensidad, que daba la impresión de querer abarcar las enormes llanuras del Camagüey.

Su inteligencia debió asombrar a familiares, condiscípulos, y soldados y oficiales. Quedan abundantes testimonios en su accionar de líder de la manera especial con que sabía resolver problemas de notable agudeza, difíciles para otros. Tal inteligencia, aplicada a la guerra anticolonial en Puerto Príncipe, lo convirtió en militar de amplísima valía, sin haber hecho los estudios que pudieran considerarse necesarios. De más está decir que sus “luces” naturales fueron cultivadas en múltiples campos gracias a una capacidad singular para el estudio, que lo hizo adquirir una muy vasta cultura. Dicha cultura no implicaba una formación erudita, repleta de oropeles inaplicables en su contemporaneidad. Antes bien, una cuidadosa revisión de los bienes que le fueron embargados por el colonialismo español revela, a la par de su pobreza personal –no de los bienes que al matrimonio aportó Amalia Simoni– sus enormes inquietudes intelectuales, que lo hacían preferir el francés y el inglés al latín y el griego, y adquirir las obras de Juan Jacobo Rousseau, nada comunes en las villas del interior de Cuba. Su conversación se caracterizaba por reflejar la cultura señalada, sin pedantería. Y, algo común en los “señoritos” de la época, por utilizar en el habla coloquial expresiones provenientes de la lengua francesa, lengua vehicular de los documentos liberal-burgueses de la revolución de 1789.

Detestaba con fuerza todo aquello que consideraba mezquino, no edificante, mal hecho. Su integridad moral era de altos vuelos, lo que se evidencia en su rechazo a las proposiciones que le hiciera a fines de 1869 el general Manuel de Quesada. Algo frecuente en otros grandes patriotas –dígase Máximo Gómez– se exigía a sí mismo una cuota de sacrificio en aras de la patria que era muy difícil de lograr en el hombre sencillo, de pueblo. Amaba a sus soldados con particular ternura, y se preocupaba constantemente por tratar de satisfacer sus necesidades elementales, en medio de aquella horrorosa contienda. Los hacía estudiar, los halagaba, los reprendía con enérgica suavidad. Los respetaba, simplemente, caso raro en un militar de su estatura. Y sus subalternos le correspondían con disciplina y admiración rayana en idolatría. No en balde su muerte provocó un *shock* colectivo en su tropa, y la situación anímica más compleja de la revolución antes de la firma del Pacto del Zanjón.

El cariño por sus soldados es fiel reflejo de su profundo sentido de la amistad. Los que lo trataron íntimamente coinciden en que desde la infancia, la amistad era en él uno de los sentimientos fundamentales. Por

eso andaba siempre, en sus tiempos de estudiante universitario, rodeado de jóvenes de su edad, quienes, sin embargo, lo consideraban como guía y mentor. El rescate de Julio Sanguily da fe de los deberes que su concepto de la amistad englobaba, así como sus relaciones con Antonio Zambrana y con su primo Eduardo Agramonte, colegas generacionales, y con Nicolás Azcárate y José Manuel Mestre, prestigiosas figuras de la intelectualidad habanera. Su correspondencia revela una preocupación reiterada por los problemas personales de sus amigos y la ayuda que a estos pudiera prestar, con una viril ternura. De ahí la devoción y la fidelidad con que ellos le correspondían. Ser amigo de Ignacio Agramonte debió de haber sido un legítimo motivo de orgullo.

Asimismo, era notable su acendrado cariño por la familia en cuyo seno nació. Amaba entrañablemente a sus padres, Ignacio y Filomena, y a sus hermanos menores, varios de los cuales murieron a edad temprana. Resulta agradable imaginarlo, tierno y solícito, enseñando a leer a sus hermanitas, explicando temas diversos a Enrique, que lo seguía en edad, y que no llegó a ser su efectivo compañero en la lucha anticolonial. Sus cartas a la familia emigrada demuestran la constante inquietud que sentía por el futuro de sus seres queridos en tierra extraña, y los excelentes consejos que les comunicaba. Quizás, para no preocuparlos, apenas les contaba sobre su vida o sobre el estado de la revolución. O quizás lo hacía por la íntima convicción de que tal tema no les era necesario. Su acendrado amor por la madre lo llevó a encrespar en extremo sus relaciones con el presidente Carlos Manuel de Céspedes, cuando este debió, en cumplimiento de la ley, suprimir la pensión que en la emigración devengaba doña Filomena. Y es bueno pensar que se prometió crear una familia propia con mayor ardor patriótico.

De la misma manera se hace manifiesto el entrañable amor que sentía por sus hijos. Como le sucedió a muchos mambises, la revolución le impidió tener un hogar normal, y su hijo varón nació en la manigua. Las cartas que escribió a su esposa, una vez emigrados esta y el niño, revelan el profundo amor, en no pocas ocasiones triste, de un padre que siente serias dudas sobre si volverá o no a ver y abrazar a su pequeño Ernesto, situación que se hace harto compleja con el nacimiento de Herminia en Estados Unidos. “¿Quién viera a nuestros ángeles?”, exclama, transido de añoranza, en carta a Amalia de mediados de 1872. Si la vida se lo hubiese permitido, se habría convertido en padre ejemplar, humano forjador de sus hijos, amigo de ellos. Es hermoso imaginarlo ya



Hijos de Ignacio Agramonte: Herminia y Ernesto.

hombre maduro, comenzando a encanecer, ayudar al varón a elegir una carrera que le permitiera ser más útil a su patria, o aconsejando a Herminia a la hora de escoger a su futuro esposo. Mucho debió conmovérlo como padre –y asombrarlo, quizás– la actitud asumida por Céspedes ante la detención por España de su hijo Amado Oscar. Al responder a plenitud a las demandas que le hiciera su tiempo histórico, no pudo ser el padre excepcional que debió haber sido. El futuro patriótico de sus hijos lo echó de menos.

Amalia fue el único grande y verdadero amor de su vida. Debió haberla amado con fuerza inaudita. A veces apasionado, a veces tierno, Agramonte se revela al estudioso como un hombre que fue capaz de amar en cada acto cotidiano, portador de un rarísimo sentido de la fidelidad para su época. Si se piensa en su apostura, su cargo y su edad, es casi incomprensible que su tienda de campaña, alguna que otra vez no albergara a una joven campesina, una vez emigrada la esposa. Sus cartas a esta revelan la grandeza desgarrante de su amor: “Tú, Amalia idolatrada, recibe toda el alma, que te adora delirante, de tu esposo” y la necesidad constante de la amada ausente. Por

encima de Amalia, solo Cuba y su independencia. El Mayor sacrificó por su patria uno de los amores más hermosos y puros que la cultura nacional ha conocido. Y dejó para la posteridad el testimonio de una correspondencia de altos quilates en la que amor, heroísmo, libertad, entrega, ternura e independencia se entremezclan para dar una imagen única de un patriota enamorado.

Mucho se ha escrito y mucho se escribirá sobre las relaciones de Ignacio Agramonte y el presidente de la república, Carlos Manuel de Céspedes. A ciento cuarenta años de distancia, parece inconcebible que a los estudiosos aún les cueste tanto tratar de “objetivizar” el análisis. En todo proceso es lógico que las figuras de excepción tengan diferentes puntos de vista sobre diversos aspectos de la realidad social. Nunca ha sido fácil pretender la transformación del entorno circundante. Y la experiencia vital a los cincuenta años es muy superior a la de los veintiocho. Suele suceder que la agresividad, la acometividad y el brusco accionar cedan el paso a la reflexión, la serenidad y la proyección del futuro. En las relaciones entre ambos patriotas, no es de discutir que Céspedes se condujo con mayor tino y con firmeza digna de encomio, haciendo siempre lo que creía necesario, sin brusquedades, como correspondía a un presidente de notable hidalguía. El héroe camagüeyano se comportó en consonancia con su altivez, su juventud, y las malas influencias de los tibios propietarios de su terruño con los cuales se relacionaba. Esto lo hizo cometer errores, y no tiene por qué haber miedo de decirlo. Solo los necios persisten en sus equivocaciones. Agramonte demostró su gigantesca estatura, humana y patriótica, al proceder, a partir de 1871, de común acuerdo con el Presidente para converger en el único fin importante: la independencia, y la subsiguiente creación del Estado nacional. En el aciago instante de Jimaguayú, El Mayor se había convertido en un baluarte fundamental de la integridad y la unidad mambisa en torno al abogado de Bayamo, lo cual era conocido por este. Crecerse frente a sí mismo fue uno de los principales méritos del jefe del legendario Camagüey.

Uno de los elementos constitutivos de su *corpus* de ideas fue el abolicionismo. Los dirigentes de la región portoprincipense, en su gran mayoría, no concebían una Cuba independiente que mantuviese vigente el régimen esclavista. Antes bien, la abolición y la independencia eran inseparables. La Guerra de Secesión norteamericana y sus consecuencias estaban muy cerca. Es de sobra sabido que la Asamblea de Representantes del Centro fue el primer órgano insurrecto que

erradicó legalmente la esclavitud. Agramonte abogó con energía por el fin de la oprobiosa institución, y dirigió sus esfuerzos a igualar blancos y negros. No en balde instrumentó clases especiales de alfabetización para sus soldados. También impidió la existencia de estructuras militares segregadas racialmente. Para él, el futuro de la nación cubana exigía demoler los cimientos en que se había asentado el colonialismo, con énfasis especial en la abolición. De ahí la radicalidad del artículo 24 del texto que redactase junto a Zambrana, la Constitución de Guáimaro: “Todos los habitantes de la República son enteramente libres”.

La firmeza de sus principios, y la fuerza y ardor con que los defendía, era una cualidad de su persona de notable relieve, destacada por aquellos que lo conocieron. Acostumbraba a pensar con detenimiento y a no tomar decisiones precipitadas. La guerra, con sus exigencias imprevistas, le hizo avanzar grandemente en el deslinde de los elementos importantes de la vida, y lo convirtió (hombre civil por excelencia) en jefe militar de altos quilates. Guía de cientos de soldados, sus principios devinieron sustrato fundamental de las concepciones sostenidas por su oficialidad. Asombra saber que con un puñado de seguidores aceptara nuevamente el mando del Camagüey, con la plena seguridad de que era necesario levantar la lucha anticolonial en la región, y de que solo él podría hacerlo. Es fascinante imaginarlo en su caballo, erguido al máximo de su alta estatura, con vestuario raído y cara famélica, respondiendo a los menguados que lo exhortaban a abandonar la batalla en la que se hallaba enfrascado, y que tantos desgarramientos y dolores le había provocado ya. La expresión que les lanzó al rostro: “¡Con la vergüenza!”, vale por todo un programa de acción patriótica, y demuestra la solidez granítica de sus principios.

Era consustancial con su personalidad la energía que proyectaba como dirigente. Al don de mando natural que poseía supo unir un innegable instinto para entender que la heterogeneidad de los sujetos individuales inmersos en una revolución, con sus múltiples expectativas, exige maneras muy diversas de contacto con sus líderes: de suyo se desprenden las diferencias de comprensión entre un joven habanero estudiante de derecho y un esclavo africano. Agramonte poseía ese sexto sentido innato del verdadero líder, que lo hacía individualizar sus relaciones, con energía nunca desmentida. Bien conocía El Bayardo que el simple soldado, más que necesitar, exige un jefe tan capaz y valiente como enérgico, que le trasmite firmeza y confianza en la victoria.

Sus escritos como jefe militar revelan la fuerza de sus convicciones, y la energía con que era capaz de imponerlas, sobre todo en los años de su apogeo, 1872-1873. Del accionar de ciertos jefes mambises queda la impresión de un proceder timorato en alguna que otra ocasión. De Agramonte, jamás. La energía de su actuación, transmitida y secundada por la tropa, convirtió al ejército camagüeyano en paradigma bélico de la lucha anticolonial.

“Cuba será independiente a toda costa”. Tal aseveración, contenida en carta a José Manuel Mestre de principios de enero del 71, muestra otra de las férreas convicciones de El Mayor: la confianza en el futuro. La soñada utopía de la independencia patria se materializará, qué duda cabe. No en vano luchan con denuedo los mejores hijos de la gran Antilla. Puede afirmarse, sin temor a error, que el pesimismo político nunca constituyó un elemento del ideario agramontino. No se muere cada día, ni se ve morir a seres muy queridos, por un sueño dudoso. Hay que luchar a brazo partido por hacerlo realidad. Y luchar y confiar eran inseparables en la conducta de Agramonte. Supo muy bien que el futuro había que ganarlo –y construirlo– cada día, en cotidiano accionar, sin dudas maniqueas. Una mañana, el alba iluminaría la patria libre, ganada a costa de tanto y tanto esfuerzo. Por algo la nación ha dado vida a hombres como él. La visión siempre optimista del porvenir (y el combate por alcanzarlo) es otro noble legado del líder camagüeyano.

Compendio de sus ideas constitutivas, el amor a la patria oprimida emerge cual obsesión inagotable en su ideario. Sin hacer caso a anécdotas que adornan el mito –como aquella que lo hizo asistir, icon solo diez años!, al fusilamiento de Joaquín de Agüero– es innegable que desde su infancia un acendrado amor por Cuba nació en él, y no dejó de crecer a lo largo de su vida. Estudios universitarios de abogacía sustentaron con fuerza aquel cariño. A la patria sacrificó todo lo que es más caro para un hombre: éxito laboral, amor, familia, riquezas. Sin una queja asumió sus deberes históricos con entereza, haciendo realidad cotidiana la posterior expresión martiana de que debe hacerse en cada momento, lo que en cada momento es necesario. Pudo quizás perdonar a sus compañeros de viaje alguna frase hiriente o una actitud no compartida; pero nunca transigió con ofensas a la patria, o con la idea de utilizar esta en provecho personal. Fue así, al final de su vida, acercándose a Céspedes. Cuba ante todo, siempre Cuba. Y para Cuba, la única forma de gobierno posible, la republicana. Su devoción por la república como estructura gubernamental

implicaba el sufragio universal, la igualdad de todos los ciudadanos (ya blancos, ya negros) el total rechazo a las facultades omnímodas implantadas por España, la división tripartita de poderes, y la confianza propia de los liberales del XIX en el parlamentarismo burgués, presupuestos jurídicos que representaban un enorme paso de avance en relación con la situación insular de mediados de siglo. “Nada tengo, mientras no tenga patria”, dijo otro grande del 68. Los mambises como Agramonte no temían a la muerte. ¿Cómo temerla, si morir por la patria es vivir?

Jimaguayú tronchó su valiosa existencia en plena juventud, cuando había comenzado a dar al país y a la revolución lo mejor de sí. Las circunstancias que rodearon su muerte dieron un fortísimo impulso a la construcción del mito, y una aureola de excepcionalidad lo envolvió para no abandonarlo jamás. Su entrada en la historia patria no fue paulatina: a fuerza de calidades probadas, sus contemporáneos lo situaron, desde aquel 11 de mayo, en la cúspide del panteón. El Mayor (que ya había nacido) se amalgamó con El Bayardo. La evolución de su pensamiento, el despliegue de su accionar, el empinarse ante sus defectos, casi que han cedido el paso a un hombre inmarcesible, diríase que la perfección masculina alcanzable. Es harto probable que no se sintiese a gusto en traje y atributos semejantes. Más humano y más real resulta imaginarlo como un camagüeyano más, caminando a menudo por las calles de su ciudad tan amada, saludando a todos con hidalguía natural, sonriendo a las damas, disfrutando una flor a medio nacer, entrando en cierta casa para, a queda voz, conversar con los presentes sobre los avances de la conspiración anticolonialista. O quizás sea mejor reconstruirlo en la manigua al anochecer, fatigado del día, sudoroso y cansado de tanto cabalgar, satisfecho por las noticias recibidas de otros campamentos, nostálgico de sus hijos, hambriento de los besos de Amalia y seguro, completamente seguro, de que el porvenir dará paso a una patria independiente, sin colonialismo y sin esclavos. Cerrará su tienda de campaña, se tumbará en su hamaca, y un sueño agitado lo invadirá, mezcla inconsciente de anhelos y deberes. Puede que él atisbe que su muerte está cerca, muy cerca. Y sus grandes y hermosos ojos se abrirían asombrados, incrédulos, si se enterase de que, a cien años de su caída en combate, de un extremo a otro de su idolatrada Cuba todos los habitantes sienten como un gozo en el pecho, un orgullo patriótico legítimo y un fuerte sentido colectivo de pertenencia cuando se evoca el nombre de aquel mambí que se llamó Ignacio Agramonte y Loynaz. ■

# El Atlante de una cultura

## Ignacio Agramonte y un mundo a cuestas

ANTONIO N. ÁLVAREZ PITALUGA



Escultura ecuestre en bronce. Camagüey. Obra del escultor italiano Salvatore Buemi.

La subjetividad ha sido uno de los grandes puntos de enlace intelectual entre los hombres a lo largo de la historia de las civilizaciones; a través de ella, los sujetos sociales han vinculado sus historias colectivas e individuales, han construido sistemas relacionales que unen o separan épocas históricas. Argumentar y explicar un presente social desde un pasado histórico constituye uno de los ejercicios intelectuales de mayor fortaleza de la subjetividad humana a la hora de articular y reproducir un nuevo estatus de poder, de una relación hegemónica. El pasado puede ser la razón que legitima un presente.

Desde las antiguas civilizaciones humanas se buscaban en el pasado razones que justificaran el presente deseado. A partir de la subjetividad se seleccionan del pasado los hechos, personalidades, nombres y acontecimientos que configuran la mitología del presente, aquella que conforma el variado horizonte de asunciones sociales e ideológicas del sujeto común en sus determinaciones públicas y privadas, asociadas o no a su formación cultural.

En dos de los primeros sistemas relacionales de la cultura occidental, el griego y el romano, el nacimiento de una mitología política ajustada a las relaciones de poder fue diseñado y reproducido sobre los pilares de la propia subjetividad humana. La capacidad de establecer vínculos entre un mundo sobrenatural y un presente natural sedimentó las bases del universo social de complejos entramados políticos donde seres sobrenaturales controlaban la vida y el destino del hombre.

“Gracias a Atlante el cielo no caía sobre la tierra.” Esta idea puede ilustrar en pocas palabras las bases ideológicas de aquel mundo. Una figura sobrenatural se encargaba de evitar una catástrofe humana y natural, de mantener un equilibrio entre el mundo cotidiano y el divino, entre los dioses y los hombres, para permitir una vida terrenal. En la cultura grecolatina, Atlante más que responsable de sostener sobre sus espaldas un mundo terrenal, era uno de los encargados de llevar sobre sus hombros el cúmulo de ideas sociales que producían y reproducían la ideología de las clases y los grupos dominantes.

Con una sospechosa relación entre los seres humanos y los dioses grecolatinos a través de virtudes y defectos compartidos por ambos grupos, se construyeron las bases de la ideología de ese mundo antiguo. Atlante era hermano de Prometeo, Epitemeo y Menecio. Sobresaliente por su gran tamaño físico, gobernaba el reino de la Atlántida. Después de una extendida lucha entre los dioses y aquellos hermanos semidioses, Zeus condenó a Atlante a sostener sobre su espalda el cielo (“bóveda cestial”) por toda la vida. Algunos dicen que Perseo lo convirtió en piedra al enseñarle la cabeza de Medusa y su cuerpo se transformó en el Monte Atlas.

De ese modo, a partir de aquel complejo y alucinante sistema de las relaciones entre dioses, titanes, semidioses y hombres, se forjó un sistema de valores e ideas que legitimaban las relaciones sociales y de poder de las sociedades antiguas que giraban en torno a la cultura griega, sobre todo la ateniense.

Si aquel denso entramado de hechos y personajes mitológicos fue proyectado desde la imaginación humana para *comprender* y *legitimar* ese presente histórico, la *condena* de Atlante puede ser vista como la ubicación asignada en los marcos de una funcionalidad ideológica que la mitología griega le situó al gigante dentro de un sistema ideológico al ser encargado de sostener el mundo de los hombres; o sea, que la vida y el género humano dependían de un semidiós, lo que equivale a decir que la fe sobre la razón comenzaba a *sostener* (explicar y legitimar un determinado orden social) tempranamente la ideología de aquellos creadores de tales fábulas mitológicas: las clases y los grupos dominantes.

### Modernidad y mitología: Atlante desde la racionalidad política

Las revoluciones burguesas entre los siglos XVII y XVIII dieron paso al advenimiento de las sociedades capitalistas a nivel internacional, que a la largo del siglo XIX se consolidaron de manera definitiva. La irracionalidad monárquica de la Francia de los siglos mencionados generó la conocida revolución de 1789, que produjo una nueva racionalidad política. El contrato social y la razón científica como fundamentos interpretativos de la realidad promovieron una mentalidad revolucionaria en el pueblo, los intelectuales, las clases sociales y los gobernantes galos para crear y recrear la mitología de las revoluciones modernas.

Si la razón científica dio paso a disímiles racionalidades, ahora los gigantes divinos y semidioses adquirieron una imagen y sentido definitivamente humanos. Los atlantes que la revolución necesitaba no podían encarnar condiciones divinas mediante las cuales las monarquías europeas habían logrado una sujeción relacional del hombre durante siglos medievales. Los nuevos atlantes *sostendrían* un mundo nuevo en gestación, pero no serían petrificados por los antiguos sortilegios y conjuros; su adquirida humanidad los identificaba con los propios hombres del pueblo y de las clases sociales presentes en la contienda revolucionaria. Entre ellos surgieron los nuevos atlantes de la modernidad.

Marat, Robespierre, Dantón y otros, se convirtieron en atlantes modernos que a través de sus pensamientos políticos fueron erigidos dentro del nuevo pensamiento moderno en los sostenedores de un mundo racional donde “Libertad, igualdad y fraternidad” encarnaban las columnas de un nuevo universo social.

En el mundo hispanoamericano de la primera mitad del siglo XIX tales nombres encarnaron aquellos nuevos ideales. En la propia medida que la Revolución Francesa comenzó a distanciarse cronológicamente, sus atlantes ideológicos se encargaron de sostener ese nacimiento político y llevarlo a cada presente revolucionario donde fueran necesarios; así, su preciosa carga de precedentes históricos jamás envejecería.

### De 1789 a 1868, de La Bastilla opresora a La Demajagua independentista

Al comenzar la Revolución de 1868 en Cuba, el joven Ignacio Agramonte y Loynaz ya contaba con la suficiente formación intelectual adquirida unos pocos años atrás durante su estancia de cinco años en Europa y posteriormente en las aulas de la Universidad de La Habana. El tríptico francés de “Libertad, igualdad y fraternidad” formaba parte del arsenal de ideas sociales de su generación. Los principios de una libertad social fundada en la racionalidad del contrato social de los iluministas franceses permearon sus juveniles ideas políticas. Para él y el resto de sus compañeros de estudios, la razón sobre la fe –premisa científica de la burguesía en ascensión internacional–, conformaba las bases de una ideología liberadora acorde con su época histórica.

El hombre como fuerza central de toda actividad era capaz de proyectar y conseguir un cambio social basado en una sólida racionalidad política, que explicaba y legitimaba en todos los sentidos posibles las vías y el nuevo mundo por alcanzar. Ese precepto filosófico e ideológico fue asumido por el joven jurista camagüeyano como un principio cardinal de su actuación política desde el momento en punto que entró al torbellino de la gesta patriótica del 68.

En poco tiempo su condición de abogado lo alistó dentro del grupo de intelectuales que rápidamente emergerá como cimientos de la dirección civil de la revolución. Su figura se catapultó desde una base regional entre los meses de noviembre de 1868 y abril de 1869. En ese corto período devino en una de las personalidades revolucionarias con mayores perspectivas políticas. Sin embargo, con Agramonte sucedió algo muy peculiar, su rápido reconocimiento no solo se debió a su condición de joven abogado con inmensas ganas de combatir por la independencia de su país, sino a que en él se combinaron otros dos

factores que tal vez como en ninguna otra figura del independentismo cubano se hicieron presentes en una misma persona: sus dotes naturales de liderazgo y su capacidad de mando militar.

Al repasar los grandes nombres del 68, el especial tríptico de dirigente civil a partir de una formación jurídica-liderazgo político y mando militar, quizás solo estuvo presente en él; los otros grandes consagrados del 68, de un modo u otro, poseían uno o dos rasgos de esa triple condición, pero en Agramonte se encarnaron las tres en un mismo tiempo y escenario históricos. De allí su vertiginosa ascendencia dentro del mambisado del 68 que lo convirtió en un líder político-militar de masas.

El hecho de haber transitado desde una juvenil pasión civilista en los inicios de la contienda, que lo llevó a duros roces con otros dirigentes como Carlos Manuel de Céspedes, hasta una equilibrada visión política-militar sobre los fundamentos y estructuras de una revolución, pueden hacerme proponer una hipótesis de necesaria corroboración investigativa: a través de dicha transición Ignacio Agramonte evolucionó de un intelectual tradicional –formado en los marcos del colonialismo español– a un incipiente intelectual orgánico que asimilaba a pasos agigantados la revolución como un suceso sociocultural, que previamente transcurría por su etapa armada. Sin embargo, su extemporánea muerte el 11 de mayo de 1873 impidió la consolidación definitiva de tal suceso. De haber vivido el curso total de la guerra, quizás se hubiese convertido en un determinante líder nacional, pero la ciencia histórica no se desarrolla sobre la base de “lo que hubiera sido.”

Lo cierto es que su desaparición física resintió sobremanera el proceso general de la Revolución del 68, que junto a otros complejos factores terminó a mediados de 1878 sin alcanzar sus objetivos esenciales. Las circunstancias en que ocurrió su muerte en combate y la forma en que el ejército y gobierno español se ensañaron con su cadáver, catalizaron más aún aquel liderazgo en emersión. Su actuación entre 1868 y 1873 no solo legaba al independentismo cubano un grupo de resultados políticos y militares, sino además una fortísima imagen de igual naturaleza, que su documentación pública y privada nos permite conocer hoy. Ya antes de morir se perfilaba como uno de los primigenios atlantes de la nación cubana; así, al igual que otros renombrados dirigentes e intelectuales de los procesos de 1868 y 1895, comenzó a levantar sobre su espalda la ideología liberadora de un país.

## El Atlante “va cabalgando como una palma escrita y a la distancia de cien años resucita...”

Si bien la regia personalidad de Agramonte fue reclamada con toda justeza como un patrimonio del pueblo camagüeyano –por ende agramontino– durante los años republicanos de 1902 a 1958, el triunfo de 1959 completó su dimensión nacional. Desde esa última fecha la nación cubana experimentó una verdadera refundación de su cultura nacional. La ideología independentista que había sostenido buena parte de la lucha revolucionaria en la década de los cincuenta del siglo xx se adentraba en las estructuras de la nueva hegemonía cultural en formación. El rescate del legado martiano, comenzado desde la década de los años veinte de ese siglo, probablemente haya sido la primera conexión posterior al triunfo entre el 68, el 95 y el 59.

A un mismo tiempo y a lo largo de la década de los sesenta, se estableció también una reinterpretación histórica e ideológica de las dos revoluciones mambisas. En 1968 el Comandante en Jefe Fidel Castro proyectó una lógica histórica entre independentismo decimonónico y revolución triunfante, cuando en su discurso por el centenario del 10 de Octubre expresó: “[...] Nosotros hubiéramos sido como ellos y ellos hubieran sido como nosotros [...]”. Antes y después de esta memorable intervención ya se estaba produciendo la irrupción de una nueva historiografía sobre el 68 y el 95 bajo las nuevas realidades históricas. Entre 1967 y 1970 se reeditó casi toda la literatura de campaña conocida hasta ese momento.

La cultura mambisa ha brindado a la Revolución del 59 todo un universo de ideas políticas y sociales que sostienen decisivamente su hegemonía cultural. Ha sido materia prima básica de la nueva racionalidad revolucionaria. Esa hegemonía no está sustentada únicamente en las ideas políticas y el discurso ideológico, sino en el sistema de relaciones sociales que estructura la sociedad. La cultura mambisa forma parte indispensable de ella a través de nuestro sentido nacional de patria y país, que se desenvuelven en determinadas asunciones cotidianas del cubano. El 68 y el 95 nos han transmitido la necesidad histórica de liberación nacional y revolución social como esencia de nuestro actual proyecto político.

En la música, la antológica pieza *El Mayor*, de Silvio Rodríguez (1973), fue tal vez la primera canción en la Revolución que dio cuenta de una presencia de la ideología mambisa en el proceso de 1959. Y lo hizo posicionando la figura de Ignacio Agramonte como un líder de una nación.

Ese año, al cumplirse el centenario de su caída en combate, el líder principal de la Revolución Cubana, Fidel Castro, se dirigió a todo el país desde la ciudad de Camagüey en la noche del 11 de mayo en un discurso memorable. Durante decenas de minutos y varias cuartillas escritas, Fidel analizó y proyectó la obra revolucionaria de Agramonte en una parábola de vida entre pasado, presente y futuro. Con magistral sagacidad intelectual se legitimó desde la cúspide del liderazgo revolucionario el pensamiento y la conducta del otrora líder mambí. Una conexión ideológica hacía de su pasada acción necesidad de un presente pletórico de una ideología liberadora sin compromisos con otros tipos de ideales: [...] “¡Ignacio Agramonte no fue nunca anexionista!”<sup>1</sup>

Más adelante se valoraba otro importante aspecto de su devenir patriótico, la reconciliación con otro gigante, Carlos Manuel de Céspedes. El hecho marcó un apreciable giro positivo en los avatares del 68 que legitimaba en 1973 la conjugación del liderazgo político-militar como necesidad histórica: “[...] Hay evidencias históricas de que al morir Ignacio Agramonte, sus sentimientos y su actitud hacia Céspedes habían cambiado extraordinariamente [...]”<sup>2</sup> El progresivo entendimiento entre el joven líder político-militar y el avezado presidente civil legaba a nuestro presente un ejemplo histórico del tal mixtura. La totalidad del discurso embonó de manera determinante la composición ideológica del pensamiento de Agramonte con la ideología de la Revolución Cubana.

Desde 1959 y hasta hoy a la figura de Ignacio Agramonte le fueron renovadas sus fuerzas ideológicas para *sostener*, en perpetuo reto a la gravedad, un mundo de continuas búsquedas de aquella libertad soñada por él y los otros gigantes de las luchas independentistas cubanas. Desde nuestra subjetividad él y los otros atlantes independentistas *sostienen* la bóveda celeste en la cual se encuentra la nación cubana de hoy. Al igual que Prometeo, Epitimeo y Menecio, el Atlante Agramonte sigue llevando su mundo a cuestras, un mundo fundado en la cultura de la emancipación humana. ■

<sup>1</sup> Fidel Castro Ruz, “Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estados y de Ministros en la velada solemne efectuada en la Plaza San Juan de Dios, Camagüey, en el centenario de la caída en combate del Mayor General Ignacio Agramonte, 11 de mayo de 1973, Año del XX Aniversario”, en *Ignacio Agramonte*, Editora Política, La Habana, 1983, pp. 26-52.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 45.

## El Mayor

Silvio Rodríguez, 1973

El hombre se hizo siempre  
de todo material:  
de villas señoriales  
o barrio marginal.  
Toda época fue pieza  
de un rompecabezas  
para subir la cuesta del gran reino animal,  
con una mano negra  
y otra blanca mortal.

Mortales ingredientes  
armaron al Mayor:  
luz de terratenientes  
y de Revolución:  
destreza de la esgrima,  
sucesos como un preso,  
Amalia abandonada  
por la bala,  
la vergüenza, el amor;  
o un fusilamiento,  
un viejo cuento  
modelaron su adiós.

Va cabalgando  
El Mayor con su herida,  
y mientras más mortal el tajo,  
es más de vida.  
Va cabalgando  
sobre una palma escrita,  
y a la distancia de cien años  
resucita.

Trota sobre la espuma,  
seguido por un mar  
de negros en machete  
y sin encadenar.  
Ordena a su corneta  
el toque de a degüello,  
y a un siglo de distancia  
entona nuestra canción  
y con recia garganta  
canta,  
espanta  
lejos la maldición.

Va cabalgando  
El Mayor con su herida,  
y mientras más mortal el tajo,  
es más de vida.  
Va cabalgando  
sobre una palma escrita,  
y a la distancia de cien años  
resucita.

# Hermoso morir



ROBERTO PÉREZ RIVERO

*Y es un hermoso morir  
De mil contrarios rodeado  
Que el héroe quiere abatir,  
Y que le ven esgrimir  
Un acero ensangrentado  
EL HIJO DEL DAMUJÍ (1873)*

Convocados por el Director de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey, un grupo de especialistas en Historia de Cuba e Historia Militar realizó, entre 2005 y 2006, un trabajo de investigación científica que tuvo como objeto el estudio del combate de Jimaguayú y las circunstancias en que se produjo la muerte del mayor general Ignacio Agramonte y Loynaz el 11 de mayo de 1873.<sup>1</sup> Los resultados investigativos de ese equipo multidisciplinario fueron dados a conocer con la publicación, en el año 2007, por la Editorial de Ciencias Sociales, del libro *Ignacio Agramonte y el combate de Jimaguayú*.

A partir de los aportes de esa obra, expongo algunos puntos de vista sobre el destacado jefe militar que llegó a ser Ignacio Agramonte, el contexto en el que tuvo lugar el combate de Jimaguayú, cómo ocurrió su muerte, y sobre todo, qué significado tuvo que fuera así.

## El Mayor

Quien libra en Jimaguayú su último combate se convirtió en uno de los jefes militares más destacados de la historia de Cuba. Cuando todavía era un joven, ya era mayor general del Ejército Libertador y fue el paradigmático jefe de todas las fuerzas de Camagüey y Las Villas.

<sup>1</sup> El grupo estuvo integrado por el Doctor en Ciencias Raúl Izquierdo Canosa; Doctor en Ciencias Militares Ángel Jiménez González; Doctor en Ciencias Históricas Roberto Pérez Rivero; Ingeniero Jesús Ignacio Suárez Fernández; Máster en Ciencias Elda Cento Gómez; Máster en Ciencias Ricardo Muñoz Gutiérrez y Licenciado José M. Camero Álvarez.



Obelisco dedicado a Ignacio Agramonte en Jimaguayú.

La guerra iniciada el 10 de octubre de 1868 por Carlos Manuel de Céspedes en la Demajagua fue seguida por los camagüeyanos el 4 de noviembre con el levantamiento armado acontecido en el paso del río Las Clavellinas. Días después, el 11 de ese mismo mes, se incorporó a la lucha en el ingenio Oriente, Ignacio Agramonte.

Desde los meses iniciales de la contienda, Agramonte asumió un rol protagónico tanto en la esfera política como en la militar. Inicialmente, sus criterios acerca de las relaciones entre el gobierno de la República en Armas y la dirección de la lucha armada<sup>2</sup> lo condujeron

<sup>2</sup> Ignacio Agramonte no comprendía las limitaciones que inevitablemente impone el estado de guerra a los derechos individuales del hombre, y a lo que él consideraba como ideales democráticos en general.

a un serio enfrentamiento con el presidente Carlos Manuel de Céspedes, al punto de renunciar a su mando y retarlo a duelo. Sin embargo, después, tuvo la capacidad y el valor de llegar a identificarse con las ideas de Céspedes y acatar y respaldar su autoridad.

En su desempeño como jefe militar logró en las fuerzas de la División Camagüey del 3er Cuerpo de Ejército, una estructura estable, rigurosa disciplina y, sobre todo, alta capacidad y disposición combativa.

De la misma manera en que su pensamiento político fue adquiriendo dimensión y proyección estratégica, se fue convirtiendo en genial jefe militar, que comprendió tempranamente que había que acompañar el combate diario con el estudio y dominio del arte de la guerra, y llegó a imponer en sus tropas la más estricta organización y disciplina militar, convencido de que “organizar y disciplinar el ejército es prepararlo para la victoria”. En este sentido fue significativa la fundación en la manigua de una academia militar.

Entre las cualidades y capacidades de Agramonte como jefe militar se destaca el lugar principal que le asignaba al mando único; la combinación de la audacia, el valor y la pasión con la serenidad, la justicia y la severidad; su mejor manera de enseñar era el ejemplo personal, ser modelo para su tropa de moralidad, disciplina, combatividad y patriotismo.

En sus campañas desarrolló una elevada maestría combativa que le permitió dirigir con creatividad y arrojo muchos combates victoriosos y de diferentes tipos, casi siempre con correlaciones de fuerzas y medios muy desfavorables.

A su empeño, constancia, enseñanzas y ejemplo se debe la organización de unidades con una alta capacidad, cohesión y eficacia combativa, como la inigualable caballería camagüeyana, y la formación de brillantes jefes militares como José González Guerra, Julio Sanguily, Henry Reeve, Gregorio Benítez y Manuel Suárez.

El genio militar del Mayor tenía que ser reconocido por sus adversarios. Aun después de su caída en combate, en los órganos de prensa aparecieron referencias acerca de su figura como estas:

Es indudable que las partidas que tenía a sus órdenes Agramonte eran las mejores armadas y organizadas de la rebelión.

[...] Sin Ignacio Agramonte la rebelión del Camagüey habría quizás terminado en la reunión de Minas [...].<sup>3</sup>

<sup>3</sup> *Diario de la Marina*, La Habana, 14 de mayo de 1873, p. 2.

[...] Pereció el cabecilla más importante de la insurrección en este Departamento, el caudillo rebelde que más confianza inspiraba a los suyos y el más hábil organizador que ha tenido la causa de la independencia desde que estalló la insurrección. Ignacio Agramonte, un joven de unos 30 años era muy querido, muy respetado y muy temido también de sus subordinados, porque estaba dotado de un carácter severo, inflexible, tenaz e intransigente; tenía entendimiento claro, instrucción y otras circunstancias que le daban aptitud para el cargo de primer jefe o mayor general de que estaba investido por el apócrifo gobierno de Céspedes [...].<sup>4</sup>

Incluso, en publicaciones norteamericanas, antes de su muerte ya se valoraban las capacidades del destacado jefe militar cubano:

Agramonte, es la guerra tenaz y constante, sin hacerla depender de auxilios llegados del extranjero; es la constancia a toda prueba, la serenidad ante el espectáculo de los desastres y la defección; y la voluntad férrea que es condición indispensable del triunfo.<sup>5</sup>

Acercas de las cualidades de Agramonte como jefe militar señaló el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz el 11 de mayo de 1973:

Se ha escrito y se ha hablado de sus extraordinarias condiciones de educador y de organizador. A lo largo de su mando, organizó talleres de todo tipo para abastecer a las fuerzas camagüeyanas, organizó, disciplinó y entrenó a la caballería y a la infantería de Camagüey y de Las Villas, dotó a esas fuerzas de un magnífico espíritu de combate y las capacitó para la lucha. El propio Agramonte no tenía profesión militar, pero desde que comenzó la guerra se dedicó a los estudios militares y a enseñar a los oficiales y a los combatientes. Es conocido que donde quiera que había un campamento de Ignacio Agramonte, había un centro de instrucción militar, había una escuela.<sup>6</sup>

## El combate de Jimaguayú

El conjunto de acciones combativas llevadas a cabo entre 1870 y los primeros cuatro meses de 1873 por

<sup>4</sup> *Diario de la Marina*, La Habana, 20 de mayo de 1873, p. 3.

<sup>5</sup> “Tipos de soldados de Ignacio Agramonte. Xilografía”, en *La América Ilustrada*, Nueva York, Impr., 1872, v. I, p. 46.

<sup>6</sup> Tomado de Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía, *Atlas biográfico Mayor General Ignacio Agramonte y Loynaz*, Empresa Occidental de Geodesia y Cartografía, La Habana, 1989, p. 13.

las tropas independentistas de Camagüey subordinadas a Ignacio Agramonte evidenció la madurez que alcanzaba el arte militar cubano, caracterizado en esta región en particular por desarrollar el método de lucha irregular, que incluyó la realización ininterrumpida de acciones combativas de diferentes tipos como el ataque a poblaciones, asalto a convoyes de abastecimiento y a pequeñas guarniciones y campamentos fortificados del enemigo, emboscadas y ataques a columnas volantes y guerrillas en movimiento.

A la proeza del rescate de Sanguily le sucedieron otros combates, entre ellos, los de La Horqueta, El Plátano, San Tadeo, San Ramón de Pacheco, La Matilde, Sitio Potrero y El Edén.

Por estos triunfos el presidente Céspedes, quien había limado las diferencias con Agramonte, asignó a este también el mando en el territorio de Las Villas. Así los efectivos a sus órdenes aumentaron considerablemente y destacados jefes villareños fortalecieron su escalón de mando. La infantería de Las Villas y jefes como José González Guerra, Serafín Sánchez y Jacobo Díaz de Villegas combatieron junto al Mayor en el potrero de Jimaguayú. Entre las victorias más importantes de 1872 se destacan los combates de El Salado y Jacinto.

De enero al 8 de mayo de 1873, continuó el ritmo ofensivo de las tropas de Agramonte, que obtuvieron convincentes victorias en numerosos lugares, entre ellos Buey Sabana, Curana, Camino del Jobo a la Ceiba, Ciego de Najasa, Soledad de Pacheco, Aguará y Cocal del Olimpo. Este último combate determinó las circunstancias en las cuales se desarrolló la batalla final del Mayor.

El 7 de mayo de 1873, Ignacio Agramonte con aproximadamente cien jinetes, como parte de su plan de hostigamiento a las guarniciones españolas en las zonas de cultivo en torno a la ciudad de Puerto Príncipe, sonsacó a la del Fuerte Molina, cuya agrupación de unos setenta efectivos de la Guardia Civil atacó infructuosamente a la tropa comandada por él, y sufrió la pérdida de diez hombres, armas y caballos, además de algunos prisioneros.

Ignacio Agramonte y sus hombres continuaron su marcha hasta que en el lugar conocido como Cocal del Olimpo, fueron atacados por una columna de aproximadamente ciento veinte jinetes de la Guardia Civil y el Regimiento de la Reina, a las órdenes del teniente coronel Leonardo Abril, que pretendía vengar la derrota sufrida por los hombres del Fuerte Molina. El Mayor ordenó un fulminante contraataque que prácticamente destrozó la columna española: dejó en el terreno 46 cadáveres, entre ellos su jefe y dos capitanes (Larrum-

be y La Torre), 48 fusiles, 2 600 cartuchos, 47 armas blancas, 40 caballos con sus equipos y otros medios, mientras que los cubanos solo lamentaron heridas en dos de sus hombres.

Ramón Roa relató con exactitud y belleza la manera en que la fuerza cubana enfrentó el ataque español:

Nosotros permanecíamos inmóviles, suspensos, como embebidos en la contemplación de aquella osadía y bravura. Ni una voz de mando, ni un toque de trompeta, ni un grito partía de nuestras filas atónitas, hasta que el teniente Jacobo Villegas, entonces agregado a la escolta, buscó, inquieto, los ojos del teniente coronel Reeve; este, a su vez, buscó los ojos del Mayor, como pidiéndole órdenes que ya tardaban en tan supremo trance, y el Mayor, que había seguido aquel diálogo mudo y expresivo, hizo un gesto rápido, tirando la cabeza atrás y adelantando la barba como el cazador que azuza la jauría. Villegas, Reeve, el Mayor, la escolta, los que cupieron por el callejón se lanzaron a chocar con ellos. El arranque, la acometida fue tan pujante que cayó por tierra la primera fila de enemigos. Los nuestros, que nos seguían, invadieron como un torrente el callejón, y ya fue inútil la bizarría, el heroísmo de aquellos jefes y oficiales, que en sus puestos cayeron uno tras otro para impedir que se consumara la catástrofe.<sup>7</sup>

Así, con pujante espíritu e insuperable cohesión y capacidad combativa llegaron Agramonte y sus subordinados al campamento mambí de Jimaguayú. Los recién llegados fueron recibidos con una ovación, se tenían noticias de sus últimas victorias.

No estaba en los planes de Agramonte volver a combatir en los próximos días, pues tenía previsto un significativo encuentro con jefes orientales que debía producirse en la región de Tunas el 25 de mayo. Por ello, sus indicaciones fueron reanudar las tareas habituales: controlar el orden interior del campamento, la prestación del servicio de seguridad y la instrucción de las tropas.

La noche del 10 de mayo fue incluso de fiesta. La infantería de Caonao devolvía a la de Las Villas un homenaje que esta le había dedicado el día 4. Comida, versos y canturía bajo una glorieta y alrededor de una rústica mesa presidida por El Mayor, conformaron la velada.

El jolgorio terminó cuando se supo que desde Puerto Príncipe había partido, siguiendo instrucciones del general de brigada Valeriano Weyler –jefe interino

<sup>7</sup> Ramón Roa, *Pluma y machete*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969, p. 149.

del Departamento Central—, una poderosa columna, bajo el mando del teniente coronel José Rodríguez de León, con unos mil hombres de las tres armas (infantería, caballería y artillería), que avanzaba en dirección a Jimaguayú y pretendía golpear duramente a las fuerzas cubanas que les habían propinado los duros reveses en Fuerte Molina y Cocal del Olimpo.

La situación creada imponía el dilema de eludir el combate para concurrir a Tunas, o aceptarlo con todas sus consecuencias. El Mayor decidió lo segundo.

Esa noche se dieron las indicaciones y se crearon las condiciones necesarias para llevar a cabo un combate que tenía como idea para su realización la provocación de la vanguardia enemiga por una pequeña fuerza de caballería cubana. Esta debía atraer a sus perseguidores hacia el fondo del potrero de Jimaguayú, donde la infantería de Camagüey y Las Villas los fijarían en el terreno con su fuego, para ser después golpeados por la retaguardia por la temible caballería camagüeyana, la que aguardaría el momento oportuno de manera oculta. Agramonte disponía para todo de unos quinientos sesenta hombres. No era la primera vez que se montaba una trampa así.

Cuando amaneció el 11 de mayo de 1873, el teniente coronel Rodríguez de León avanzó con su columna con extrema cautela. Al acercarse a Jimaguayú, comenzaron a desarrollarse las acciones según lo concebido por Agramonte, pero Rodríguez de León no permitió que su caballería cayera en la celada, e introdujo primero en el potrero fuerzas de infantería. Así se desencadenó un combate de no poca envergadura. Se enfrentaban la infantería de ambos bandos y también sus fuerzas de caballería, aunque no precisamente en la manera que lo había pensado El Mayor.

Todo ello quiere decir que el combate de Jimaguayú no fue una escaramuza como se suele apuntar en no pocos textos, y tampoco hubo sorpresa para ninguno de los dos bandos contendientes. Del mismo modo se puede afirmar que fue un combate planificado con acierto por el Mayor; su desenlace tuvo que ver con otros eventos.

## La muerte en combate de Ignacio Agramonte

En las fuentes históricas existen numerosas versiones y muchas incógnitas de cómo ocurrió la muerte de Agramonte, pero el análisis realizado por el colectivo

de historiadores que investigó el hecho esclarece con mucho más tino lo sucedido, así como el significado que tuvo esa muerte.

Como ya se ha dicho, mientras el combate transcurría Agramonte se movía por su orden combativo, observaba y emitía indicaciones, hasta que en un momento dado, desde un punto de observación al fondo del potrero, muy cercano a la ubicación del entonces capitán Serafín Sánchez y su tropa, seguramente al comprender que la acción se prolongaba más de lo conveniente, debió de decidir el fin de la hostilidad. Es razonable suponer que para favorecer la maniobra de salida del combate —en primer lugar de su caballería—, cabalgara hacia el centro del potrero para asestar una carga sorpresiva contra un flanco de la infantería enemiga, pero escasamente acompañado.

En el avance, El Mayor debió estar acompañado por algunos jinetes, entre ellos, de seguro, Diego Borrero, Lorenzo de Varona y Ramón Agüero. Antes había separado de sí al comandante Baldomero Rodríguez y al teniente coronel Rafael Rodríguez con el encargo de transmitir a la caballería cubana la orden de salir del combate. Varias fuentes señalan que a su lado cayó el teniente Jacobo Díaz de Villegas, pero fundados argumentos permiten sustentar que este pierde la vida en otra carga de la caballería camagüeyana de las realizadas durante el combate contra guerrilleros enemigos.

No era la primera vez que Agramonte cargaba con exigua compañía; en esta ocasión, desafortunadamente, fue blanco de un disparo hecho a muy corta distancia, procedente de tiradores de una compañía de infantería enemiga, que no era visible por la altísima hierba de guinea que la ocultaba. Un proyectil lo alcanzó en la sien derecha, le salió por el parietal izquierdo y le causó la muerte instantáneamente. No hay nada raro ni misterioso en eso; forma parte de las posibilidades que encierra cada combate, máxime cuando los oficiales insurrectos, como norma, cargaban al frente de sus hombres.

Son descartadas, por poco probables, versiones relacionadas con la muerte de Agramonte a causa de una bala extraviada de sus mismos soldados, o del asesinato por la vía de la bala del revólver de un traidor, si se considera el lugar en que cayó y las características de la herida descrita en el reconocimiento forense, que debió de ser producida por un disparo desde un plano ligeramente inferior y en un punto algo por delante de la víctima, donde se encontraban infantes españoles y no fuerzas cubanas.

El cuerpo del Mayor quedó inerte en la alta hierba de guinea. Lorenzo de Varona refirió a Serafín Sánchez que, al descender de su caballo para recoger al Mayor no pudo hacerlo porque los tiros espantaron su caballo. Por su parte, Diego Borrero llegó hasta la caballería cubana en un flanco del potrero e informó que le parecía haber visto caer al Mayor.

Todo parece indicar que sumidos en el más profundo estupor, ni Henry Reeve, ni Serafín Sánchez, ni ningún otro jefe cubano atinó a disponer nada por confirmar la caída de Agramonte, ni por intentar rescatar de inmediato su cuerpo. A la violenta reacción de no pocos jinetes que se dispusieron a rescatar el cadáver del Bayardo, se opuso firmemente Reeve en cumplimiento de la orden de retirada que había recibido del propio Agramonte. Es posible que Reeve comprendiera que forzar otra cosa, conduciendo la caballería a una carga condenada a sufrir grandes bajas, habría hecho inútil el gesto de Agramonte, como dijera Martí, de “morir en Jimaguayú por salvar a sus compañeros fugitivos, y ver luego de salvarse él”.<sup>8</sup>

Los españoles no lo supieron inmediatamente después del combate, y los cubanos no lo pudieron encontrar, solo hallaron el cadáver del valeroso teniente Jacobo Díaz de Villegas. Más tarde, por evidencias ocupadas (el cadáver de Agramonte había sido saqueado por un depredador), las fuerzas españolas regresaron al potrero y ocuparon los restos mortales del héroe. El cadáver fue conducido a Puerto Príncipe, paseado por algunas de sus calles y exhibido al público en la morgue del hospital de San Juan de Dios. Allí fue identificado.

El gobernador de Puerto Príncipe, brigadier Juan de Ampudia, instigado por Valeriano Weyler, temeroso de una manifestación de duelo popular, ordenó que el cadáver fuera conducido en secreto al cementerio e incinerado. A las cuatro de la tarde los restos del mayor general Ignacio Agramonte fueron conducidos al campo santo, donde después de una incineración inadecuada con leña y petróleo, se les hizo “desaparecer”, lanzándolos, lo más probable, en una fosa común.

El significado de la forma en que murió Agramonte está muy bien reflejado en el epílogo del libro *Ignacio Agramonte y el combate de Jimaguayú*. En esa obra se afirma que la caída en combate del mayor general Ignacio Agramonte, como la de otros héroes de Cuba, ha sido considerada por muchos como algo trágico,

inoportuno, imprudente e, incluso, absurdo; otros ven el combate de Jimaguayú como una acción de poca importancia, que no fue más que una escaramuza, en la cual no debió morir el destacado jefe militar camagüeyano. También por décadas se ha sostenido el criterio de que la muerte del Mayor está rodeada por un misterio –tal vez oscuro– guardado por un “silencio impenetrable”, como reza en la inscripción del obelisco levantado por los veteranos en el lugar de su caída en el año 1928.

No hubo nada misterioso, siniestro ni torcido en la muerte del mayor general Ignacio Agramonte. Ha sido frecuente la muerte gloriosa de hombres imprescindibles en la historia de Cuba; más de una vez se ha sentido el inmenso dolor por la pérdida del jefe más querido o del amigo del alma, la pena por no poder salvarlo, el pesar por no poder recuperar sus restos. En nuestras guerras por la independencia del colonialismo español en el siglo XIX y en la guerra de liberación nacional del pasado siglo, fue elevado el número de jefes importantes y oficiales en general que ofrendaron sus vidas en significativas batallas o en simples combates y escaramuzas. En la guerra, cualquiera puede encontrar la muerte, en la más grandiosa operación o en la más sencilla acción combativa; el más simple soldado o el oficial de más alta graduación. Sobre todo si se trata de uno cubano, ¿por qué? Existen varias razones, pero hay una fundamental: los cubanos han tenido que enfrentar en sus luchas a enemigos siempre muy superiores en fuerzas y medios. Uno de los principales resortes que ha compensado tales diferencias ha sido la supremacía del factor moral, el lugar relevante que han ocupado las ideas en la lucha contra los enemigos de la patria. Componente básico de esos resortes morales lo ha sido el ejemplo personal de los jefes y oficiales del Ejército Libertador, el Ejército Rebelde, las Fuerzas Armadas Revolucionarias y líderes del pueblo en general.

Ello quiere decir que la caída en combate de grandes hombres y jefes cubanos ha estado condicionada más por esa circunstancia, que por la imprudencia, el abandono, los errores o los misterios. Los que han regado con su sangre el suelo de la patria han estado convencidos de las razones, la posibilidad e incluso la necesidad de la muerte; de la misma manera en que lo enunciara José Martí: “¡La razón, si quiere guiar; tiene que entrar en la caballería! y morir, para que la respeten los que saben morir.”<sup>9</sup>

<sup>8</sup> José Martí, en *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, t. 4, p. 368.

<sup>9</sup> J. Martí, ob. cit., t. 4, p. 252.

La necesidad de guiar a sus subordinados con el ejemplo y el patriotismo sincero llevó a Antonio Maceo, al propio Martí y a Ignacio Agramonte a combatir como lo hicieron y a morir en circunstancias similares, por citar tres de los casos más relevantes. Sobre estas muertes existen diferentes versiones, incógnitas y discrepancias; en ello ha influido también la carencia de testimonios fehacientes. Pero, por encima de todo, ha prevalecido el consenso en cuanto a que ellos nos enseñaron cómo vivir y cómo morir por la patria; que morir así es continuar viviendo y dando luz de aurora.

Enjuiciar los resultados de un combate sin haber estado en él; juzgar la capacidad de alguien que cayó alcanzado por una bala que nadie puede ver mientras vuela; repudiar la confusión, el pesar y el desconcierto que cualquier guerrero probado en mil batallas puede sentir ante la caída inesperada del jefe idolatrado, sin haberlo vivido en carne propia, puede obstruir la cabal comprensión de un asunto tan delicado.

¿Cuántas veces Máximo Gómez no entró en la caballería enemiga como uno más de sus valientes soldados? Muchas. No cayó; la suerte lo acompañó. La casualidad en la guerra está tan presente como la necesidad.

Ignacio Agramonte, como uno de los más grandes jefes militares cubanos, estuvo a la altura de los más valientes y preclaros de su tiempo, supo guiar y enseñar con su ejemplo. No se debe pensar que en Jimaquayú anduvo errado, aunque también es sabido que cualquiera puede cometer errores. Lo más importante es considerar que para él estaba muy claro que el peligro de dar la vida por su país y su deber era una realidad de cada combate. Ni en el rescate de Sanguily, ni en el Cocal del Olimpo, ni en muchos otros combates se ubicó El Mayor con su caballo en una altura dominante del terreno a observar lo que sucedía y dirigir las acciones, protegido por una escolta y un Estado Mayor y utilizando enlaces para enviarlos a la primera línea de combate a comunicar órdenes. Todo lo contrario, con frecuencia estaba entre los primeros que se lanzaban a chocar con el enemigo, en arranques y pujantes acometidas.

En la última carta que su compañera Amalia Simoni le escribió –nunca recibida por el héroe– ella le pedía:

Cuantos vienen de Cuba Libre y cuantos de ella escriben aseguran que te expones demasiado y que tu arrojo es ya desmedido. // Zambrana dice que con pesar cree “que no verás el fin de la revolución”. [...] Yo te ruego, Ignacio idolatrado [...] que no te batas con esa desesperación [...] por interés de Cuba debes ser más prudente, exponer menos un brazo y una inteligencia de que necesita tanto. Por Cuba, Ignacio mío, por ella también te ruego que te cuides más.<sup>10</sup>

Quien actuaba así no era un temerario irresponsable, era un digno cubano que acudió a la guerra como la alternativa extrema para liberar a su patria, que lo entregaba todo para servirla, pero que también soñaba regresar al amor de su esposa e hijo, tal y como lo describió Martí:

¡Acaso no haya romance más bello que el de aquel guerrero, que volvía de sus glorias a descansar, en la casa de palmas, junto a su novia y su hijo! “¡Jamás, Amalia, jamás seré militar cuando acabe la guerra! Hoy es grandeza, mañana será crimen. ¡Yo te lo juro por él, que ha nacido libre!”<sup>11</sup>

Por eso se cuidaba hasta donde el deber se lo permitiera; así se lo hizo saber a su entrañable Amalia: “No tengas cuidado por mí: fuera de los combates, donde hago lo que es mi deber hacer, me cuido bastante [...]”<sup>12</sup>

Podrán existir razones para quienes piensan que la caída de Agramonte en Jimaquayú el 11 de mayo de 1873 fue imprudente, sombría, absurda y misteriosa; pero, existen otras para pensar que fue, sobre todo, un hermoso morir. ■

<sup>10</sup> Eugenio Betancourt Agramonte, *Ignacio Agramonte y la revolución cubana*, Imprenta Dorrbecker, La Habana, 1928, p. 515.

<sup>11</sup> J. Martí, “Céspedes y Agramonte”, en ob. cit., t. 4, p. 361.

<sup>12</sup> Carta a Amalia Simoni del 1º de abril de 1871, en Juan Jiménez Pastrana, *Ignacio Agramonte. Documentos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 257.



# Acontecimientos

## EL CENTENARIO

del natalicio de José Martí en la memoria

JUAN NUIRY



En 1953 se cumplían cien años del natalicio de José Martí, el Apóstol de nuestra independencia. Diez meses antes, el 10 de marzo de 1952, un golpe de Estado destituyó un gobierno constitucional y se implantó otra vez la bota militar sobre el derecho de los ciudadanos; desde entonces, existió un ayuno de todo patriotismo e ideología. Para el pueblo de Cuba, esto constituía un desafío y una afrenta al Maestro en su centenario. Las reacciones de repulsa y enfrentamiento no se hicieron esperar. Desde el mismo mes de enero la juventud estudiantil fue protagonista activa, y la Universidad de La Habana, su principal centro de referencia en aquellos días.

En ocasión del 24 aniversario del asesinato en México de Julio Antonio Mella, el inolvidable líder del estudiantado cubano, el 10 de enero de 1953, la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) quiso honrar al fundador de su organización con un sencillo busto de yeso, que se puso en la plazoleta de San Lázaro y la calle L, frente a la histórica escalinata universitaria. Ese propósito fue concebido por un Comité de Recordación a Mella, integrado por los estudiantes Raúl Castro Ruz, Conchita Portela, Eberto Cué, Celia Sánchez Agramonte, Léster Rodríguez, Fructuoso Rodríguez y el presidente de la FEU, Alvaro Barba, entre otros.

Cinco días después, el 15 de enero, el busto amaneció manchado con tinta negra y chapapote. Ante el ultraje, el estudiantado indignado se lanzó a la calle y las aulas quedaron vacías, pues se paralizaron todas las actividades docentes. Acto seguido llegaron los autos de la policía, conocidos como perseguidoras, que traían encendidas las sirenas, en un gran alarde de poderío. La fuerza pública fue recibida con una lluvia de piedras, botellas y latones con materiales de construcción. La policía, bien reforzada, ocupó posiciones y el tráfico fue desviado.

En las primeras horas de la mañana se produjo el primer enfrentamiento entre los estudiantes y las fuerzas represivas, en la esquina de las calles L y 23. A las tres de la tarde, la colina universitaria se convirtió en un hervidero; la situación era incontrolable y la dirección de la FEU acordó salir en manifestación desde la Universidad hasta el Mausoleo de los Estudiantes de Medicina fusilados en 1871. Dos horas después, una inmensa ola humana que bajó la escalinata se desbordó por la calle San

Lázaro, con la dirigencia de la FEU al frente, y todas las gargantas cantaban nuestro Himno Nacional. Al paso de la manifestación, el pueblo aplaudía desde los balcones y, de pronto, como un torrente coreado por todos, se repetían al unísono los gritos de: ¡Abajo la dictadura! ¡Abajo Batista! ¡La cabeza de Batista! La cabeza... la cabeza...

Fue tan grande el empuje en aquella marcha, que la policía no pudo detenerla en la esquina de las calles Infanta y San Lázaro, ni tampoco en el Parque Maceo. Más adelante, al llegar a la calle Cárcel y San Lázaro, a solo unos metros del Paseo del Prado, nos esperaba una sólida barrera de policías, soldados, marineros y carros de bomberos. Bajo el ruido ensordecedor del tableteo de las ametralladoras, la policía pronunció una orden: ¡Atrás! Los estudiantes, que avanzaban sin más armas que sus puños y como único escudo la bandera cubana, dieron una respuesta viril, cuando a una sola voz respondieron: ¡Adelante!

En aquellos momentos se estableció un desigual y espectacular combate cuerpo a cuerpo entre el humo de los gases lacrimógenos, los tiros, los golpes y la cortina de potentes chorros de agua. El cuadro era desgarrador y abundaban las cabezas rotas, camisas manchadas de sangre y empapadas en agua, huesos fracturados y ojos hinchados por los golpes.

Un estudiante fue sacado en hombros, pues recibió una herida de bala. Era Rubén Batista Rubio. Sus únicos cargos eran: sus ideales y ser alumno de la Facultad de Arquitectura. Otros veinte heridos fuimos conducidos al edificio del Buró de Investigaciones, ubicado en la calle 23, poco antes del puente sobre el río Almendares.

Entre aquellos recuerdos que perduran en mi memoria, están: caer preso por primera vez, tener el cuerpo adolorido y empapado, y la imagen de un recio mocetón, con *jacket* marrón, que se abría paso en la manifestación, desafiando el peligro como ninguno. Era la primera vez que veía en acción a José Antonio Echeverría. Ya presos ambos en el Buró de Investigaciones, hablamos toda una noche y de ahí nació una permanente amistad.

La situación era complicada y el estado de gravedad del estudiante lo hacía más difícil, pues por una de esas casualidades del destino y preocupación para el dictador, el joven herido tenía el mismo nombre de su hijo. De pronto, a los detenidos en el Buró se nos anuncia la presencia de un abogado que llegó a interceder por nuestra libertad. Álvaro Barba fue conducido del calabozo donde estábamos a la carpeta de la dependencia policiaca. Al regresar nos comunicó



que al doctor Fidel Castro, abogado que acudió a defendernos, se le había explicado que ante la situación existente habían decidido ponernos en libertad por la madrugada, para evitar la presencia de la prensa, y que era necesario no tener detenido a ningún estudiante, previendo un desenlace fatal del herido. La policía le dijo a Fidel que podía retirarse, con la seguridad de lo expresado anteriormente, pero su respuesta fue firme al reiterar que permanecería en esa dependencia hasta que saliera el último encarcelado, y así fue.

Rubén Batista Rubio fue trasladado a la Clínica del Estudiante, en el Hospital Calixto García, donde los médicos diagnosticaron su estado de gravedad, pues una bala lo hirió en el hígado y le perforó el intestino delgado. Se le practicaron tres intervenciones quirúrgicas y hubo veintidós juntas de médicos, que hacían desesperados esfuerzos para salvar a aquel joven, de vigorosa constitución física.

Los estudiantes permanecieron frente al centro hospitalario, sin flaquear ni de día ni de noche. Había una generalizada conmoción en el pueblo y la colina ofrecía un impresionante soplo de ira, tristeza y dolor. Por esos días surgió la idea de realizar una marcha con antorchas, en la noche del 27 de enero, que saldría desde la escalinata universitaria hasta las canteras de San Lázaro. En el homenaje al centenario del nacimiento de José Martí desfiló una manifestación de jóvenes que se preparaban para una ulterior hazaña revolucionaria, quienes “llenaron seis cuadras compactas” y se destacaban por su gran organización y disciplina.

Tras una agonía de veintinueve días falleció Rubén Batista Rubio el viernes 13 de febrero de 1953, con solo veintidós años. Su cadáver se veló en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, y el féretro con sus restos mortales fue cubierto con la bandera de la estrella solitaria. El 14 de febrero sus compañeros de luchas lo bajaron en hombros por la escalinata y, desde su pedestal, el Alma Máter lo despidió. El sepelio, que constituyó una imponente manifestación de duelo, salió por la calle L hasta 23 y desde ahí marchó hasta 12, para luego entrar a la necrópolis de Colón.

El cortejo fúnebre lo encabezaban las integrantes del combativo Frente Cívico de Mujeres Marianas, vestidas de negro, quienes portaban una tela con un pensamiento del Apóstol que decía: “La sangre de los buenos no se derrama en vano”. Seguía la dirección de la FEU y, detrás, miles de cubanos marchaban en silencio hacia el cementerio, donde fue depositado el cuerpo del primer mártir estudiantil de nuestra generación. En la despedida del duelo usaron de la



palabra Álvaro Barba, Joaquín Peláez y el doctor Juan M. Argudín.

A solo cinco meses de aquellos hechos, en la zona oriental del país tuvo lugar un acontecimiento que marcó un hito en nuestra historia: el 26 de julio de 1953, que dio inicio a la lucha armada frente a la tiranía y el comienzo de la última etapa de la Revolución inacabada y postergada en una república que nunca dejó de ser colonia.

Hoy, a la distancia de cincuenta y ocho años, observamos cómo en 1953 se entrelazan acontecimientos de vital importancia en nuestro proceso revolucionario. El abogado que acudió a defender a los estudiantes presos en aquella dependencia policiaca, aquel aciago 15 de enero, es el propio Fidel Castro que meses después dirigió las heroicas acciones del 26 de julio. En la Marcha de las Antorchas, efectuada en homenaje a José Martí, quienes desfilaron junto a nosotros fueron los combatientes que con más valor que armamentos, asaltaron los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, para hacer valer las palabras del poeta de la generación de Centenario, Raúl Gómez García, cuando expresó: “Ya estamos en combate”. Aquellos versos constituyeron una reafirmación eterna para los revolucionarios cubanos.

No es posible entender nuestra proyección revolucionaria sin tener en cuenta el potencial histórico de Cuba, en su génesis y cohesión, y que, sin lugar a dudas, las acciones del 26 de julio, fueron el mejor homenaje al centenario del nacimiento de José Martí. ■

# PATRIA:

## A TIEMPO Y EN TIEMPO

RANDY SABORIT MORA

“PATRIA.”  
SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS.  
NUMERO, 5 CENTAVOS.

**P**atria: nombre y concepto. Así, sin apellidos, bautizó José Martí a aquel periódico escrito para siglos desde la modesta oficina de 120 Front Street, en Nueva York. El “Señor Director”, como lo identificaban sus lectores, fue el guía de los patriotas cubanos y puertorriqueños desde el 14 de marzo de 1892. A tiempo y en tiempo orientó el Maestro a su público a través del semanario.

“Por fin el periódico entra en prensa, y bien pronto ese verbo de la libertad irá a decir por todas partes cómo piensa el pueblo antillano en la emigración decorosa”, se leía en “Los Viernes de Patria” del 10 de septiembre de 1892. Ese día de la semana se vivía la tensión del cierre “para presentarse irresistible a todos sus lectores en la mañana del sábado. Sus redactores estudiaban en conjunto y en detalle cada plana para adivinar cuál sería el artículo o suelto que produciría mayor efecto”, añade el referido texto.

Por su parte una lectora confesó:

Pocas veces he pasado una hora tan deliciosa como la que empleé ayer leyendo las varias secciones del interesante semanario que con tanto acierto dirige nuestro amigo Martí. ¡Con qué gusto y fruición volvía a leer algunas de sus bellísimas frases, de esas que él solo puede expresar, y que pudiéramos llamar Marti-

nianas, se quedaban en mi oído como un eco de dulces armonías! Pero, déjame contarte, amiga mía, el efecto mágico que en mi ánimo produjo la lectura del último número de Patria.<sup>1</sup>

Surgió en Nueva York, en la misma ciudad donde los periodistas estadounidenses Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst se ganaban el público con dosis de “amarillismo”. La misma urbe donde el cubano Enrique Trujillo editaba *El Porvenir*. Patria salía en tren o en barco para esparcirse entre los seres de buena voluntad.

“El entusiasmo, eléctrico. Patria está muy buena: más no puede pedirse por su oportunidad, en forma, variedad y doctrina.” Esto escribió un emigrado desde Cayo Hueso. De Ocala otro apuntó: “Cábenos el alto honor de felicitar a la redacción por la magnífica aceptación que han despertado en este lugar sus oportunos artículos.”

También de Tampa llegó este mensaje: “No hay boca que no hable de Patria con veneración, y la

<sup>1</sup> Bajo el título “De las damas cubanas”, Patria publicó en el número 9, correspondiente al 7 de mayo de 1892, la carta de una amiga “X” de alguien muy cercano a Martí.

salude con la vehemencia de los corazones que saben amar y sentir.” Estos comentarios se publicaron en el número del 3 de abril de 1892.

El semanario escenificó con las palabras. Desde sus columnas se reconstruía la Asamblea de Guáimaro o la Protesta de Baraguá. Se pintó biografía de carne y hueso sobre Carlos Manuel de Céspedes o Ignacio Agramonte. Se imprimió la letra del Himno de Bayamo y de La Borinqueña. Para persuadir a cubanos y puertorriqueños de la necesidad de la contienda independentista, nació la publicación.

Hasta desde un tren escribía el Apóstol cuando estaba fuera de Nueva York en una visita de trabajo. En la madrugada y sobre sus rodillas componía con agudeza la crónica que había vivido. Las planas de *Patria* conversaban con sus lectores en un tono sugerente, íntimo y sencillo.

Desde 1889 Martí escribió en varias epístolas sobre la urgencia de un rotativo para impedir a tiempo la injerencia de Estados Unidos en las naciones al sur del río Bravo, en México. En aquel año de la Conferencia Americana y Monetaria el peligro se hizo más evidente.

Aunque la falta de recursos económicos retardó la salida, el impreso surgió en un momento oportuno, posterior a la aprobación de las Bases del Partido Revolucionario Cubano (PRC) en Cayo Hueso, en enero de 1892.

## Programa editorial

En cuatro editoriales fundacionales se resume el programa político y periodístico del rotativo: “Nuestras ideas”, “A nuestra prensa”, “A nuestros lectores” y “Patria”. Las ideas que el semanario calificó como “nuestras” desde el primer número coinciden con las defendidas en los discursos en conmemoración del Diez de Octubre celebrados entre 1887 y 1891; así como las de “Con todos, y para el bien de todos”, pronunciado en Tampa.

En “Nuestras ideas” se expresa: “Nace este periódico, a la hora del peligro, para velar por la libertad, para contribuir a que sus fuerzas sean invencibles por la unión, y para evitar que el enemigo nos vuelva a vencer por nuestro desorden.”<sup>2</sup>

*Patria* en su contexto periodístico saluda “A nuestra prensa”:

Y es deber nuestro, saludar como compañeros de marcha, a nuestros periódicos constantes.

Una es la prensa, y mayor su libertad, cuando en la república segura se contiene, sin más escudo que ella, por defender las libertades de los que las invocan para violarlas [...] Pero la prensa es otra cuando se tiene en frente el enemigo. Entonces, en voz baja, se pasa la señal. Lo que el enemigo ha de oír, no es más que la voz de ataque.<sup>3</sup>

De esta definición se infiere que en tiempos de república por fundar se está obligado a sugerir, insinuar; nunca a ser demasiado explícito que lleve a errores de alto costo político. Por eso el Maestro le insistía a Gonzalo de Quesada y Aróstegui: “Pero nada que deje presumir que andamos en planes concretos. Yo creo que podemos ir a Cuba sin que se sepa [...]”<sup>4</sup>

“Patria” es otro editorial que muestra que el periódico nació con todos, y para todos: “[...] escribirán el magistrado glorioso de ayer y los jóvenes pujantes de hoy, el taller y el bufete, el comerciante y el historiador, el que prevé los peligros de la república y el que enseña a fabricar las armas con que hemos de ganarla.”<sup>5</sup>

Un semanario sin público es como la ola sin orilla. El rotativo invitó a sus lectores:

*Patria* va, por indicación de algunos de sus fundadores a todos los hogares cubanos y puertorriqueños, porque todos han de desear leer la publicación que ayuda a conquistar la libertad, y que no aparece sino para preparar la obra útil. Se consideran como suscriptores a este periódico todos aquellos a quienes se les envíe y no expresen su deseo en contrario.<sup>6</sup>

Las Bases del PRC, los Clubes Revolucionarios, y el Directorio del Partido fueron secciones fijas desde las cuales se enfatizaba en conceptos políticos. Es por eso que se priorizaban en primera plana cada semana.

Las temáticas unidad, guerra, república eran prioridad editorial. El Partido fue el núcleo político de unidad factual desde el que se ensayaba la futura república que solo podía alcanzarse acudiendo a la guerra, que es también un procedimiento político. El semanario se especializó en propagar esperanza y serenidad en tiempos de Nortés peligrosos y de república por fundar.

<sup>3</sup> “A nuestra prensa”, en *Patria*, 14 de marzo de 1892.

<sup>4</sup> José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 2, p. 226.

<sup>5</sup> “Patria”, en *Patria*, 14 de marzo de 1892.

<sup>6</sup> “A nuestros lectores”, en *Patria*, 14 de marzo de 1892.

<sup>2</sup> “Nuestras ideas”, en *Patria*, 14 de marzo de 1892.

De la cantidad de ejemplares que publicaba el semanario se tiene constancia por una misiva enviada por Martí a Serafín Bello:

“Por todo lo del periódico, hosanna y aleluya. Ya Agramonte sabe, y tira 1.500. Como usted, creo necesaria la reimpresión del primer número. [...] No se gasta dinero inútil. No recojan dinero para cosas no estrictamente necesarias. Recojan almas.”<sup>7</sup>

El periódico nunca explicitó en los créditos el cargo de director. Sin embargo, los lectores dirigían sus cartas a ese responsable, aunque la publicación especificara que debían enviarse al administrador. El Delegado firmaba los documentos oficiales o el prólogo de un libro, pero nunca sus artículos.

En Cuba desembarcaba *Patria* como pólvora clandestina: “Los periódicos que mando llegan porque siempre los mando envueltos en *La Correspondencia de España*, que es el periódico más monárquico que se publica en España”, escribió Ana Betancourt al Maestro el 4 de mayo de 1894.

## Patria y punto

*Patria* era la más bella de las palabras que el Apóstol llevaba al hombro. Así bautizó a su periódico. Así nombraron algunos emigrados a sus hijas. Un semanario con ideas de “donde crece la palma” que llevaba un nombre sagrado como misión. Varios estudiosos de la vida y obra del Maestro opinan sobre por qué se nombró así. El profesor Jorge Lozano Ros, asesor de la Oficina del Programa Martiano, considera que:

En José Martí, el concepto de patria abarca los planos político y moral. El primero es una respuesta al cosmopolitismo burgués metropolitano: patria es siempre un pueblo concreto, aquel en que se nace o aquel que se tiene más cerca. En el segundo se preceptúa al patriotismo como deber de humanidad, es decir, como el triunfo sobre el egoísmo individual y nacional.<sup>8</sup>

Por su parte, Ana Cairo Ballester, profesora e investigadora de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, señala que:

[...] “en un periódico de consenso el sentimiento patrio constituye una unidad. Patria era el nombre de máximo consenso político que Martí podía encontrar

en un escenario donde se editaban otros rotativos independentistas.”<sup>9</sup>

El investigador Pedro Pablo Rodríguez, al frente de la Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí, indica:

El nombre de su semanario está relacionado con un concepto esencial en Martí, que le sirve para designar el ser y el deber ser. La patria existe, según él, aun cuando no exista la nación en el Estado nacional. Patria es una comunidad de intereses, de ideas, es algo por lo que se ha dado la vida sobre todo a lo largo de la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita. Pero al mismo tiempo es una aspiración [...] <sup>10</sup>

Mientras, el prestigioso intelectual, ya fallecido, Cintio Vitier sintetiza que “patria es el sabor del dulce de guayaba y al mismo tiempo es la batalla de Las Guásimas”.<sup>11</sup>

En el cabezal estaba en letras mayúsculas el nombre del periódico que cerraba con un punto: “PATRIA.”, se leía.

## Órgano oficioso del PRC

*Patria* fue órgano oficioso, y no oficial del PRC. Desde el primer número publicó las Bases del PRC, sobre las que se sostiene su programa político. El periódico las priorizaba todas las semanas en la columna izquierda de la primera plana, el espacio más privilegiado de la portada:

“Ni una línea se escapa, empiezo por las Bases del Partido Revolucionario Cubano, y continúo leyendo hasta llegar al último renglón, que encierra, por cierto, pensamiento magnífico”,<sup>12</sup> confesó una lectora.

Cualquiera podría establecer vínculos políticos entre el periódico y el Partido. No obstante, *Patria* en el sumario de las Bases es claro al acotar: “Propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso y por los Clubs cubanos y puertorriqueños de New York, que este periódico acata y mantiene.”<sup>13</sup>

A esa aclaración se le agrega después de la proclamación del PRC: “y proclamadas unánimemente

<sup>9</sup> Entrevista realizada el 27 de marzo de 2006.

<sup>10</sup> Entrevista realizada el 6 de abril de 2006.

<sup>11</sup> Entrevista a Cintio Vitier, presidente de honor del Centro de Estudios Martianos, el 28 de febrero de 2006.

<sup>12</sup> “De las damas cubanas”, en *Patria*, 7 de mayo de 1892.

<sup>13</sup> “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, en *Patria*, 14 de marzo de 1892.

<sup>7</sup> J. Martí, ob. cit., t. 1, p. 190.

<sup>8</sup> Entrevista realizada el 14 de marzo de 2006.

por las Emigraciones Cubanas y Puertorriqueñas, el 10 de de abril de 1892”.<sup>14</sup>

Las “Bases...” que asumía el periódico pudo ser el pretexto para que el director de *El Porvenir*, Enrique Trujillo, insinuara que este era órgano del aún no proclamado PRC. En la segunda entrega el semanario responde de manera elegante y precisa:

La aparición de *Patria* como órgano presunto de un partido que está aún en creación, sería un acto de premura pernicioso y punible [...] El partido, una vez creado, hallará medio de que cundan las ideas beneficiosas al país. [...] no es puesto, no, lo que *Patria* necesita, sino el triunfo de la virtud en los corazones cubanos. *Patria*, reitera su estimación de todo lo que hay de generoso en los conceptos entusiastas con que *El Porvenir* comenta sus ideales.<sup>15</sup>

En ese número dos el semanario no publica las Bases, suceso notable si se tiene en cuenta que hasta junio de 1895 eso ocurriría de manera excepcional. Puede ser que *Patria* hubiera querido demostrar que sin Bases también podía salir. Lo cierto es que el espacio no se desaprovecha y se ubica un tópico de máxima relevancia según los propósitos editoriales del periódico: “La agitación autonomista”. En uno de los párrafos se lee: “La política es una resolución de ecuaciones. Y la solución falla cuando la ecuación ha sido mal propuesta [...] La guerra se ha de hacer para evitar las guerras”.<sup>16</sup> Después de leer esto, ¿quién pudiera afirmar que no se publicaron las Bases en el segundo número del 19 de marzo de 1892?

En varios textos, desde el primer número, se mencionó al PRC, y una semana antes de su proclamación se conceptualizó en editorial bajo el título homónimo:

[...] los cubanos independientes, y los puertorriqueños que se les hermanan, abominarían de la palabra partido si significase mero bando o secta, o reducto donde unos criollos se defendiesen de otros: y a la palabra partido se amparan, para decir que se unen en esfuerzo ordenado, con disciplina franca y fin común, los cubanos que han entendido ya que, para vencer a un adversario deshecho, lo único que necesitan es unirse.<sup>17</sup>

Proclamar el Partido no era una opción para los emigrados. Debía contarse con una organización que posibilitara al cubano ensayarse como ciudadano,

con deberes y derechos. Con capacidad para elegir y opinar. En Cuba, los contrarios a la independencia estaban agrupados en partidos. Al respecto Martí escribe a su amigo Serafín Bello:

¡Ya hoy mismo pueden los cubanos enemigos de la revolución, los cubanos autonomistas, decir, como han dicho en su última asamblea, que ellos son la única fuerza organizada que vela por el país,—y hay que pasar por la vergüenza de no contestarles, porque nosotros no nos hemos organizado aún, y es la verdad que ellos son la única fuerza organizada!<sup>18</sup>

En el ejemplar correspondiente al 10 de abril de 1892 —día de proclamación del PRC— publicó textos e imágenes de la Asamblea de Guáimaro, relevante hecho acontecido ese día en 1869. Los grabados de Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte aparecieron en la segunda página, mientras en portada estaban las Bases y todos los artículos de la primera Constitución de la República en Armas.

Aunque el Maestro no estuvo en el lugar del suceso, sus líneas llevan al lector hacia aquel pueblo camagüeyano. El semanario, para tener la primicia el día de la proclamación del Partido, se auxilió de amigos y de otro periódico fundador:

Está en pie su promesa de dejarme copiar, por mi mano o por mano segura, el acta famosa del 10 de abril. Y aquí le envío al mensajero para que si es posible me le dé autoridad de copiar esta tarde, o si no, me le fije hora en que, bien solo, bien conmigo, a eso de las seis o las siete,—porque a las 7¼ ya soy esclavo,—pudiera ir a copiarle la parte que se refiere en ese número de *El Cubano Libre* a la proclamación.<sup>19</sup>

*Patria* fue un ejército de 16 columnas: en la vanguardia, las Bases del PRC; y en la retaguardia, los anuncios publicitarios que financiaban el próximo combate verbal. Un soldado, como dijera Martí, que se armó de palabras.

## El lema del periódico

“Con todos, para el bien de todos.—Ese es el lema de mi vida. Ese será el del periódico.”<sup>20</sup>

<sup>14</sup> “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, en *Patria* después del 10 de abril de 1892.

<sup>15</sup> J. Martí, ob. cit., t. 1, p. 338.

<sup>16</sup> “La agitación autonomista”, en *Patria*, 19 de marzo de 1892.

<sup>17</sup> J. Martí, ob. cit., t. 1, p. 365.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 348.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 362. Se refiere al acta de la primera Constitución que tuvo Cuba, acordada por la Asamblea de Guáimaro y firmada el 10 de abril de 1869.

<sup>20</sup> José Martí, *Epistolario* (compiladores Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla), Editorial de Ciencias Sociales y Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1993, t. II, p. 129.

Esto confiesa José Martí en carta a Serafín Bello, el 12 de octubre de 1889, dos años antes del célebre discurso de Tampa, Estados Unidos. En esas palabras se resume la línea editorial de *Patria* fundado en 1892. Un lema de tan alto compromiso político nunca se publicó en el cabezal. Sin embargo, al leer atento cada párrafo de aquellas cuatro planas se siente la revelación del espíritu “con todos”. Desde el primer número, el semanario destacó en “Nuestras ideas”:

Para todos será el beneficio de la revolución a que hayan contribuido todos, y por una ley que no está en mano de hombre evitar, los que se excluyan de la revolución, por arrogancia de señorío o por reparos sociales, serán, en lo que no choque con el derecho humano, excluidos del honor e influjo de ella. El honor veda al hombre pedir su parte en el triunfo que se niega a contribuir [...] <sup>21</sup>

En ese editorial se reitera en diez de sus trece párrafos la necesidad de la guerra justa. Si el periódico enfatizaba en lo necesario de la contienda era porque existía un enemigo. Por tanto, ¿podían estar incluidos todos? La contienda –especificó– no era contra el español, aunque sí contra el régimen colonial, y quienes lo apoyaran.

Según Vitier, “Martí excluye a siete clases de cubanos que no merecían serlo: a los anexionistas, a los racistas, a los escépticos, a los aristócratas, a los oportunistas, a los temerosos de la guerra y de los hábitos de autoridad, y a los que tenían temor al español que vivía en Cuba”. <sup>22</sup>

La novedad del “con todos” martiano era que incluiría a los que rectificaran, y se convencieran de la necesidad de la guerra como única alternativa para ofrecer independencia y república a la patria.

Si útil fue la labor persuasiva del semanario antes de que la guerra trotara por los campos de Cuba, el momento de mayor prueba sería cuando comenzara a cabalgar. En ese tiempo –sin borrar los principios editoriales asumidos desde la fundación ni olvidar las experiencias del ejercicio periodístico constante– habría que saber andar con paso firme para seguir juntando y amando.

Martí, rumbo a Cabo Haitiano, ofreció a Gonzalo de Quesada y Aróstegui orientaciones editoriales precisas en carta del 3 de febrero de 1895:

[...] jamás sea osado nadie a creer que pueda haber mañana, en la hora del esfuerzo común, el menor recelo, la menor censura, la menor lejanía, la menor reminiscencia de amargura, la menor arrogancia fratricida de prioridad de parte de los cubanos confesos de la revolución con los cubanos tácitos, –con los autonomistas.

Continúa más adelante:

¡Pero a la tierra, de un revés, la desvergüenza, urdida en la sombra, de que esta revolución, toda amor y cemento, toda previsión y piedad, aborrezca o rechace, o vea con desdén a los que aún ayer se llamaban cubanos autonomistas!

El Director recomendó a Gonzalo: “Y póngalo de manera que se sepa que ese fue siempre, y es ahora mi modo de pensar. Vd. hallará modo pintoresco y ferviente de decirlo.” <sup>23</sup>

Un sugerente editorial fue publicado en *Patria* el 18 de febrero de 1895, una semana antes de comenzar la guerra. En primera plana se lee: “Con todos”. Lo curioso es que varios párrafos del texto periodístico fueron tomados íntegramente de las ideas que expresara el Maestro a su discípulo en la mencionada epístola. Todo indica que Gonzalo no encontró forma más “pintoresca y ferviente” de propagar tan relevante mensaje.

Se trata de una hipertextualización en la cual Gonzalo concluye el editorial con un párrafo que demuestra su atinado aprendizaje:

Contra los defectos o vicios, siempre; con cariño, pero implacables, hemos de combatirlos. Contra ningún cubano –ni ahora ni nunca fue nuestra propaganda; ni hay en nuestras filas, que se cierran y crecen, sin cordial bienvenida para los que ingresen en ellas, para los que vengan a morir al pie de la única bandera salvadora. A la revolución, con todos. <sup>24</sup>

*Patria* compitió por su contenido, pero no por su publicidad, ni las grandes tiradas o las muchas páginas. Con las cuatro que mantuvo propagó la necesidad de la guerra en Cuba y Puerto Rico sin ser un periódico demasiado explícito en tácticas militares, pero sí muy claro en fundamentos ideológicos. ■

<sup>21</sup> “Nuestras ideas”, en *Patria*, 14 de marzo de 1892.

<sup>22</sup> Entrevista a Cintio Vitier, citada.

<sup>23</sup> José Martí, *Epistolario*, t. V, pp. 60-64.

<sup>24</sup> “Con todos”, en *Patria*, 18 de febrero de 1895.





En 1889, cuando se publica *La Edad de Oro*, la conciencia antimperialista y anticolonialista de José Martí había alcanzado un alto grado de madurez. En consonancia con ello, la revista destinada a enseñar y divertir a los niños de Nuestra América constituye un orgánico proyecto de educación política, social y humana cuyo alcance trascendió los límites temporales de la época en que fue publicada.

Disímiles temas son abordados en cada uno de los cuatro números que vieron la luz de julio a octubre de 1889. Sin embargo, entre ellos la integración latinoamericana (expresada con énfasis en otros textos martianos) ostenta un lugar preponderante, como prisma bajo el cual se proyectan las otras temáticas que componen el modelo de formación e instrucción martiano dirigido a la infancia.

Mucho se ha argumentado acerca del estilo de Martí, quien supo explotar al máximo las potencialidades expresivas de la lengua española y renovar los cánones estéticos de su época. Su originalidad de tono, vocabulario y sintaxis, tal y como lo explicara Gabriela Mistral,<sup>1</sup> hallaron resonancias propias y auténticas en cada uno de sus textos escritos, según fueran las características y competencias culturales del lector.

Por ello resulta de sumo interés profundizar en el estilo del Apóstol en la publicación que dedicara a los niños de América. En tal sentido, presentamos un análisis estilístico de los rasgos formales mediante los cuales el Maestro expresa su visión latinoamericanista en tres artículos de la obra: “Tres héroes”, “Las ruinas indias” y “El Padre Las Casas”.

La riqueza y diversidad de los recursos empleados motivan que la atención recaiga en cinco rasgos presentes en los tres textos de profundo carácter anticolonialista. Ellos son: la estructuración voluntariosa de los párrafos, las reiteraciones semánticas y sintácticas, las generalizaciones de corte filosófico, las referencias a América y el enfoque de los hechos cotidianos de los personajes, con el propósito de convertirlos en figuras más cercanas a la perspectiva del lector.

### Tres héroes: tres padres

“Tres héroes” constituye el artículo que da inicio al primer número de la revista, y ello no es casual. Este texto ensancha la mirada del niño a un nivel continental y rescata y dignifica la memoria de los próceres que lucharon por la independencia de América.

La visión latinoamericanista edifica y sostiene este texto. En nueve ocasiones aparece el vocablo América. Sin embargo, el amor por la historia americana y los próceres que ella ha dado se acentúa de una manera más precisa debido a la analogía semántica que el autor logra crear entre América (lo general) y cada uno de los países del continente (lo particular).

En tal horizonte, América funge como hiperónimo y las distintas naciones que la integran vendrían a ser los hipónimos. No obstante, esta estructura jerárquica se ve modificada en tanto unos como los otros ostentan el mismo valor conceptual. Amar y

defender la patria nacional es también una forma de amar y defender la América, lo cual representa una idea clave de la obra.

Así se establece una estrecha relación de correspondencias entre la palabra “América” y otros términos como “país”, “pueblo”, “patria” y “tierra”. Desde el primer párrafo, con su motivador comienzo a modo de narración oral, el Maestro crea un lazo indisoluble entre la dimensión local-nacional y la regional-continental:

El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon como él porque la América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso, y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.<sup>2</sup>

El énfasis que hace el periodista en la primera sección de la revista en torno a la necesidad del conocimiento halla plena correspondencia con la descripción de Hidalgo:

[...] sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo dieciocho, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. Vio a los negros esclavos, y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios: que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarle las artes finas que el indio aprende bien [...] <sup>3</sup>

¡Qué sutil y a la vez claro es Martí al yuxtaponer, en la descripción del héroe mexicano, el saber intelectual y el saber ideológico! A través de lo estudiado en los libros, Hidalgo aprendió a pensar en su realidad, que también era la realidad americana.

San Martín también es descrito mediante el realce de determinadas cualidades que lo humanizan a la vez que lo dignifican: “Hablabo poco: parecía de acero: miraba como un águila: nadie lo desobedecía: su caballo iba y venía por el campo de pelea como el rayo por el aire.”<sup>4</sup>

En los tres casos la mirada es vista como reflejo de la intensidad y transparencia del espíritu y la vida de los buenos hombres. Y es esta una de las reiteraciones semánticas que Martí realiza en la obra.

<sup>1</sup> Mistral, Gabriela, “La lengua de Martí”, en *La palabra viva de José Martí*, Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2007, pp. 13-31.

<sup>2</sup> José Martí, “Tres héroes”, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 18, p. 305.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 306.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 307.

Otra de las reiteraciones es la referida a las acciones heroicas de Bolívar estructurada a partir de la enumeración de los territorios liberados. Aquí el componente semántico se acentúa con el uso intencional de la sintaxis, que es también reiterativa y a través de la cual se subraya la dimensión americanista de las hazañas bolivarianas. Apréciense cómo el vocablo que más importancia tiene en la oración es el verbo, que ocupa la posición inicial de cada cláusula debido a la fuerte carga semántica otorgada por el autor: “Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú”.<sup>5</sup>

Las generalizaciones de corte filosófico son empleadas para resumir o sintetizar determinados postulados éticos y estéticos que al periodista le interesa acentuar. La noción de libertad, que subraya en dos fragmentos distintos del artículo, adquiere especial relevancia en su afán por formar una infancia con un hondo sentido latinoamericanista: “Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado ni pensar ni hablar.”<sup>6</sup>

El final de la obra que, junto con el inicio, es lo que permanecerá más en la memoria del lector, se estructura a partir de la contraposición de dos generalizaciones. La primera ensalza la virtud y dignidad de estos héroes que defendieron la independencia de América, mientras que la segunda alerta al lector, sin que el llamado se haga explícito, acerca de la expansión imperialista, amenaza que tienen en común los pueblos del continente: “Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales”.<sup>7</sup>

### Las ruinas indias: nuestros libros de piedra

Entre las ideas martianas sobre educación para niños, señaladas por Mirta Aguirre en su texto *La Edad de Oro y las ideas martianas sobre educación infantil*,<sup>8</sup> está la referida a la necesidad de querer y defender la tierra americana. Y para que los niños del continente aprendan a amar a América, a amarla desde el cono-

cimiento de su pasado que tanto dice de su presente, escribió el redactor “Las ruinas indias”.

De alusiones al entorno socio-histórico americano está colmada la obra, que constituye un profundo estudio acerca de la arquitectura, el arte, la religión, las costumbres y los hábitos de la vida cotidiana de las culturas americanas.

Otro de los rasgos estilísticos que el sagaz periodista y narrador cubano emplea para dirigirse a los niños son las reiteraciones léxicas, que pueden ir desde el uso frecuente de la conjunción “y”, como medio expresivo para enfatizar la riqueza material y cognoscitiva de aquellos pueblos americanos (“ciudades de ciento cuarenta mil casas, y palacios adornados de pinturas de oro, y gran comercio en las calles y en las plazas, y templos de mármol con estatuas gigantes de sus dioses.”<sup>9</sup>), hasta las cíclicas comparaciones de las costumbres de las culturas precolombinas con los hábitos de otras grandes civilizaciones, como la egipcia y la griego-latina (“las vírgenes hermosas, que morían en ofrenda a su dios, sonriendo y cantando, como morían por el dios hebreo en el circo de Roma las vírgenes cristianas, como moría por el dios egipcio, coronada de flores y seguida del pueblo, la virgen más bella, sacrificada al agua del río Nilo.”)<sup>10</sup>

La reiteración léxica constituye la vía por la cual el Apóstol subraya la imagen de la historia americana como un libro que ningún habitante de esta parte del mundo debe dejar de leer.

Numerosos son los pasajes que refuerzan la imagen de “leer” nuestro pasado. Entre ellos pueden mencionarse:

No habría poema más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana. [...] Se leen como una novela las historias de los nahuatlés y mayas de México, de los chibchas de Colombia, de los cumana-gotos de Venezuela, de los quechuas del Perú, de los aimaraes de Bolivia, de los charrúas del Uruguay, de los araucanos de Chile.<sup>11</sup> // [...] Y cuando se lee en los viajes de Le Plongeon los cuentos de los amores de la princesa maya Ara<sup>12</sup> // [...] La ciudad de Chichén-Itzá es toda como la Casa del Enano. Es como un libro de piedra.<sup>13</sup>

La concepción de la historia de América como un gran libro del que todos los del río Bravo hasta

<sup>5</sup> Ibídem, pp. 305-306.

<sup>6</sup> Ibídem, p. 304.

<sup>7</sup> Ibídem, p. 308.

<sup>8</sup> Mirta Aguirre. En *Acerca de La Edad de Oro*, Letras Cubanas, La Habana, 1989.

<sup>9</sup> J. Martí, “Las ruinas indias”, en ob. cit., p. 380.

<sup>10</sup> Ibídem, p. 389.

<sup>11</sup> Ibídem, p. 380.

<sup>12</sup> Ibídem, p. 381.

<sup>13</sup> Ibídem, p. 388.

la Patagonia, y en especial las nuevas generaciones, deben aprender cada día, es uno de los presupuestos esenciales de esta obra.

El acercamiento a los hechos cotidianos de los personajes, otra de las constantes estilísticas de la publicación, recorre de principio a fin este artículo que describe con minuciosidad las costumbres y características de esos pueblos en los ámbitos artístico, político, religioso, económico y social.

Para ilustrar aún más los rasgos típicos de estos pobladores, el escritor se detiene en algunas de sus características fenotípicas: “Por Yucatán estuvo el imperio de aquellos príncipes mayas, que eran de pómulos anchos, y frente como la del hombre blanco de ahora”.<sup>14</sup>

Si con esto aún no quedara demostrado el propósito martiano de provocar la mayor identificación entre la realidad que construye y el lector que la recibe, el siguiente fragmento lo demostraría con creces:

Por una esquina salía un grupo de niños disparando con la cerbatana semillas de frutas, o tocando a compás en sus pitos de barro, de camino para la escuela, donde aprendían oficios de mano, baile y canto, con sus lecciones de lanza y flecha, y sus horas para la siembra y el cultivo: [...] <sup>15</sup>

El Apóstol se enfoca en la población infantil azteca que puede, por sí sola, explicarles y ejemplificarles mejor a los lectores de la revista cómo se vivía en aquella época.

Y es aquí que la técnica periodística del más universal de los cubanos entrelaza dos recursos estilísticos diferentes: el acercamiento a la vida cotidiana de los personajes con la generalización de corte filosófico que, a partir de las alusiones a la vida cotidiana de los niños aztecas, extrae una enseñanza ética de valor universal: “todo hombre ha de aprender a trabajar en el campo, a hacer las cosas con sus propias manos, y a defenderse.”<sup>16</sup>

Como parte de la estructuración voluntariosa de sus párrafos, Martí contrapone, con toda intencionalidad, una extensa descripción a una escueta oración exclamativa.

Era como una mañana todo el día, y la ciudad parecía siempre como en feria. Las calles eran de agua unas, y de tierra otras; y las plazas espaciosas y muchas; y los alrededores sembrados de una gran arboleda. Por

los canales andaban las canoas, tan veloces y diestras como si tuviesen entendimiento; y había tantas a veces que se podía andar sobre ellas como sobre la tierra firme. En unas venían frutas, y en otras flores, y en otras jarros y tazas, y demás cosas de la alfarería. En los mercados hervía la gente, saludándose con amor, yendo de puesto en puesto, celebrando al rey o diciendo mal de él, curioseando y vendiendo. Las casas eran de adobe, que es el ladrillo sin cocer, o de calicanto, si el dueño era rico. [...] Un criado llevaba en un jaulón de carrizos un pájaro amarillo de oro, para la pajarera del rey, que tenía muchas aves, y muchos peces de plata y carmín en peceras de mármol, escondidos en los laberintos de sus jardines. Otro venía calle arriba dando voces, para que abrieran paso a los embajadores que salían con el escudo atado al brazo izquierdo, y la flecha de punta a la tierra a pedir cautivos a los pueblos tributarios. [...] Se oía entre las conversaciones de la calle el rumor de los árboles de los patios y el ruido de las limas y el martillo. ¡De toda aquella grandeza apenas quedan en el museo unos cuantos vasos de oro, unas piedras como yugo, de obsidiana pulida, y uno que otro anillo labrado! Tenochtitlán no existe.<sup>17</sup>

Con el empleo de la pormenorización el lector llega a sentirse testigo presencial de esas escenas, de los detalles de la vida diaria en la ciudad de Tenochtitlán. La visión del narrador es tan amplia y minuciosa que podemos vivir las costumbres, hábitos y prácticas cotidianas de este pueblo, tan distante en el tiempo pero tan cercano en los afectos del autor.

### **El Padre Las Casas: de lirio el color**

“Cuatro siglos es mucho, son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el Padre Las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fue bueno”.<sup>18</sup>

Así comienza Martí el artículo dedicado a reconocer y difundir la excelsa labor del sacerdote español Bartolomé de Las Casas en defensa de los indios de América.

La estructuración voluntariosa de los párrafos, típica del estilo del Apóstol hace que se entrelacen el inicio y el fin del texto, a partir de la significación que el autor le otorga a la dimensión temporal. Tanto en el fragmento inicial como en el final del artículo, la referencia al transcurso de los años funge como resorte que resalta un valor que no ha sido devaluado

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 387.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 383.

<sup>16</sup> *Ídem*.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 383-384.

<sup>18</sup> J. Martí, “El Padre Las Casas”, en *ob. cit.*, t. 18, p. 440.

por el tiempo. En el primer caso, la bondad; y en el segundo, la tenaz defensa de los derechos de los nativos americanos (“y murió, sin cansarse, a los noventa y dos años.”),<sup>19</sup> virtudes por las cuales su vida trascendió hasta después de su muerte. Si bien en “Tres héroes” y “Las ruinas indias” los párrafos se estructuraban de tal manera que, por momentos, emergían ideas aparentemente no vinculadas con el tema central y que sin embargo aportaban un nuevo sentido al eje semántico esencial de la obra, en “El Padre Las Casas” cada una de sus partes enfatiza, desde una arista diferente, la gran significación que para la historia de América tuvo la vida y obra del obispo español.

La gran mayoría de los párrafos comienza con una cláusula que hace referencia a facetas distintas del osado empeño de Bartolomé de Las Casas. Con este propósito cada uno de estos períodos está signado por un verbo en tercera persona en consonancia con la intención del narrador de resaltar y reconocer los actos del venerable Padre.

El acercamiento a los hechos cotidianos del personaje protagónico se logra, como se ha demostrado en “Tres héroes” y “Las ruinas indias”, a través de caracterizaciones que muchas veces se construyen sobre la base del contraste, como medio provocador del razonamiento propio al cual aspiraba el autor que llegaran sus lectores. Del valiente sacerdote nos dice el Maestro: “Hablabla mucho a bordo, y con muchos latines. [...] Pero desde que llegó, empezó a hablar poco. La tierra, sí, era muy hermosa, y se vivía como en una flor: ipero aquellos conquistadores asesinos debían de venir del infierno, no de España!”<sup>20</sup> Sumamente llamativo resulta el tino y el cuidado con que el Apóstol maneja una escena tan proclive a la extensa moralización como esta, la cual, sin embargo, queda resuelta mediante la sugerencia y la enseñanza indirecta de la imagen.

Otro de los mecanismos que reducen la distancia entre el Padre de la túnica blanca y el lector es el empleo del estilo indirecto libre, a partir del cual la voz narradora adopta la perspectiva del personaje, y puede el receptor sentir más cercanas sus ideas e impresiones: “porque la maldad no se cura sino con decirla, y hay mucha maldad que decir, y la estoy poniendo donde no me la pueda negar nadie, en latín y en castellano”.<sup>21</sup>

El entorno americano constituye una dimensión semántica que atraviesa la obra de principio a fin, en tanto la apología al clérigo viene dada por su enérgica defensa del derecho a la libertad que tenían los nativos del continente y desde la perspectiva de este personaje el texto ofrece también la imagen de la unidad del continente, una unidad que parte de la historia en común que entreteje a cada uno de sus pueblos.

Las reiteraciones léxicas y sintácticas son empleadas en la obra con el fin de enfatizar ora el salvajismo de los colonizadores, ora la inocencia de los habitantes de América. El siguiente fragmento demuestra la contraposición establecida por el narrador entre la actitud del clérigo y la del resto de sus coterráneos:

[...] él no salía por las islas Lucayas a robarse a los indios libres: [...] él no los iba cazando con perros hambrientos, para matarlos a trabajo en las minas: él no les quemaba las manos y los pies cuando se sentaban porque no podían andar [...]: él no los azotaba, hasta verlos desmayar, porque no sabían decirle a su amo donde había más oro [...].<sup>22</sup>

El paralelismo sintáctico es usado también para hacer más explícita la bondad e ingenuidad de los indios: “ellos les habían regalado con su miel y su maíz, [...] ellos les habían enseñado sus montañas de oro, y sus ríos de agua de oro, y sus adornos, todos de oro fino”<sup>23</sup> y para reforzar el carácter único de la conducta y el pensamiento del Padre Las Casas, en tanto representante del orden colonial español, el autor reitera que el sacerdote:

Solo estuvo en la pelea; solo cuando Fernando, que a nada se supo atrever, ni quería descontentar a los de la conquista, [...] solo cuando Carlos V, [...] entró en ambiciones que requerían mucho gastar, y no estaba para ponerse por las “cosas del clérigo” en contra de los de América, [...] solo cuando Felipe II, que se gastó un reino en procurarse otro, lo dejó todo a su muerte envenenado y frío, como el agujero en que ha dormido la víbora.<sup>24</sup>

En los ejemplos citados las reiteraciones léxicas y sintácticas focalizan la atención del lector en hechos concretos que demuestran la bipolaridad ética y humana que la obra construye: de un lado los indios y el Padre Las Casas, y del otro, totalmente opuesto,

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 448

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 440.

<sup>21</sup> Don Luis de Las Casas, *Destrucción de las Indias*, citado por J. Martí en ob. cit., p. 444.

<sup>22</sup> J. Martí, ob. cit., p. 440.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 442.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 445-446.

el resto de los representantes del sistema colonial español.

Las generalizaciones de corte filosófico adquieren en el texto una doble significación. Por una parte, como una explicación causal de la actitud de determinados personajes, que funcionan como modelos de una enseñanza ética y moral más integral; por otra, existe una variante de este recurso a partir de la cual el narrador pone en boca de un personaje una generalización de tipo filosófico, cuyo mensaje emerge de un modo más indirecto pero igualmente pudiera extraerse del contexto a manera de aforismo o sentencia. Me refiero a uno de los pasajes en los cuales se emplea el estilo indirecto para comunicar las ideas de Bartolomé de Las Casas:

Y si el rey en persona le arrugaba las cejas, como para cortarle el discurso, [...] se le ponía ronca y fuerte la voz, le temblaba en el puño el sombrero, y al rey le decía, cara a cara, que *el que manda a los hombres ha de cuidar de ellos, y si no los sabe cuidar, no los puede mandar* [...] <sup>25</sup>

El autor de *La Edad de Oro* con “El Padre Las Casas” enaltece, desde sus actos más cotidianos, la vida del insigne sacerdote español como el auténtico defensor de la población nativa del continente, y con él está también encumbrando la triste y hermosa historia de los pueblos de América.

## Consideraciones finales

“A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América”.<sup>26</sup> Así definió Martí, en carta dirigida a su entrañable amigo Manuel Mercado, el propósito central de su proyecto educativo destinado a la infancia.

El periodista que se negó a infundir en la niñez “el temor de Dios” supo articular y transmitir en su revista, de un modo coherente y sin atiborramientos, los más altos valores humanos, el amor por América y los peligros de la desunión de sus pueblos.

Los textos analizados comparten el empleo orgánico de cinco recursos estilísticos que fungen

como soporte expresivo del profundo pensamiento anticolonial del Maestro: la estructuración voluntariosa de los párrafos, las reiteraciones semánticas y sintácticas, las generalizaciones de corte filosófico, las referencias al entorno americano y la presentación de los hechos cotidianos de los personajes son constantes que le demuestran al lector una idea martiana esencial: la existencia de una rica y profunda historia americana, independiente de la huella forzada del colonizador.

Los ideales de libertad y justicia presentes en las tres obras son recreados tanto a nivel personal como nacional, en tanto en la concepción holística del Apóstol, el individuo está representado en la nación y ella está personificada en el individuo.

En “Las ruinas indias”, “Tres héroes” y “El Padre Las Casas” los recursos estilísticos elegidos por el redactor de la revista, aunque están en función de guiar argumentos y personajes diferentes, refuerzan un propósito común del autor: recuperar el pasado y la memoria histórica del continente y resaltar los logros extraordinarios de los pueblos autóctonos del Nuevo Mundo en los planos político, social, artístico, económico, cultural y humano.

Las tres obras estudiadas poseen una función didáctica y política en tanto explican las claves fundamentales del tema escogido (Bolívar, el Padre Las Casas y las culturas autóctonas del continente) y, a la vez, fijan, defienden y promueven valores americanos y universales. Ellos y *La Edad de Oro*, de modo general, forman parte orgánica del programa de combate y formación ideológica y política para el continente que se propuso Martí. No existen improvisaciones: desde la primera línea el autor sabe a dónde quiere conducir a sus lectores y en función de esto estructura su prosa.

El ideal americanista, que busca desarrollar un pensamiento crítico e independiente en los jóvenes receptores de la revista, constituye el eje semántico que trenza las tres obras estudiadas en las cuales los recursos estilísticos analizados “forman al aspa visible del molino escondido”.<sup>27</sup> ■

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 444. (La cursiva es de la autora. N. de la E.)

<sup>26</sup> J. Martí, “Carta a Manuel Mercado”, en *ob. cit.*, t. 20, p. 147.

<sup>27</sup> Gabriela Mistral, *ob. cit.*, p. 27.



# José Martí:

## un apoteósico homenaje de amor y gratitud

AIDA MORALES TEJEDA

El 30 de junio de 2011 se cumplió el 60 aniversario de la realización de lo que se conoció como “entierro cubano de Martí”, celebrado como parte de las acciones que implicó la inauguración de la construcción funeraria más importante creada en los primeros cincuenta años de la República: el Mausoleo a José Martí emplazado en el cementerio Santa Ifigenia, en Santiago de Cuba.

A tan significativo acontecimiento, de una hondura simbólica, política y patriótica extraordinaria, no se le ha prestado toda la atención que requiere;<sup>1</sup> por ello dedicaremos estas páginas a evaluar ese momento, que quedó inscrito en la historia santiaguera y de Cuba como uno de los de mayor trascendencia efectuados durante la primera mitad del siglo xx, y en el que desempeñó un papel esencial la sociedad civil. Aún, algunos de sus protagonistas o participantes, lo recuerdan con vehemencia. En 1994 la autora entrevistó a María Caridad Rodríguez (Macusa), quien fuera directora de la Escuela no. 3 Spencer, y esta refirió que el entierro de José Martí el 30 de junio de 1951 había sido “un acto grandioso, al que acudieron miles de personas de todas las capas sociales”.<sup>2</sup>

En esta conmemoración resulta un deber ineludible traer al recuerdo los nombres de algunos de esos

<sup>1</sup> Ver Omar López Rodríguez y Aida Morales Tejeda, *Piedras imperecederas: ruta funeraria de José Martí*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1999.

<sup>2</sup> Entrevista a María Caridad Rodríguez, febrero de 1994. Archivo personal de la autora.



batalladores que no cejaron en el empeño, ni aun en los pereros momentos, de realizar a José Martí un monumento digno de su grandeza. Así significamos, entre otros, al doctor Felipe Salcines Morlote, rector de la Universidad de Oriente y presidente de la Comisión Por una tumba digna; a Rafael Argilagos Loret de Mola, al profesor Francisco Ibarra Martínez, presidente y miembros respectivamente del Comité “Por una tumba digna del Apóstol”;<sup>3</sup> a las maestras de la Escuela no. 3 Spencer, al periodista Guido García Inclán y al senador Elio Fileno de Cárdenas, así como a los proyectistas de la obra, el arquitecto Jaime Benavent y el escultor Mario Santi García.

Al iniciar la década de los años cincuenta no se vislumbraba el momento preciso para la inauguración de la obra funeraria; ya habían pasado varios años desde la realización del concurso y del comienzo del proceso de ejecución previsto para concluir en 1948; sin embargo, razones económicas, políticas, además de las complejidades en la ejecución de una obra artística, donde escultura y arquitectura tenían participación propia y determinante, provocaron que la programación inicial se retrasara.

Luis Casero Guillén, quien a la sazón se desempeñaba como alcalde de Santiago de Cuba y era miembro del mencionado Comité, asume en 1951 la cartera de ministro de Obras Públicas;<sup>4</sup> desde esta investidura sus esfuerzos se encaminaron a la realización de un plan al que denominó “60 obras en 60 días”<sup>5</sup> donde, entre otras, contemplaba dos obras vinculadas a José Martí: la Plaza Cívica en La Habana y el Mausoleo en Santiago de Cuba, las cuales fueron propuestas por el presidente Carlos Prío Socarrás.

Una lectura queda clara del interés de Prío en concluir ambas obras que, más que construcciones, resultaban a la postre un símbolo de la patria, en tanto se aproximaban dos fechas trascendentales del devenir cubano: el cincuentenario de la fundación de

la República en 1952 y el centenario del natalicio de José Martí en 1953. Por tanto, no es de dudar que su plataforma política para el proceso electoral que se avecinaba descansara en esos momentos en la realización de construcciones que enaltecieran el sentimiento patriótico de los cubanos.

Es preciso recordar que desde el 8 de septiembre de 1947 los restos de Martí habían sido trasladados al Retablo de los Héroes en el propio cementerio de Santiago de Cuba, donde se colocaron en una hornacina protegida por una reja de bronce, la cual permaneció cubierta por una bandera y con un ramo de rosas colocadas diariamente. Fue esta idea grande: dónde mejor que junto a tanto héroe, cuánto pensamiento puro y cuánto brazo fuerte en aquel recinto de gloria.

Desde la toma de posesión de Casero, las acciones constructivas que faltaban en el Mausoleo tomaron un nuevo impulso. Una ingente faena se desplegó para dar conclusión al perímetro de rodeo del monumento, se reubicaron las tumbas enclavadas en el área y se demolió el necrocomio. Todas estas acciones fueron ejecutadas por Obras Públicas.

Paralelamente a la efervescencia constructiva, comenzó a gestarse la idea del traslado de los restos de Martí hacia el sitio de reposo definitivo. Se recordaba entonces que, luego de su caída en combate el 19 de mayo de 1895, el Apóstol no había tenido un entierro cubano, pues los presentes el 26 de mayo de aquel año eran españoles, la despedida del duelo fue realizada por el coronel José Ximénez de Sandoval, el mismo que dirigiera la tropa que participó en la acción de Dos Ríos; los pocos cubanos presentes no pudieron hacer ostentación de su conocimiento del finado, en virtud de que ello los delataba como partidarios de la independencia de Cuba.

Es entonces que se concibe la ceremonia del “entierro cubano de José Martí”. Esta manifestación patriótica, como se verá en las líneas siguientes constituyó el espacio privilegiado para una puesta en escena del espíritu nacionalista, como código simbólico de la necesidad de subvertir la situación social en que estaba sumida la Isla, en tanto “las ceremonias patrióticas a la par que espacios de exhibición de la nación [...] se convirtieron también en importantes terrenos reivindicativos de los derechos cívicos y las libertades democráticas [...]”<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Fue constituido en Santiago de Cuba desde finales de 1943 e integrado por un grupo de profesionales de diferentes sectores, con un gran sentido de la nacionalidad y de amor hacia el Apóstol de la independencia cubana. A su labor se debió en gran medida la conclusión del Mausoleo en el cementerio Santa Ifigenia.

<sup>4</sup> En marzo de 1951, Luis Casero Guillén fue escogido por Carlos Prío Socarrás para desempeñarse en ese cargo y tomó posesión el martes 3 de abril de 1951. (Ver: Biblioteca Provincial Elvira Cape, Fondos Raros y Valiosos –BPECFRV–, “El Consejo de Ministros”, en *Oriente*, 3 de abril de 1951.)

<sup>5</sup> El plan previsto comenzaba en abril y tenía como límite el 30 de junio de 1951, para ello el Gobierno le otorgó un presupuesto de 50 millones de pesos.

<sup>6</sup> Marial Iglesias Utset, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902*, Ediciones Unión, La Habana, 2003, pp. 220-221.

## Programa para la inauguración de la tumba de Martí

El 15 de junio de 1951, el presidente de la Comisión “Por una tumba digna del Apóstol”, doctor Felipe Salcines Morlote, convocó a los representantes de las instituciones locales, así como a las autoridades civiles y militares a una reunión en el Centro de Veteranos, con vistas a la configuración de un programa de actividades para tan solemne momento. La prensa se refirió en estos términos:

[...] creemos que a los restos de José Martí, del más grande de todos los cubanos, del forjador de nuestra Patria, del libertador de Cuba, deben rendírseles los más extraordinarios homenajes, debe dársele oportunidad a nuestro pueblo para demostrar su amor y profunda gratitud al hombre excepcional que nos legó una ciudadanía y una patria.

A los restos de José Martí hay que hacerles un entierro cubano, cubanísimo, no se les pueden regatear los magnos honores que merecen, no solo al fundador de la patria, sino a un héroe, a un Mayor General del Ejército Libertador muerto en campaña.<sup>7</sup>

Tal agitación se generó en función de que lo previsto por las máximas autoridades del país como una sencilla ceremonia de traslado que no rebasaría los límites del marco local y que contemplaba el traslado de los restos desde el Retablo de los Héroes hasta el Mausoleo,<sup>8</sup> se convirtió, dada la actuación de este grupo de santiagueros, en un acontecimiento de alcance nacional y una demostración palpable de exaltación patriótica y de las virtudes cívicas expuestas por lo más genuino de la población cubana. Fue por ello la protesta airada de los miembros de la Comisión, que se preguntaban:

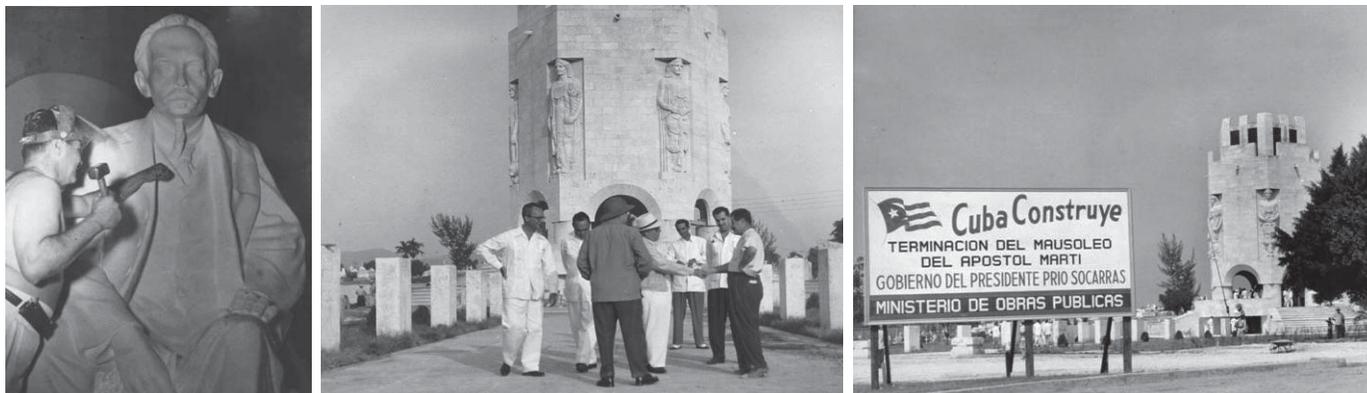
¿Cómo es posible que se vaya a regatear a Martí el que su pueblo lo lleve con el amor, la veneración y el respeto que merecen sus sagradas cenizas hasta el Mausoleo [...] Nada de sencillez, todo lo más grandioso es lo que debe acordarse para el traslado de los restos.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> BPECFRV, “A los restos del Apóstol Martí deben rendirse los más grandes honores”, en *Oriente*, 15 de junio de 1951, p. 1.

<sup>8</sup> El Consejo de Ministros había confeccionado un programa previo sin la anuencia de los miembros del Comité “Por una tumba digna del Apóstol” y el resto de las instituciones que en Santiago de Cuba tenían concebido el patriótico y multitudinario evento. La propuesta era que Carlos Prío arribara a Santiago de Cuba el propio 30 de junio y se trasladara al cementerio a las 3:00 p.m. para allí efectuar las exequias.

<sup>9</sup> BPECFRV, ob. cit., p. 8.





Etapas de la construcción del Mausoleo.

En virtud de esa petición de grandiosidad para realzar la memoria de Martí, se tomaron en esa reunión varios acuerdos que trascendieron y dieron un viraje al acto patriótico del 30 de junio:

1. El viernes 29 del actual los restos del Apóstol serán solemnemente trasladados desde el Retablo de los Héroes, donde están depositados, hasta el Salón de Actos del Palacio Provincial, donde permanecerán en Capilla Ardiente durante 24 horas, hasta las 2 de la tarde del día 30 en que serán trasladados a su grandioso Mausoleo.

2. A las cenizas de Martí se le rendirán por las Fuerzas Armadas de la nación los máximos honores como Presidente de la República en Armas y Mayor General del Ejército Libertador, muerto en campaña, trasladándose a esta ciudad las tropas de todas las armas, así como fuerzas de infantería de marina [...]

3. El entierro o verificación del traslado de los restos se verificará el sábado 30 del actual a las dos de la tarde, organizándose el cortejo en el Palacio Provincial, presidiendo el cortejo el Honorable Sr. Presidente de la República con el Consejo de Ministros en pleno, así como los jefes de las Fuerzas Armadas y del Congreso.

4. Al sepelio de las sagradas cenizas asistirán todos los alcaldes y gobernadores de la República, así como miles de masones de Cuba.

5. Al ser depositados los restos en el nuevo Mausoleo, se pronunciarán tres discursos alusivos al solemne acto, por el Dr. Felipe Salcines como presidente de la Comisión que hizo posible la erección del Mausoleo, el coronel Cosme de la Torriente o el mayor general Enrique Loynaz del Castillo, por los Veteranos de la Independencia, y el resumen a cargo del Sr. Presidente de la República, que hablará en nombre de la nación entera.

6. En una nueva reunión se acordará la confección del programa y organización de los solemnes actos, que se denominarán “Un entierro cubano del Apóstol Martí”.<sup>10</sup>

Una conmoción general se logró ante el acontecimiento dispuesto para el 30 de junio de 1951. La sociedad civil santiaguera desempeñó un activo papel y se volcó a la realización del mayor y más grande acto en homenaje al Maestro. Así, todas las asociaciones, comisiones, logias, sociedades, entidades y personalidades, constituyeron una plataforma divulgativa a través de los medios de prensa del programa conocido como “Entierro cubano de Martí”.

Los quince días restantes constituyeron un hervidero de ideas y de personas en torno a la conclusión de la magna construcción funeraria y de la organización del programa de actos que se desarrollarían entre los días 29 y 30 de junio. Con tal propósito, viajó a Santiago de Cuba Luis Casero Guillén, el cual se reunió el día 22 con los miembros del Comité y los veteranos de la independencia, aclarándose que “no se permitirían demostraciones de parcialidad en ese magno acto, al que los cubanos todos, sin distingos de raza, credo religioso o matiz político debían cooperar con su presencia”.<sup>11</sup>

Asimismo, el 23 de junio se efectuó en La Habana una reunión en el Palacio Presidencial con el propósito de organizar la ceremonia de entierro de los restos de Martí, en la cual intervinieron Luis

<sup>10</sup> BPECFRV, “Magnos honores le rendirá la República a los restos del glorioso Apóstol José Martí”, en *Oriente*, 16 de junio de 1951, p. 7.

<sup>11</sup> BPECFRV, “El programa para la inauguración del panteón a José Martí” en *Diario de Cuba*, 23 de junio de 1951, p. 3. Palabras pronunciadas por el reconocido profesor santiaguero Francisco Ibarra Martínez, decano del Colegio de Maestros Normales y Equiparados.

Casero Guillén, ministro de Obras Públicas; Pedro Rodríguez Capote, introductor de embajadores; y Evelio Rodríguez, jefe de Información y Publicidad de Palacio. Quedó como un acuerdo de ese encuentro, invitar a los sobrinos del Apóstol: Aquiles, Hortensia, Alicia y Amelia García Martí a las honras fúnebres que se efectuarían en Santiago de Cuba.

A través del periódico *Diario de Cuba* se hizo un llamamiento al pueblo santiaguero, en el cual se le solicitaba que participara en el acto que se verificaría el 30 de junio:

[...] Santiago de Cuba sabrá agradecer en cuanto vale y significa la presencia de los cubanos en este acto grandioso, de todos, absolutamente de todos, los que aman y veneran la memoria esclarecida de esta luminaria del talento y del más sólido patriotismo.<sup>12</sup>

La mujer tuvo una presencia activa en los preparativos y en el desarrollo del magno homenaje. Es preciso recordar que fueron las representantes del sexo femenino quienes tomaron la iniciativa desde 1896 de mantener y cuidar el sitio de reposo de Martí, cuando Manuela Boza depositó unas flores en el sagrado recinto, tradición continuada luego por las maestras y estudiantes de la Escuela no. 3 Spencer.<sup>13</sup> Por tanto, las féminas, en representación de diferentes sociedades, entidades culturales y colegios, se reunieron el 26 de junio en la sede de la Sociedad Lyceum,<sup>14</sup> allí acordaron cubrir los tramos de calles que conformaban el itinerario que seguiría el cortejo fúnebre desde el Palacio Provincial hasta el cementerio Santa

Ifigenia.<sup>15</sup> De igual modo, se convino interesar a las instituciones de la provincia para que se efectuaran las gestiones en diferentes provincias a fin de lograr el envío de flores a la capital oriental.<sup>16</sup>

El magisterio santiaguero una vez más se ponía al frente en la batalla patriótica y dio fe de su acendrado espíritu nacionalista. Así, la doctora Leyda Sarabia Rodríguez, superintendente de Escuelas de Oriente, y Francisco Ibarra Martínez, decano del Colegio de Maestros Normales y Equiparados, realizaban un llamamiento para que todos los maestros concurrieran con sus alumnos a las solemnes exequias, en tanto por su “elevada misión de honrados educadores de la niñez y la juventud [...] está[n] obligado[s] de mayor grado a participar de modo preponderante y efectivo en este acto de sano y elevado patriotismo”.<sup>17</sup>

Este acontecimiento resultó una manifestación de reafirmación política y de amor patrio; todos los intereses estaban puestos en consonancia para activar a las fuerzas vivas de la población, exaltando sus fibras más hondas y compulsando por medio del recuerdo de los momentos gloriosos de la patria, a la participación efectiva de todos los ciudadanos.

<sup>12</sup> Para hacer efectivo este llamamiento se convocó a todas las compañías tanto aéreas, de ferrocarril y de ómnibus para que aumentaran la capacidad de transportación ese día. (BPECFRV, “Al pueblo de Santiago de Cuba”, en *Diario de Cuba*, 24 de junio de 1951, p. 1.)

<sup>13</sup> Ver Omar López Rodríguez y Aida Morales Tejeda, ob. cit.

<sup>14</sup> Tomaron parte en la reunión por las damas rotarias: Edita Romani de Caveda, Lilia Estrada de Suárez Solar e Isabel Estéfano de Medina; por las damas leonas: Pilar Romero de Fernández; por el Club Aponte: Isabel Duharte Vinent; por el Grop Catalunya, Fela Tornés de Carbonell; por el Lyceum, Rafaela Miyares de Lobo; por la Liga de Damas de Acción Católica: Olga Maidique de Virgilí, Bertha Armaignac, Bebé González Puente, Beatriz Ferrer, Lolita Canto Bory; por la Federación Democrática de Mujeres Cubanas: Rita Díaz y Arcina Núñez; por la Normal de Kindergarten: Esther Pera; por el Vista Alegre Tennis Club: Caridad Emilia Roche; por la Escuela Normal para Maestros de Oriente: Irene Sirés y Emilia de Moya; por la Escuela del Hogar: Agustina Esteva de Figueroa; por la Asociación de Antiguas Alumnas del Sagrado Corazón: Leonor Navarro de Valls y Pilar Valls; como presidenta de la Comisión Pro Martí: María Caridad Rodríguez Guibert, entre otras.

<sup>15</sup> Se organizaron de la siguiente forma: desde el Palacio Provincial hasta la calle Porfirio Valiente (Calvario) se situaron las damas pertenecientes al Lyceum de Santiago de Cuba y la Liga de Damas de Acción Católica; desde Porfirio Valiente hasta José A. Saco (Enramadas) las jóvenes de la Escuela del Hogar; desde José A. Saco hasta Pío Rosado (Carnicería) las Damas Rotarias y el Grop Catalunya; desde Pío Rosado hasta San Félix, las Damas Leonas; desde San Félix hasta San Pedro las estudiantes de la Normal de Kindergarten; desde San Pedro hasta Estrada Palma (Félix Pena), la Escuela Normal; desde Estrada Palma hasta San Jerónimo, Luz de Oriente; desde San Jerónimo hasta Sagarra, el Conservatorio Provincial de Música y Antiguas Alumnas del Sagrado Corazón; desde Sagarra hasta San Germán, la Federación Democrática de Mujeres Cubanas; desde San Germán hasta Trinidad, las señoras de concejales del Ayuntamiento y admiradoras de Moncada; desde Trinidad hasta Habana, el Instituto de Segunda Enseñanza; desde Habana hasta Maceo, los colegios Herbart, Juan Bautista Sagarra y Colegio Cubano; de Maceo a San Mateo, la Agrupación Femenina Auténtica; desde San Mateo a San Antonio, el Casino Cubano; desde San Antonio a San Ricardo, el Centro Cultural Morúa Delgado; desde San Ricardo a Martí, el Club Aponte; en la Calzada de Crombet, Pro Arte de Oriente, Damas de la Liga Contra el Cáncer y Maestras Católicas; en Dos Caminos del Cobre, el Comité de Damas de ese lugar.

<sup>16</sup> En ese sentido, para que las flores llegaran frescas, se dispuso de autos adaptados especialmente para su traslado desde el aeropuerto de Santiago de Cuba y de otras regiones de la antigua provincia de Oriente.

<sup>17</sup> Para organizar la participación de los maestros y sus alumnos en el acto patriótico, se efectuó una reunión el 28 de junio a las 4:00 p.m. en la Escuela Superior no. 1. (BPECFRV, Francisco Ibarra Martínez, “A los maestros públicos y privados”, en *Diario de Cuba*, 28 de junio de 1951, p. 1.)



Momentos del último entierro de José Martí.

Se llamó asimismo a que en esa circunstancia de recogimiento nacional no hubiese discordia entre los diferentes partidos políticos. Por ello todas las asociaciones civiles y profesionales realizaron convocatorias a sus asociados para que asistieran a la ceremonia.<sup>18</sup>

### Programa solemne

El 28 de junio, los habitantes de Santiago de Cuba iniciaban el día con el conocimiento, a través de la prensa local, del programa solemne que se efectuaría en función de la realización del traslado, el desfile y la permanencia en el Palacio Provincial de Oriente de los restos mortales de José Martí.

A la ceremonia se invitaba al presidente de la República, Carlos Prío Socarrás, el Consejo de Ministros, una representación de los Veteranos de la Independencia, los jefes militares y navales, la comisiones del Congreso y del Poder Judicial, la prensa de La Habana y del resto del país, el Cuerpo Diplomático acreditado en Cuba, los gobernadores provinciales y los alcaldes municipales, los jefes de los partidos políticos tanto del Gobierno como de la oposición, una representación de los obreros y de los trabajadores del comercio, la banca y la industria. “[...] en fin todo lo que constituye el nervio vital de nuestra nacionalidad”.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> En los días previos a la realización de las exequias, los periódicos locales *Oriente* y *Diario de Cuba*, insertaron en sus páginas los llamamientos de diversas asociaciones profesionales, recreativas y religiosas tales como: el Club San Carlos, la Colonia Española, el Club Rotario, el Club de Leones; el Colegio Médico Municipal de Santiago de Cuba, la Escuela del Hogar de Oriente, los Masones, la Asociación Nacional de Funcionarios del Poder Judicial, la Cámara de Comercio de Santiago de Cuba, entre otras.

<sup>19</sup> BPECFRV, Miguel Mesa Más, “A los habitantes de la provincia de Oriente”, en *Diario de Cuba*, 28 de junio de 1951, p. 1.

A partir de las 2:00 p.m. del día 29 de junio hasta las 4:00 p.m. del 30 de junio la ciudad de Santiago de Cuba, de naturaleza jovial y extrovertida, guardó el mayor recogimiento como muestra de respeto ante el suceso que se verificaba, se suprimieron todas las funciones que pudieran significar regocijo y se cerraron todos los establecimientos públicos, escuelas privadas y públicas.

El gobernador provincial Miguel Mesa Más incitaba a los orientales a la participación masiva:

[...] ya concurriendo personalmente o ya representado de alguna manera en ese sagrado y patriótico jubileo, por lo que exhorto cálidamente a mis comprovincianos, cuyo patriotismo es tradicional, para que concurramos a cumplir este indeclinable deber con nuestro José Martí héroe y mártir por antonomasia.<sup>20</sup>

El rotativo *Diario de Cuba* en su “Editorial” del viernes 29 de junio se convertía en una tribuna para declarar, abiertamente, lo que muchos habían esbozado tímidamente. La ceremonia del traslado fue tomada como estandarte para criticar la política de los gobiernos de turno y asumir a Martí, más que como un héroe, como el político sagaz del cual urgía recuperar su legado para llevarlo a vías de hecho en la república que se anhelaba y que pronto cumpliría medio siglo de existencia. Así se expresaba el columnista en “Minuto”:

Lo que va a tener lugar mañana, acto de trascendencia extraordinaria, es el DESENTERRAMIENTO de los ideales de Martí y su admonición a los réprobos. [...]

Lo que se va a hacer mañana, aunque nadie lo suponga así, no es enterrar nuevamente a Martí sino desenterrar lo que hay de más eterno en él: sus ideales, su incomparable Universidad política, isu amor! [...]

<sup>20</sup> Ídem.

No es una tumba lo que va inaugurarse. Es un Monumento votivo para mantener sus ideales, con luz de eternidad, bajo la permanente custodia de los soldados de la patria libre.

¡Honor al más excelso de todos los cubanos!<sup>21</sup>

El 29 de junio, a las 2:00 p.m., los miembros del Comité “Por una tumba digna del Apóstol”, las autoridades civiles y militares, los veteranos y otras personalidades se reunieron en el Retablo de los Héroe; allí se procedió a extraer la urna en que se encontraban los restos martianos que fueron mudados a otra de bronce donde reposarían definitivamente,<sup>22</sup> se colocó además un tubo que contenía el acta notarial levantada en ese momento,<sup>23</sup> y luego quedó soldada la tapa.

Del cementerio Santa Ifigenia, partió el cortejo en varios automóviles. Al centro, el que portaba el catafalco iba cubierto por la bandera cubana. Al llegar al Palacio Provincial, el coronel Ramón Garriga, presidente del Consejo Territorial de Veteranos; el comandante José García Baylles; Luis Casero Guillén y Rafael Argilaños fueron los encargados de depositar los restos en el Salón de los Espejos, convertido para ese solemne momento en Capilla ardiente.

## Honras fúnebres en el Palacio Provincial de Oriente

Desde las 4:00 p.m. del 29 de junio hasta el día 30 numerosas personalidades hicieron guardia de honor, renovadas cada 30 minutos, y dedicaron flores al Apóstol. A momento tan singular asistió desde el más humilde ciudadano hasta el Presidente de la República y su Consejo de Ministros. Se calculó que debían pasar por ese recinto sagrado unas nueve mil personas. La

<sup>21</sup> Ídem.

<sup>22</sup> La urna, según la descripción realizada en el acta notarial, medía cincuenta y un centímetros de largo, veinte y siete y medio de ancho, y treinta y uno y medio de alto, y estaba forrada por dentro con una camiseta de metal amarillo. Fue fundida por los maestros fundidores Mirto Núñez y Orlando Aquera. (Ver: Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba –AHPSC–, Protocolos Notariales del Dr. Ernesto Buch López, Acta no. 139, 1951 y el artículo “Llegó la urna de bronce para los restos del Apóstol al gran mausoleo”, en *Oriente*, 27 de junio de 1951, pp. 1 y 2.)

<sup>23</sup> El acta notarial fue confeccionada por el notario público Ernesto Buch López, decano del Colegio Notarial de Santiago de Cuba, y fue firmada por Felipe Salcines, presidente de la Comisión Por una Tumba Digna; Felipe Fernández Castillo, alcalde municipal; Miguel Mesa Más, gobernador provincial; el comandante Luis Rodolfo Miranda; y Luis Casero Guillén, ministro de Obras Públicas. (Ver acta notarial citada en nota anterior.)

primera guardia fue realizada por el general Velázquez y varios coroneles de las Fuerzas Armadas.

En el ecléctico edificio de la calle Aguilera estaban instalados además los micrófonos de la emisora radial CMKC, que continuamente trasmitían mensajes patrióticos a la población, así como alocuciones de personalidades quienes disertaron acerca de la vida y la obra política del Apóstol. El programa estaba concebido de la siguiente manera:

### Día 29

- 3:00 p.m. Profesor Francisco Ibarra Martínez
- 3:30 p.m. Rafael Argilaños Loret de Mola
- 4:00 p.m. María Caro de Chacón
- 4:30 p.m. Fernando Boytel Jambú, director del Museo Municipal
- 5:00 p.m. José Ruiz Velazco, presidente del Club de Leones
- 5:30 p.m. Comandante Manuel de J. Granda Odio
- 6:00 p.m. Profesor Juan Francisco Ibarra
- 6:30 p.m. Dr. José Borges Badell, director del Instituto de Segunda Enseñanza
- 7:00 p.m. Nemesio Lavié Vera
- 7:30 p.m. Dra. Rebeca Rosell Planas
- 8:00 p.m. Juan Francisco Sariol
- 8:30 p.m. Capitán Manuel Ferrer Cuevas
- 9:00 p.m. Dr. Felipe Martínez Arango
- 9:30 p.m. Dr. Severino Salazar Cruz
- 10:00 p.m. Dr. Carlos Pera Conesa
- 10:30 p.m. Sr. Domingo Aragón Navarro
- 11:00 p.m. Coronel Ramón Garriga Cuevas
- 11:30 p.m. Dra. Irene Sirés Barroso, directora de la Escuela Normal de Oriente
- 12:00 pm. Josefina Medina Puig

### Día 30 de junio

- 7:00 a.m. Dr. Waldo Medina
- 7:30 a.m. Gerardo Abascal Berenguer
- 8:00 a.m. Comandante Luis Rodolfo Miranda
- 8:30 a.m. Rafael Hernández, director de la Escuela de Comercio
- 9:00 a.m. Raúl Ibarra Albuerne, Historiador de la Ciudad
- 9:30 a.m. Dra. Leida Sarabia Rodríguez
- 10:00 a.m. Dra. Serafina Cause Salas
- 10:30 a.m. Recitación de versos martianos
- 11:00 a.m. Dr. Pedro Roig Fernández Rubio
- 11:30 am. Recitación de Versos martianos
- 12: 00 m. Luis Casero Guillén.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> BPECFRV, “Más de 150 mil personas rindieron fervoroso homenaje de amor y gratitud al Apóstol Martí”, en *Oriente*, 2 de julio de 1951, p. 4.

El sábado 30 de junio de 1951 fue sin dudas un día que quedaría grabado en las mentes de las más de ciento cincuenta mil personas que participaron en las jornadas relacionadas con el entierro cubano de José Martí. Poco antes de las dos de la tarde se realizaron las últimas guardias de honor por los máximos representantes de los partidos políticos y, para concluir, el presidente junto a otros integrantes del gabinete.<sup>25</sup> Momentos después, salía del Palacio Provincial la urna en manos de los coroneles de la guerra de independencia: Guillermo Fernández Mascaró y Ramón Garriga Cuevas, así como los periodistas Guido García Inclán y Rafael G. Argilagos, quienes la depositaron en un armón de artillería.

Comenzaba así la marcha que se extendería a lo largo de más de dos kilómetros por las principales arterias de la heroica ciudad que ponía de manifiesto una vez más la hondura patriótica de sus hijos. Abrían el cortejo fúnebre miembros del servicio de carreteras en motocicletas, y le continuaba la Banda de Música del Estado Mayor del Ejército. Junto al armón marchaban el presidente Carlos Prío, los ministros, los jefes de las Fuerzas Armadas, los presidentes de la Cámara y el Senado así como los sobrinos de José Martí. Le seguían el Cuerpo Diplomático acreditado en Cuba, las autoridades de la provincia y el municipio, una representación de la Iglesia católica encabezada por el arzobispo, Dr. Enrique Pérez Serantes, la masonería y cientos de personas.

El camino recorrido se llenó de flores que caían de balcones y ventanas, demostrándose así la devoción que sentía el pueblo cubano por el héroe de Dos Ríos, acción organizada por las mujeres de la ciudad.

En las cercanías del cementerio fue levantado un arco de triunfo, constituido por laureles y flores blancas, con una campana y un letrero que expresaba “Martí, tu pueblo te ama”. Se concentró una gran multitud en toda esta zona, que esperó ansiosa el paso

del armón, y junto a ella estaban algunos líderes de los partidos políticos de oposición: Eduardo Chibás, Juan Marinello y Ramón Grau San Martín.

En la entrada de la necrópolis se ubicaban los veteranos de la independencia; allí se verificó, por parte del coronel Ramón Garriga y de Rafael Argilagos, la entrega de la urna al Presidente de la República, para que este la condujera hasta el Mausoleo mientras se ejecutaban las notas del Himno Nacional. No las manos merecidas llevaron a Martí, muchos de los allí presentes lo merecían más. Depositada la urna en la cripta, sonaron 21 cañonazos y, apagado el último, la corneta solitaria con el toque de despedida llenó el silencio reinante. En el cielo evolucionaban varios aviones de las Fuerzas Armadas.

Pasado este emotivo momento, varios oradores usaron de la palabra: Felipe Salcines, como presidente de la Comisión, relató el proceso llevado a cabo para la consecución del digno monumento; luego, por los veteranos, el coronel Enrique Quiñones, presidente del Consejo Nacional de Veteranos de la Independencia, tuvo sentidas palabras; y, por último, el presidente de la República, Carlos Prío Socarrás, leyó extensa oración,<sup>26</sup> oída solo por respeto al Maestro, pero no por su contenido, que estaba lejos de la sinceridad y la dignidad que tales circunstancias requerían. Terminó la ceremonia, que quedó registrada por la prensa de la época y en la memoria emotiva y visual de cientos de cubanos como el acontecimiento más grande de la historia republicana. Así lo refirió Waldo Medina:

Era el entierro cubano de Martí. Quien lo vio ya nunca más podrá olvidarlo. La llama de su corazón universal ha prendido en el pueblo que así lo venera y acompaña. [...] En su muerte y entierro –doble entierro y velorio insólitos– brota también una lección unánime de confianza, de fe en el porvenir de la nación que hasta con la muerte misma se renueva y levanta, se encamina y orienta. La urna de bronce llena de huesos se ha convertido en un fanal inagotable de luz.<sup>27</sup> ■

<sup>25</sup> Por el Partido Ortodoxo estuvieron presentes: Eduardo Chibás Agramonte, Pelayo Cuervo Navarro, Ventura Dellundé, Emilio Ochoa Ochoa, Roberto García Ibáñez, Manuel Bisbé, Claudio Álvarez Lefebre, Luis Conte Agüero y José A. Malbety; por el Partido Auténtico: Ramón Grau San Martín, Nicolás Castellanos, José de San Martín, Luis Caiñas Milanes y Alberto Cruz; por el Partido Socialista Popular: Juan Marinello Vidaurreta Aníbal Escalante Dellundé, César Vilar, Leonides Calderío; por el Partido Unitario: Justo Salas Arzuaga, en representación del general Fulgencio Batista; por el Gobierno: Carlos Prío, Félix Lancís, Antonio de Varona, Lincoln Rodón Álvarez y el general Ruperto Cabrera Rodríguez. (Ver, BPECFRV, “Más de 150 mil personas...”, en ob. cit., p. 8.)

<sup>26</sup> El discurso leído por Carlos Prío fue redactado por el intelectual dominicano Juan Bosch.

<sup>27</sup> Waldo Medina, “El entierro cubano de Martí”, en *El Mundo*, 12 de julio de 1951.



# Con José Martí ante la mar tempestuosa

ENTREVISTA A DANIEL ROMERO PILDAÍN POR LYSBETH DAUMONT

**E**n cualquier ómnibus de La Habana actual o a la salida del cine Chaplin podemos toparnos con el “joven José Martí”, es decir, con el actor que lo interpretó en la más reciente producción de Fernando Pérez, *José Martí: el ojo del canario*. Reconocerlo tras una primera mirada deviene difícil tarea para el espectador menos avezado, pues la fisonomía actual de Daniel Romero Pildaín (*La Habana*, 1990) difiere absolutamente de la que conocimos en el filme. Daniel es un muchacho alto, de largos y lacios cabellos negros, aunque conserva el mismo halo tierno y apasionado que apreciamos en la película. Sin dudas, cambió su vida al encarnar la figura del Apóstol en ese largometraje de ficción, seleccionado entre los diez mejores filmes exhibidos en Cuba en 2010 por la Asociación Cubana de la Prensa Cinematográfica.

En su casa de Lawton –donde fui acogida cordial y gentilmente por su madre, padre y hermana–, Daniel recitó poemas de los *Versos sencillos* y respondió a mis preguntas.

*¿Por qué te presentaste al casting de la película José Martí: el ojo del canario? ¿Creías que tenías alguna posibilidad de interpretar el papel protagónico?*

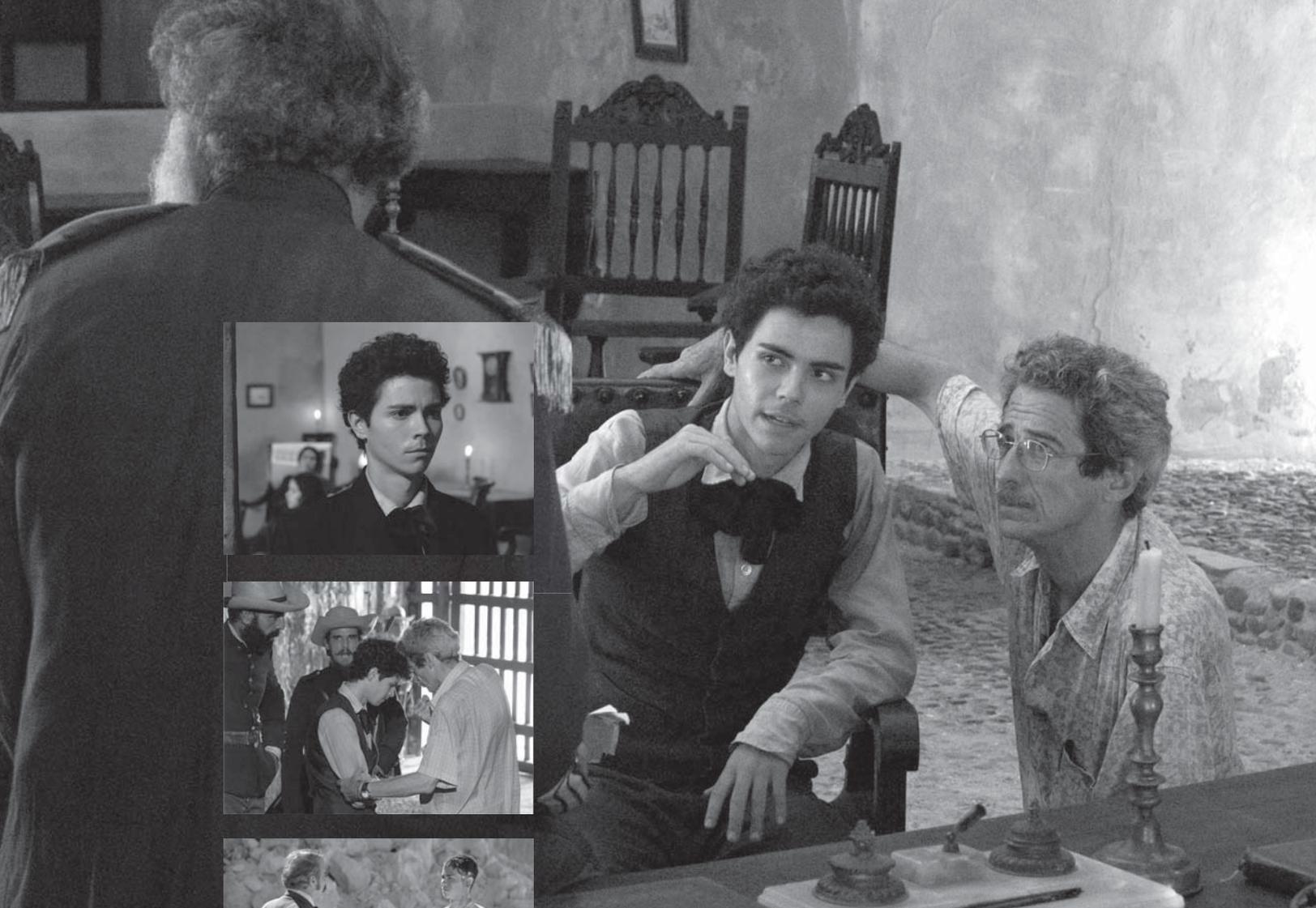
Los jóvenes que hoy estudiamos actuación tenemos pocas oportunidades de trabajo. Nadie de mi familia proviene del teatro, aunque sé que tengo un tatarabuelo, Pablo Pildaín, quien fue actor en el siglo XIX. Rine Leal, un gran investigador del teatro cubano, lo incluye en su libro *La selva oscura*. Por mi fisonomía,

nunca pensé que fuera a interpretar a Martí. Debo confesar que, en el momento que me presenté, no conocía a Fernando. Ese día se había roto el ómnibus que me transportaba y llamé al ICAIC para avisar que llegaría más tarde. Cuando me iba acercando a mi destino, vi a un señor mirando a la calle, a quien le pregunté si estaba en la dirección correcta. Nos quedamos mirándonos por varios instantes seguidos. Entonces él me preguntó: “¿Eres Daniel?”, y me di cuenta de quién se trataba. Al pasar el tiempo, Fernando me confesaría que, cuando me vio en ese momento, percibió el mundo interior que él quería evocar con la película.

*¿Cómo fue tu interacción con Fernando Pérez durante el casting y con los actores con quienes compartiste la escena?*

Después de aquel primer encuentro, él me hizo una prueba de relación de miradas, un ejercicio de teatro que consistió en intercambiar visualmente con él diferentes emociones. Me impresionó mucho cómo, sin haberse dedicado a la actuación, Fernando interpretaba al pie de la letra su personaje. Al mirarme con los ojos llorosos en esa ocasión, descubrí que me había entregado una vivencia personal suya. Así comencé a ponerlo inconscientemente en el pedestal que merece por toda su trayectoria; por ser, además de excelente director, todo un artista.

Broselianda Hernández [Leonor Pérez] me ayudó desde el inicio, en el *casting* y durante la filmación.



Siempre hubo una buena química entre nosotros. La relación con Rolando Brito [Mariano Martí] fue más sólida, más concreta, porque me recordó por momentos la relación con mi propio padre.

*¿Cómo te preparaste antes del rodaje?*

Cuando me escogieron para el personaje, quise estudiar todo sobre la vida y obra de Martí, pero Fernando encauzó mi lectura hacia los *Versos sencillos*, *Versos libres*, *El presidio político en Cuba* y la biografía que escribió Jorge Mañach (hasta el primer exilio martiano). Me dijo: “Por ahora no quiero que seas consciente de lo que vas a hacer, para no perder tu naturalidad”.

*Háblame un poco de la dinámica de trabajo en una película de carácter histórico como esta. ¿Tuviste dificultades? ¿Qué te aportó este proceso?*

La rutina diaria de esos cuatro meses comenzaba con el vestuario, luego el maquillaje, y continuaba con doce horas de filmación. Antes de entrar a escena ne-

cesitaba absoluto silencio y, muchas veces, tenía que crearme mi propio espacio de concentración. Durante el proceso de rodaje estaba cursando el primer año de la Escuela Nacional de Arte (ENA), así que llevé al mismo tiempo los estudios y el trabajo. Además, tuve que adelgazar, mantener una estricta dieta y luchar contra la ansiedad, el estrés y la depresión que me condujo a dos crisis nerviosas durante el rodaje.

Cuando te enfrentas a un reto como este, siempre hay dificultades. En mi caso, fueron superadas gracias al apoyo de dos personas, a las cuales estaré agradecido por siempre: Grisel Monzón y Sandor Menéndez. La primera me ayudó a ponerme al día con las clases, trabajos prácticos... y actualmente es mi novia; el segundo, mi profesor de actuación, me enseñó todo lo que sé.

Durante ese proceso aprendí a trabajar con profesionalidad, sacrificio y responsabilidad, a ser riguroso en el estudio diario del personaje que se interpreta, a comprender cuánto amor y sufrimiento se necesitan para ser actor.

*¿Cómo lograste encarnar a un Martí tan cercano a las jóvenes generaciones?*

Tuve que buscar mucho dentro de mí, construir un Martí desde mis propias vivencias. Conociendo su vida, encontré muchas cosas que, quizás subconscientemente, me acercaban a él: la manera de ver el amor como un acto de entrega, pureza, alejado de todo indicio de machismo y frivolidad; la figura de la madre luchadora que quiere lo mejor para su hijo, pero debe respetar sus convicciones; el padre trabajador con sueños y ansias de superación, que no muestra todos sus sentimientos... Desde su niñez, Martí estuvo todo el tiempo sobreponiéndose a las dificultades de la sociedad (recuérdese la sugerente escena delante de la mar tempestuosa). El estudio profundo que llevé a cabo me permitió conocerme mucho más de lo que yo creía, pero también saber cuánto amo a Cuba y a La Habana.

*¿Has visto la película en varias ocasiones? ¿Cuáles fueron tus impresiones como espectador en la sala oscura?*

El día de la *premiere* vi cómo se resumían cuatro meses de ardua filmación. Tuve la oportunidad de materializar todas las emociones de la película, las escenas más fuertes, entre ellas la de los sucesos del teatro Villanueva, cuando tengo que gritar obligato-

riamente “¡Viva España!”. Aprecié la conjunción del trabajo de actuación, dirección, fotografía, luces... desde el punto de vista del espectador. Veo la película en cada ocasión que es exhibida; esto me permite valorar mi propia labor, para mejorarla, pero también experimentar nuevas sensaciones. A la salida del cine siempre se me acercan personas, jóvenes en especial, que se identifican y emocionan con la película, para decirme “gracias”. Soy yo quien les agradece.

*¿Cuál era tu visión de La Habana antes de la película y cuál tienes ahora?*

Yo vivía en La Habana; no la veía. Ahora puedo apreciarla como el gran mito que es. Al leer la novela *Canción de Rachel*, en la que Miguel Barnet escribe que en esta isla mágica cada persona nace con un destino, me impresionó mucho una frase de Rachel: “Cuando Martí iba deportado de Cuba con dieciséis años, iba apoyado en una baranda del barco, llorando.” Conocer la nostalgia por Cuba en las historias de Heredia, Milanés, Zenea... me ha permitido amar más mi ciudad, que ha sido referente y escenario de múltiples obras literarias. José Lezama Lima decía que no necesitaba salir de La Habana, pues desde su terraza podía verlo todo. “Vivir” en el siglo XIX habanero fue una experiencia sumamente bella, barroca, colonial... que me permitió valorar el espíritu de esa época. La Habana representa algo trascendental para mí: lo mismo que simbolizaban los anfiteatros para Sófocles, Esquilo... donde se interpretaban sus obras.

*¿Qué crees de la restauración del centro histórico?*

Creo que debemos agradecerle mucho a Eusebio Leal por sus valores y concepto de la vida, por revivir la belleza perdida del siglo XIX, por reconstruir momentos históricos, que podemos imaginar gracias al rescate de la arquitectura, de lugares donde ocurrieron importantes sucesos culturales... Así un joven de hoy puede conocer cómo eran los adoquines de las calles más antiguas, los balcones en los cuales Milanés recitaba poemas a su prima, la bahía con todas las historias de corsarios y piratas, la fiesta del Día de Reyes... Su labor incansable es digna de ser reconocida y recordada siempre.

*¿Qué huellas ha dejado Martí en ti?*

Cuando un actor interpreta un personaje debe olvidarlo, dejarlo atrás para poder trabajar en el próximo.

Pero no puedo renunciar a Martí: lo llevé conmigo durante la película y lo sigo llevando aún. He quedado encantado con su imagen y el impacto de su obra. Como mismo se les ponen flores a los familiares y a los santos, yo le pongo flores. Lo tengo como símbolo de sacrificio, de trabajo, de pasión. Ahora, si estoy deprimido –porque sigo luchando, aun cuando algo parezca imposible–, me refugio mucho en su literatura.

Martí me abrió las puertas a poetas como Casal, Rimbaud...; a músicos como Bach y Handel. Le agradezco mucho a Fernando el haberme mostrado el camino para conocer a Martí.

*¿Cómo crees que los jóvenes deberíamos acercarnos a la obra del Apóstol?*

Les recomiendo leerlo sin pauta y sin regla; solo acercarse a él por algún interés o inquietud en particular, o simplemente por curiosidad. Y a partir de ahí, si le encuentran el sentido, hallarán por sí mismos el camino para su lectura. Pero sobre todo, cuando lo lean, que olviden provisionalmente al héroe del busto de mármol, y lo vean como un ser humano, de carne y hueso: que le escribe a sus hermanas; sufre en la relación con sus padres; se enferma; padece cuando no puede ver a su hijo... y quien, a pesar de todo, fue alguien que creó e hizo mucho por su país.

*¿Tienes tiempo libre para la lectura? ¿Qué te gusta leer?*

John Lennon decía que la vida es el tiempo que pasa mientras ocupamos nuestro tiempo. Entonces, el hecho de no contar con mucho tiempo libre, en mi caso significa que aprovecho al máximo mi vida: estudio, leo, voy al teatro, escucho música y bailo, pero también disfruto ver un atardecer, como hacía el personaje de *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. En algunas ocasiones, cuando llego de la escuela, me pongo a dibujar con tempera, como en mi infancia.<sup>1</sup>

Sobre todo, me encanta leer. Me gustan las obras de Dostoievski (*Los hermanos Karamazov*, *Crimen y castigo*, *El idiota*...) por la compleja psicología de los personajes, y las de Gabriel García Márquez (*El amor*

*en los tiempos del cólera*, *Cien años de soledad*...) por el ambiente, los colores, la historia.

*¿Cuáles son tus preferencias en cuanto a actores, películas y obras de teatro tanto en el ámbito nacional como en el internacional? ¿Qué personaje te gustaría interpretar?*

Entre los actores: Javier Bardem (que trabaja en la película *Mar adentro*), Fernando Echavarría, Corina Mestre y Aramis Delgado. De las películas: *Clandestinos*, *Suite Habana* y la norteamericana *Érase una vez en América*, con Robert de Niro. Entre mis obras de teatro preferidas están: *Equus*, de Peter Shaffer; *Deseo bajo los olmos*, de Eugene O'Neill, y *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams. Quisiera interpretar a Raskolnikov, el protagonista de la novela *Crimen y castigo*, de Fiodor Dostoievski.

*¿Cómo definirías la relación padre-hijo en la etapa de transición de la adolescencia a la adultez?*

Chaplin decía: “Solo dos tipos de personas dicen la verdad: los niños y los locos; a los niños los educan y a los locos los encierran. Nunca debemos perder el niño que llevamos dentro. Porque ser niño te ayuda a crecer, a crear, a soñar con naves y dragones...” Es la etapa que te define: todo lo que te rodea desde niño marcará tu adolescencia y tu vida adulta, pues allí se forman tus valores. Mientras más arrastres a ese niño, más te conocerás; pero cuando lo olvides, perderás la esencia de tu vida. Ese es el tema central de la película. Por eso creo que la relación padre-hijo en esta etapa no debe contar con censuras ni imposiciones, y sí con enseñanzas y respeto de los criterios del adolescente, con el fin de conformar su identidad.

*¿Cómo definirías el concepto de identidad?*

Es saber siempre quién es uno y hacia dónde quiere llegar, pero también conocer el poder que tenemos para alcanzar nuestros objetivos: un poder en sintonía con la razón, porque no nos debemos exigir más de lo que podemos dar. Es concederle importancia a los valores, la educación, la sensibilidad... y ser consecuente con sus actos. ■

<sup>1</sup> En el momento de la entrevista el joven actor era aún estudiante de actuación en la Escuela Nacional de Arte, donde acaba de graduarse este año 2011. (N. de la E.)

# Presencia



## CÉSPEDES Y AGRAMONTE

JOSÉ MARTÍ

El extraño puede escribir estos nombres sin temblar, o el pedante, o el ambicioso: el buen cubano, no. De Céspedes el ímpetu, y de Agramonte la virtud. El uno es como el volcán, que viene, tremendo e imperfecto, de las entrañas de la tierra; y el otro es como el espacio azul que lo corona. De Céspedes el arrebató, y de Agramonte la purificación. El uno desafía con autoridad como de rey; y con fuerza como de la luz, el otro vence. Vendrá la historia, con sus pasiones y justicias; y cuando los haya mordido y recortado a su sabor, aún quedará en el arranque del uno y en la dignidad del otro, asunto para la epopeya. Las palabras pomposas son innecesarias para hablar de los hombres sublimes. Otros hagan, y en otra ocasión, la cuenta de los yerros, que nunca será tanta como la de las grandezas. Hoy es fiesta, y lo que queremos es volverlos a ver al uno en pie, audaz y magnífico, dictando de un ademán, al disiparse la noche, la creación de un pueblo libre, y al otro tendido en sus últimas ropas, cruzado del látigo el rostro angélico, vencedor aun en la muerte. ¡Aún se puede vivir, puesto que vivieron a nuestros ojos hombres tales!

Es preciso haberse echado alguna vez un pueblo a los hombros, para saber cuál fue la fortaleza del que, sin más armas que un bastón de carey con puño de oro, decidió, cara a cara de una nación implacable, quitarle para la libertad su posesión más infeliz, como quien quita a una tigre su último cachorro. ¡Tal majestad debe inundar el alma entonces, que bien puede ser que el hombre ciego con ella! ¿Quién no

conoce nuestros días de cuna? Nuestra espalda era llañas, y nuestro rostro recreo favorito de la mano del tirano. Ya no había paciencia para más tributo, ni mejillas para más bofetones. Hervía la Isla. Vacilaba la Habana. Las Villas volvían los ojos a Occidente. Piafaba Santiago indeciso. “¡Lacayos, lacayos!” escribe al Camagüey Ignacio Agramonte desconsolado. Pero en Bayamo rebosaba la ira. La logía bayamesa juntaba en su círculo secreto, reconocido como autoridad por Manzanillo y Holguín, y Jiguaní y las Tunas, a los abogados y propietarios de la comarca, a Maceos y Figueredos, a Milaneses y Céspedes, a Palmas y Estradas, a Águilera, presidente por su caudal y su bondad, y a un moreno albañil, al noble García. En la piedra en bruto trabajan a la vez las dos manos, la blanca y la negra: ¡seque Dios la primera mano que se levante contra la otra! No cabía duda, no; era preciso alzarse en guerra. Y no se sabía cómo, ni con qué ayuda, ni cuándo se decidiría la Habana, de donde volvió descorazonado Pedro Figueredo cuando por Manzanillo, en cuyos consejos dominaba Céspedes, lo buscan por guía los que le ven centellear los ojos. ¡La tierra se alza en montañas, y en estos hombres los pueblos! Tal vez Bayamo desea más tiempo; aún no se decide la junta de la logía; ¡caso esperen a decidirse cuando tengan al cuello al enemigo vigilante! ¿Que un alzamiento es como un encaje, que se borda a la luz hasta que no queda una hebra suelta? ¡Si no los arrastramos, jamás se determinarán! Y tras unos instantes de silencio, en que los héroes bajaron la cabeza para ocultar sus lágrimas solemnes, aquel pleitista,

aquel amo de hombres, aquel negociante revoltoso, se levantó como por increíble claridad transfigurado. Y no fue más grande cuando proclamó a su patria libre, sino cuando reunió a sus siervos, y los llamó a sus brazos como hermanos.

La voz cunde: acuden con sus siervos libres y con sus amigos los conspiradores, que, admirados por su atrevimiento, aclaman jefe a Céspedes en el potrero de Mabay; caen bajo Mármol Jiguaní y Holguín; con Céspedes a la cabeza adelanta Marcano sobre Bayamo; las armas son machetes de buen filo, rifles de cazoleta, y pistolones comidos de herrumbre, atados al cabo por tiras de *majagua*. Ya ciñen a Bayamo, donde vacila el Gobernador, que los cree levantados en apoyo de su amigo Prim. Y era el diecinueve por la mañana, en todo el brillo del sol, cuando la cabalgata libertadora pasa en orden el río, que pareció más ancho. ¡No es batalla, sino fiesta! Los más pacíficos salen a unírseles, y sus esclavos con ellos; viene a su encuentro la caballería española, y de un machetazo desbarban al jefe; llévenselo en brazos al refugio del cuartel sus soldados despavoridos. Con piedras cubiertas de algodón encendido prenden los cubanos el techo del cuartel empapado en petróleo, a falta de bombas. La guarnición se rinde, y con la espada a la cintura pasa por las calles entre las filas del vencedor respetuoso. Céspedes ha organizado el Ayuntamiento, se ha titulado Capitán General, ha decidido con su empeño que el préstamo inevitable sea voluntario y no forzoso, ha arreglado en cuatro negociados la administración, escribe a los pueblos que acaba de nacer la República de Cuba, escoge para miembros del Municipio a varios españoles. Pone en paz a los celosos; con los indiferentes es magnánimo; confirma su mando por la serenidad con que lo ejerce. Es humano y conciliador. Es firme y suave.

Cree que su pueblo va en él, y como ha sido el primero en obrar, se ve como con derechos propios y personales, como con derechos de padre, sobre su obra. Asistió en lo interior de su mente al misterio divino del nacimiento de un pueblo en la voluntad de un hombre, y no se ve como mortal, capaz de yerros y obediencia, sino como monarca de la libertad, que ha entrado vivo en el cielo de los redentores. No le parece que tengan derecho a aconsejarle los que no tuvieron decisión para precederle. Se mira como sagrado, y no duda de que deba imperar su juicio. Tal vez no atiende a que él es como el árbol más alto del monte, pero que sin el monte no puede erguirse el árbol. Jamás se le vuelve a ver como en aquellos días de autoridad plena; porque los hombres



Señalado Agramonte y Céspedes durante la Asamblea de Guáimaro.

de fuerza original sólo la enseñan íntegra cuando la pueden ejercer sin trabas. Cuando el monte se le echa encima; cuando comienza a ver que la revolución es algo más que el alzamiento de las ideas patriarcales; cuando la juventud apostólica le sale con las tablas de la ley al paso; cuando inclina la cabeza, con penas de martirio, ante los inesperados colaboradores, es acaso tan grande, dado el concepto que tenía de sí, como cuando decide, en la soledad épica, guiar a su pueblo informe a la libertad por métodos rudimentarios, como cuando en el júbilo del triunfo no venga la sangre cubana vertida por España en la cabeza de los españoles, sino que los sienta a su lado en el gobierno, con el genio del hombre de Estado. Luego se obscurece: se considera como desposeído de lo que le pareció suyo por fuerza de conquista; se reserva arrogante la energía que no le dejan ejercer sin más ley que la de su fe ciega en la unión impuesta por obra sobrenatural entre su persona y la República; pero jamás, en su choza de guano, deja de ser el hombre majestuoso que siente e impone la dignidad de la patria. Baja de la presidencia cuando se lo manda el país, y muere disparando sus últimas balas contra el enemigo, con la mano que acaba de escribir sobre una mesa rústica versos de tema sublime.

¡Mañana, mañana sabremos si por sus vías brucas y originales hubiéramos llegado a la libertad antes que por las de sus émulos; si los medios que sugirió el patriotismo por el miedo de un César, no han sido los que pusieron a la patria, creada por el héroe, a la merced de los generales de Alejandro; si no fue Céspedes, de sueños heroicos y trágicas lecturas, el hombre a la vez refinado y primario, imitador y creador, personal y nacional, augusto por la benignidad

y el acontecimiento, en quien chocaron, como en una peña, despedazándola en su primer combate, las fuerzas rudas de un país nuevo, y las aspiraciones que encienden en la sagrada juventud el conocimiento del mundo libre y la pasión de la República! En tanto, isé [sic] bendito, hombre de mármol!

¿Y aquél del Camagüey, aquel diamante con alma de beso? Ama a su Amalia locamente; pero no la invita a levantar casa sino cuando vuelve de sus triunfos de estudiante en la Habana, convencido de que tienen todavía mejilla aquellos señores para años: “no valen para nada ¡para nada!” Y a los pocos días de llegar al Camagüey, la Audiencia lo visita, pasmada de tanta autoridad y moderación en abogado tan joven; y por las calles dicen: “¡ése!”; y se siente la presencia de una majestad, pero ino él, no él! que hasta que su mujer no le cosió con sus manos la guajira azul para irse a la guerra, no creyó que habían comenzado sus bodas.

Por su modestia parecía orgulloso: la frente, en que el cabello negro encajaba como en un casco, era de seda, blanca y tersa, como para que la besase la gloria: oía más que hablaba, aunque tenía la única elocuencia estimable, que es la que arranca de la limpieza del corazón; se sonrojaba cuando le ponderaban su mérito; se le humedecían los ojos cuando pensaba en el heroísmo, o cuando sabía de una desventura, o cuando el amor le besaba la mano: “¡le tengo miedo a tanta felicidad!” Leía despacio obras serias. Era un ángel para defender, y un niño para acariciar. De cuerpo era delgado, y más fino que recio, aunque de mucha esbeltez. Pero vino la guerra, domó de la primera embestida la soberbia natural, y se le vio por la fuerza del cuerpo, la exaltación de la virtud. Era como si por donde los hombres tienen corazón tuviera él estrella. Su luz era así, como la que dan los astros; y al recordarlo, suelen sus amigos hablar de él con unción, como se habla en las noches claras, y como si llevaran descubierta la cabeza.

¡Acaso no hay otro hombre que en grado semejante haya sometido en horas de tumulto su autoridad natural a la de la patria! ¡Acaso no haya romance más bello que el de aquel guerrero, que volvía de sus glorias a descansar, en la casa de palmas, junto a su novia y su hijo! “¡Jamás, Amalia, jamás seré militar cuando acabe la guerra! Hoy es grandeza, y mañana será crimen. ¡Yo te lo juro por él, que ha nacido libre! Mira, Amalia: aquí colgaré mi rifle, y allí, en aquel rincón donde le di el primer beso a mi hijo, colgaré mi sable”. Y se inclinaba el héroe, sin más tocador que los ojos de su esposa, a que con las tijeras de coserle las dos mudas de dril en que lucía tan pulcro y hermoso, le cortase, para estar de gala en el santo de su hijo, los cabellos largos.

¿Y aquél era el que a paso de gloria mandaba el ejercicio de su gente, virgen y gigantesco como el monte donde escondía la casa de palmas de su compañera, donde escondía “El Idilio”? ¿Aquél el que arengaba a sus tropas con voz desconocida, e inflamaba su patriotismo con arranques y gestos soberanos? ¿Aquél el que tenía por entretenimiento saltar tan alto con su alazán Mambí la cerca, que se le veía perder el cuerpo en la copa de los árboles? ¿Aquél el que jamás permite que en la pelea se le adelante nadie, y cuando le viene en un encuentro el Tigre al frente, el Tigre jamás vencido brazo a brazo, pica hondo al *Mambí* para que no se lo sujeten, y con la espada de Mayor, y la que le relampaguea en los ojos, tiene el machete del Tigre a raya? ¿Aquél que cuando le profana el español su casa nupcial, se va solo, sin más ejército que Elpidio Mola, a rondar, mano al cinto, el campamento en que le tienen cautivos sus amores? ¿Aquél que cuando mil españoles le llevan preso al amigo, da sobre ellos con treinta caballos, se les mete por entre las ancas, y saca al amigo libre? ¿Aquél que, sin más ciencia militar que el genio, organiza la caballería, rehace el Camagüey deshecho, mantiene en los bosques talleres de guerra, combina y dirige ataques victoriosos, y se vale de su renombre para servir con él al prestigio de la ley, cuando era el único que, acaso con beneplácito popular, pudo siempre desafiarla?

¡Aquél era; el amigo de su mulato Ramón Agüero; el que enseñó a leer a su mulato con la punta del cuchillo en las hojas de los árboles; el que despedía en sigilo decoroso sus palabras austeras, y parecía que curaba como médico cuando censuraba como general; el que cuando no podía repartir, por ser pocos, los *buniatos* o la miel, hacía *cubalibre* con la miel para que alcanzase a sus oficiales, o le daba los *buniatos* a su caballo, antes que comérselos él solo; el que ni en sí ni en los demás humilló nunca al hombre! Pero jamás fue tan grande, ni aun cuando profanaron su cadáver sus enemigos, como cuando al oír la censura que hacían del gobierno lento sus oficiales, deseosos de verlo rey por el poder como lo era por la virtud, se puso en pie, alarmado y soberbio, con estatura que no se le había visto hasta entonces, y dijo estas palabras: “¡Nunca permitiré que se murmure en mi presencia del Presidente de la República!”

¡Esos son, Cuba, tus verdaderos hijos! ■

*El Avisador Cubano*, Nueva York, 10 de octubre de 1888. En José Martí, *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, t.4, pp. 358-362.

# A la de colibri



A CARGO DE ALPIDIO ALONSO-GRAU

## DONDE EL AMOR SE DICE EN SÍLABAS CONTADAS

**A** un cuando la décima que se escribe actualmente entre nosotros se ha abierto al canto de una gran diversidad de temas que desbordan los contenidos de aquellos con los que tradicionalmente se le asociaba, el amor –tema eterno de la poesía– continúa siendo un argumento preferido por los cultivadores de esta popular estrofa. La muestra de espinelas que proponemos, justamente centrada en esa temática (aquí enfocada desde una perspectiva de extrañamiento), da cuentas de una de las más fértiles corrientes de diálogo de la poesía cubana contemporánea con el caudal de nuestra gran tradición lírica, al tiempo que subraya el vigor que mantiene el cultivo de la décima entre las recientes promociones de poetas de la Isla. Son voces que nos llegan desde disímiles puntos de su geografía para engrosar –cada una desde su peculiar registro–, el polifónico discurso del que, a juicio de este compilador, sigue siendo el género literario más extendido y vital en nuestro país.

## FE DE ERRATAS

Donde dice solo un beso,  
debe decir todo el mundo,  
y donde dice un segundo  
es un año de regreso.  
Tachen la palabra preso  
porque estoy libre en su amor.  
Cambien, además, color  
por primavera o por vida,  
y donde dice vestida  
es desnuda, por favor.

ANTONIO RODRÍGUEZ SALVADOR (Taguasco, 1960)

GLOSAS A SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

En la noche voy tras ella  
por este cuarto vacío.  
No importa el insomnio, el frío,  
si puedo encontrar la huella.  
De alguna forma su estrella  
se perdió bajo mi mano.  
Ay, no imaginas, mi hermano,  
cuánto destruye la ausencia  
y en medio de esta demencia  
siento un anhelo tirano.

No es un fantasma, lo juro.  
Su imagen secreta pasa  
y arde todo entre la brasa  
de un fuego más tierno y puro.  
Sintiendo su voz abjuro  
de aquello que toco y miro,  
no puedo hablar, no respiro  
para que dure el encanto.  
Espero más, otro tanto  
por la ocasión a que aspiro.

Y sin querer hallo muerte  
en la mínima distancia  
que acaba con la arrogancia  
de mis deseos, ah suerte.  
En ese momento advierte  
su mirada que deliro  
y guardándome un suspiro  
me salgo a buscar la paz  
pues nunca he temblado más  
que cuando cerca la miro.

Nos va uniendo la lectura  
de un libro casi olvidado.  
Ambas, con mucho cuidado,  
sospechamos la aventura,  
la innegable marca oscura  
que habita el verso profano  
y evitando ese pantano  
de las más bajas pasiones,  
acodada en los rincones  
yo misma aparto la mano.

MARILYN ROQUE GONZÁLEZ (Jagüey Grande, Cuba, 1972)

CADA SÍLABA FUERA SU RECUERDO

1  
 era dulce  
                   un paraíso  
 bajo mi planta se atreve  
 cuando  
                   —hecha ternura—  
   mueve  
 la sed que negarnos quiso  
 me ha dado el tiempo permiso  
 para nombrarla  
                                   quisiera  
 que cada sílaba fuera  
 su recuerdo  
                           pero ensaya  
 su verde ya en otra playa  
 distinta la primavera

2  
 era violenta  
                   en el aire  
 colgaba su voz un reto  
 si  
           desnudo  
                           el alfabeto  
 se deshacía en donaire/  
 solo  
           he soñado al socaire  
 de la penumbra esa boca  
 precipitada que aloca  
 mi dolor  
                   y se me ha roto  
 para nunca  
                   sobre un loto  
 la suspicacia que invoca

3  
 era frívola  
                   no cupo  
 cerca de mi su estatura  
 sin antifaz  
                   ¿quién conjura  
 la tristeza que alguien supo?  
 ha vuelto el nombre  
                                   me ocupo  
 de su emoción  
                           de aquel talle  
 bien ceñido que a la calle  
 me conminaba/  
                           cautivo  
 de su rostro

                          hay un motivo  
 que pernocta en otro valle  
  
 4  
 era tímida  
                           grababa  
 sobre mis ojos qué anhelo/  
 recién nacido  
                           su pelo  
 trocado en seda  
                           volaba  
 pero yo andaba  
                           yo andaba  
 sediento su geografía/  
 tal vez caprichosa  
                           un día  
 se fue  
                           quebrando el asombro  
 y anda por el mundo un hombro  
 que la sueña todavía

ARÍSTIDES VALDÉS GUILLERMO (Corralillo, 1960)



CASI ALONDRA

¿Y tú, mi novia primera  
 —casi alondra, casi beso—;  
 que inundabas mi regreso  
 sin sospecharlo siquiera?

Tu risa de entonces era  
 casi anuncio de un convite,  
 y hoy tu imagen se repite  
 caminando sobre el mar,  
 invitándome a sacar  
 al amor de su escondite.

Yamil Díaz Gómez (Santa Clara, 1971)

DIÁLOGO SOSTENIDO CON LOS OJOS  
DE UNA MUJER QUE PASA

*...nos miramos cada vez más de cerca y los  
ojos se agrandan, se acercan entre sí, se  
superponen...*

Rayuela. Cap. 7

Como un labio al filo, eterno,  
se trenza un pez con el agua:  
vuelta, la mirada fragua  
cenizas para el invierno.  
Ata sombras que gobierno  
sin luz cuando el sueño pasa;  
tú vas dejando a mi casa  
menos mía y con más luz,  
pero en qué sitio la luz  
no armó de un gesto a mi casa.

Toco tu voz. La ventana  
toca el viento de perfil;  
conozco al viento: marfil  
que alumbra con la mañana.  
Toco tu voz. La campana  
guarda su silbo en el pecho.  
Pero callas, y qué estrecho  
se desnavega el temblor  
del viento –cruz de calor–  
que agota su hambre en el techo.

Barco sin paz, de una ola  
tus ojos son la silueta.  
Son tus ojos: la viñeta  
de una playa. Nunca sola  
tu mirada me enarbola  
sobre el mar y luego yace.  
Luego se va. Luego nace  
la sombra y el barco es nada.  
Luego no estás. La mirada  
se va, se va... se deshace.

JORGE LUIS MEDEROS BETANCORT (Santa Clara, 1963)

PARTE METEOROLÓGICO

No lloverá. Si no estás  
no llueve: el cielo no sabe.  
Si acaso, una brisa suave  
dirá que ya no vendrás.  
No lloverá. Si no das  
permiso, no habrá aguacero.  
Si acaso, un olor ligero  
advertirá tu tardanza  
y el mar repondrá su danza  
de espuma y mástil viajero.

No lloverá. Si no vienes  
la lluvia no va a saber  
sobre qué calle caer,  
en qué esquina, en qué contenes.  
No lloverá. Si no tienes  
el pelo suelto en la acera  
la última nube viajera  
no sabrá dónde primero,  
donde no y donde sí, pero...  
cuál, y qué, y de qué manera.

No lloverá. Si no ordenas  
tus manos bajo el paraguas  
¿qué podrán hacer las aguas,  
tan jóvenes, tan ajenas?  
No olvides que el cielo apenas  
sabe qué sucederá  
cuando llueva. No sabrá  
cómo controlarse él mismo.  
Si tú no traes el lirismo  
de tu piel, no lloverá.

ALEXIS DÍAZ PIMENTA (La Habana, 1966)



ROMANZA

*A Héctor*

*Que venga, que venga luego  
a mi templo en la montaña.*

*José Martí*

Lo vi bajando una oveja,  
moreno, tibio, desnudo.  
Lo vi bajar y no pudo  
mi corazón sin pareja  
ponerse a ocultar la queja,  
si fue canto, luz y apego.  
Quisiera enseñarle el juego  
que aprendí tras el dintel;  
dile al pastor, dile a él  
que venga, que venga luego.

No lo sabrán en la villa,  
ni los ecos de su duda.  
No lo sabrán si me ayuda  
a escalar la maravilla.  
No me quedo en esta orilla  
de deseo, piel y caña.  
Es amor y no me engaña,  
ha comenzado a latir.  
Que no deje de subir  
a mi templo en la montaña.

GLEYVIS CORO (Pinar del Río, 1974)

EPÍSTOLA AL TOBOSO

No puedo ser Don Quijote.  
Compréndeme, Dulcinea.  
Ya no asombra mi pelea  
con los molinos. Al trote  
del rocín voy sin que note  
nadie el rumbo de mi lanza.  
He perdido la esperanza  
de ser Alonso Quijano.  
Falló el plan. Todo fue en vano.  
Adiós. Tuyo,

Sancho Panza

JOSÉ LUIS SERRANO (Holguín, 1971)

FUGA

Cuando del ángel que lleva  
tez marrona y alas rojas  
ceñidas al pecho, escojas  
su impiedad, hambre longeva:  
trueca las señas, eleva  
con ellas mi cara al cielo.  
Querré maldecir tu pelo.  
Tildaré de inoportuno  
su vuelo aciago. Ninguno  
de tus cabellos de hielo  
anhelaré. Ni me hará  
mella el ardid de tus dientes.  
Vendrán tus uñas calientes  
a traicionarme. Vendrá  
tu dedo frágil. Quizá  
tu velo en muchos reflejos  
rasgará mis ojos viejos  
que, de verte, se hartarán  
(aun sin verte): reirán  
del ángel rojo, a lo lejos.

ABEL GONZÁLEZ MELO (La Habana,  
1980)



ESTÁN CAYENDO LOS VERSOS

Están cayendo los versos  
al fondo de tu mirada  
con su nítida cascada  
de fieros rasgos dispersos.

Se van todos, tan adversos,  
cantando fiebre a tus ojos.

Tersos se van sus manojos  
a volcarse en tu mirar:  
el verso es tiempo de andar  
desbrozando tus antojos.

JORGE ÁNGEL HERNÁNDEZ PÉREZ (Vueltas, 1961)

A CARGO DE RAFAEL POLANCO

## Martí entre los jóvenes del ISDi

Entrevista a María Eugenia Azcuy

**E**stamos en la sede del Instituto Superior de Diseño (ISDi) con la profesora María Eugenia Azcuy, para hablar de la provechosa colaboración que se ha venido desarrollando entre la Cátedra martiana “José Cantón Navarro”, que ella preside en el ISDi, y la Sociedad Cultural “José Martí”. Quisiera comenzar entonces pidiéndole a María Eugenia que nos explique en qué consisten los proyectos que se han venido llevando a cabo entre ambas instituciones.

Martí siempre ha sido, como dijo el poeta Lezama Lima, un misterio que nos acompaña, y a mí siempre me ha motivado una de las frases del ensayo *Nuestra América*: “la salvación está en crear”, y crear es la palabra de pase de esta generación. A partir de ahí y pensando en cómo lograr que los estudiantes aprendieran reflexionando y estudiando la vida y obra del Apóstol, comenzamos a trabajar.

Nuestra Cátedra “José Cantón Navarro” fue inaugurada en el año 2000, es aún joven –también nuestra universidad es una de las más jóvenes del país–, y los diseñadores teníamos que empezar a proyectarnos a partir de lo útil, una idea que también trabajó tanto nuestro

Apóstol. O sea, que pudiéramos ponernos en función de qué se necesitaba, para qué se necesitaba y con qué objetivo.

Comenzamos a trabajar con el pensamiento martiano y a reunir a un grupo de estudiantes para que se sumaran a la Cátedra. En octubre del año pasado se expuso el primer trabajo de carteles, al cual se le llamó “En todas partes soy” y así ha quedado como nombre para el proyecto, parafraseando los versos sencillos de Martí: “Yo vengo de todas partes/ Y hacia todas partes voy / Arte soy entre las artes/ Y en el monte, monte soy”. Fue un nombre seleccionado por



los jóvenes estudiantes que hoy presiden el proyecto. En esa primera muestra presentamos todos los carteles creados y después se hizo una selección para exponerlos en el Museo Casa Natal José Martí el 28 de enero. Creo que un factor muy importante fue el apoyo decidido que nos ofreció todo el tiempo la Sociedad Cultural “José Martí”. Nos dimos cuenta de que con esa unión, con ese trabajo colectivo, se podía lograr el proyecto. Hoy es uno de los más importantes del Instituto, y ya casi ha sido reconocido nacionalmente, porque hemos recorrido otras instituciones y comunidades, pero lo mejor ha sido poder llegar con Martí no solo a la élite sino a otras esferas.

*¿Cuántos carteles se presentaron?*

Fueron 16 carteles, trabajados por 12 diseñadores, la mayoría de la carrera de Comunicación Visual, o sea, lo que se conoce como diseñadores gráficos.

Después quisimos hacer otra acción y trabajamos con el Centro de Estudios Martianos en la conmemoración del 120 aniversario del ensayo “Nuestra América”. Hemos colaborado con ellos y ha sido un éxito que a través del proyecto hayamos logrado que nos ayuden a trabajar a Martí, así como todo

el apoyo ofrecido por la Oficina del Programa Martiano.

Como profesora de Cultura Cubana, me di cuenta de que era difícil lograr que los estudiantes leyeran e interpretaran completamente un ensayo tan importante y tan vigente en nuestros días. Todo se quedaba en una comprobación escrita en clase, pero no veía el interés por vincular la cultura y el ensayo al perfil de ellos como diseñadores. Me propuse entonces ver qué sucedía si desde el cartel ellos trabajaban una idea expresada en el ensayo. Se seleccionaron muchas frases por tres equipos conformados entre un poco más de sesenta estudiantes incorporados a esta segunda acción. Surgieron excelentes carteles que fueron expuestos en el evento internacional convocado por el Centro de Estudios Martianos el 19 de mayo, con la presencia de sus autores. Los carteles gustaron muchísimo. Tienen un estilo contemporáneo donde la imagen visual lo dice todo. Creo que el diseño tiene que

lograr eso: llegar con ese mensaje, con esa fuerza que a veces tiene la palabra, pero que también tiene la imagen. En este caso se unieron los dos factores: la frase escrita y la imagen del Apóstol.

Hemos continuado trabajando estos proyectos con el apoyo de la Sociedad Cultural “José Martí” y de otras instituciones. También logramos que el profesor Jorge Lozano, tan conocedor de la obra de Martí, se uniera a nuestro colectivo y a nuestra cátedra para impartir el curso “Vida y obra de José Martí”, como parte del curso lectivo, y también de posgrado para los profesores y todos los que de otros clubes martianos quisieron sumarse. El curso se está dando por segunda vez en nuestra universidad y tenemos la idea de que quede permanentemente dentro de las acciones del proyecto.

Se diseñó el almanaque martiano. Con ayuda de Lozano se pudieron seleccionar las efemérides más significativas del año 2012 y el almanaque ha quedado realmente

impresionante, bellissimo. Ahí estarán expuestos los doce carteles correspondientes a los meses del año con sus efemérides.

*En este número de la revista en el reverso de contraportada aparece el almanaque con los doce carteles, uno por cada mes.*

Esta iniciativa de *Honda* me hace muy feliz porque eso permitirá que muchos jóvenes puedan conocerlo y tenerlo.

Tenemos la idea que esos carteles también sean expuestos en el lobby del Palacio de las Convenciones cuando se realice la Conferencia del Partido, y que se pueda entregar a cada delegado a esa reunión tan importante ese almanaque 2012.

Son muchas las acciones que se están pensando. Se va a trabajar ahora, dentro del curso de Lozano, en otro almanaque por el significativo aniversario de la fundación de la FEU. También nos proponemos participar en el aniversario de la fundación del



Diseño: Robiert & Javier / 2011



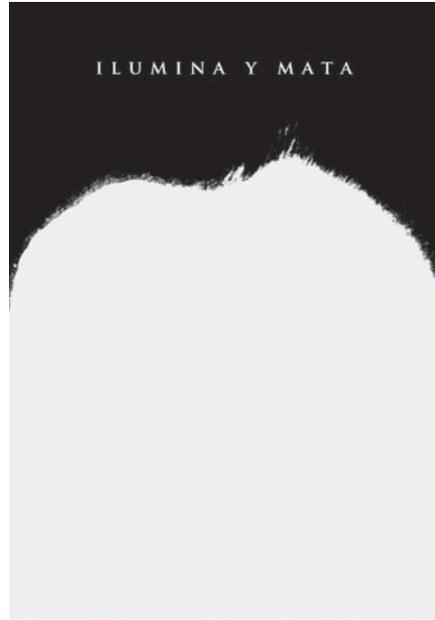
Diseño: Javier / 2011



Diseño: Patricia, Darío y Sergio / 2011



Diseño: J. Pedro Camejo / 2011



Diseño: Kmila Berazaín / 2011



Diseño: Irina Gil / 2011

Partido Revolucionario Cubano. Queremos hacer una antología con las mejores décimas improvisadas cantadas a José Martí, y hacerlo con un diseño que pueda ilustrar los textos del libro. Pensamos en las décimas cantadas porque se ha recogido mucho lo escrito, pero nuestros improvisadores, que son tan buenos a todo lo largo de la Isla, le han cantado a Martí, y esa memoria oral se está perdiendo. El propio Martí se refiere a tantas décimas cantadas por nuestros mambises que se perdieron. Tenemos que rescatar estas décimas, esa memoria oral. Creo que Lazcano, Adelaida, usted, ya han hablado con Hart para ver de qué manera se puede imprimir esta antología.

Nos gustaría que ustedes, a través de esta colaboración, nos ayuden para que nuestros diseñadores pudan crear su propio Martí, porque durante mucho tiempo su imagen ha sido recreada por artistas de la plástica, por escultores, pero realmente los diseñadores nunca han tomado partido para

hacer un cartel. Un cartel de un artista plástico es muy diferente al de un diseñador, los códigos son otros. Por primera vez el 27 de enero se mostró una exposición de jóvenes cartelistas con el tema martiano donde todos son diseñadores gráficos. Queremos el Martí de los diseñadores, hecho por nuestros estudiantes, y que ellos se puedan identificar con la imagen que han creado.

Desde que comenzamos este trabajo de la Cátedra nos propusimos que fuera un proyecto interdisciplinario, con las tres funciones sustantivas de las universidades muy claras: la formación, la investigación y la extensión universitaria, que tanta falta hace en toda la universidad no solo para preservar nuestra cultura, sino para promoverla.

Y así lo estamos haciendo y logrando que los estudiantes se identifiquen con su Martí. Porque no es lo mismo el Martí nuestro que el de ellos, y él ha sido el hilo conductor de esta Revolución y sigue estando entre la juventud

cubana, solo que de una manera diferente. Hay que enseñar a amar a Martí, pero sin imponerlo, sino motivando a los estudiantes desde su pensamiento actual, porque cada época es un reflejo del momento histórico que se vive, y creo que hay que respetar ese momento histórico que está viviendo nuestra juventud, y con estas ideas, que no dejan de ser responsables y comprometidas, lograr que ellos se adentren en Martí y se apropien de él.

*Me gustaría que me hablaras ahora de un proyecto donde nosotros también tangencialmente nos insertamos, que fue el de Girón, cuando se llevó la exposición a la Ciénaga de Zapata.*

Esta fue otra idea que estuvimos trabajando con la Sociedad Cultural "José Martí". Pienso que nuestra carrera es muy útil porque está dirigida al público, a lo que es campaña para divulgar ideas. Se trabaja imagen, logotipo, identidad, y precisamente otro grupo de estudiantes creó una identidad sobre Girón, con



Diseño: Mónica, Yanet y Claudia / 2011



Diseño: Yelene, Ernesto y Sissy / 2011



Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero. Estos nacidos en América, que se avergüenzan porque llevan delantal indio. José Martí.

Diseño: Brenda, Claudia y Maylin / 2011

ese poema que ya ha pasado a ser legendario en la literatura cubana, parte de su patrimonio cultural, que es la “Elegía de los zapaticos blancos”. Quizás dentro de algunos años la gente no recuerde quién fue el autor, pero lo más importante es que va a quedar en la memoria del pueblo. ¿Qué niño cubano no ha recitado en algún momento algún fragmento de ese poema? Incluso, gracias a la Sociedad Cultural “José Martí” tuvimos la oportunidad de participar en el evento de “Ética y sociedad”, efectuado en Jagüey Grande, y llevar la propuesta nuestra de esta identidad de la “Elegía de los zapaticos blancos” y todo lo que se ha hecho. Y fuimos allá, a la comunidad de Soplillar, pudimos estar con Nemesia, pudimos estar en Girón y, desde luego, en Jagüey Grande, que fue donde sesionó el evento teórico.

Yo diría que incluso tuvieron el mérito de adelantarse a lo que después fue el centro de la propaganda por el aniversario 50 de Girón alrededor de los zapaticos de Nemesia:

*la presencia de la propia Nemesia en la actividad dedicada a Girón en el Congreso del Partido. Otro poema que sirvió para el diseño gráfico fue el de Fayad Jamis, y la idea “la sangre trazó una raya”, que también se utilizó.*

Creo que lo más parecido a la poesía es el diseño, porque la poesía es síntesis. El diseño solo necesita trazos, necesita síntesis, comunicar a través de este mensaje. A veces no hace falta decirlo todo, pero se logra, a través de una síntesis, decir lo que se quiere. Ellos lograron, a partir de la poesía, toda esa frescura, toda esa comunicación y esa magia que se puede lograr con el momento poético.

*Reiteramos el interés de Honda en establecer una colaboración sistemática con ustedes porque pienso que se pueden enriquecer sus páginas con ilustraciones provenientes de estudiantes del ISDi, y siempre va a ser provechoso para las dos partes.*

Pienso que sí. Como decía Martí, hemos de andar en cuadro apre-

tado. Así es como se logran cosas. Vamos a seguir colaborando juntos. A nosotros, como universidad que quiere estar a la vanguardia de todo esto, nos satisface mucho que una institución tan importante nos reconozca el trabajo y les agradezcamos que nos tengan en cuenta.

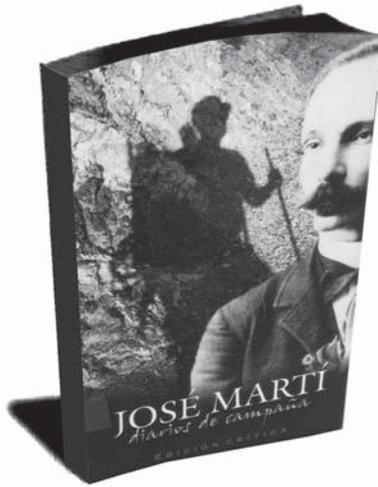
Agradecemos a la profesora María Eugenia Azcuy por estos conceptos tan interesantes que nos ha expresado y por la explicación que nos ha dado. Esperamos que esa colaboración sea permanente y se enriquezca aún más. ■

# Páginas nuevas

## Diarios de campaña

Los *Diarios de campaña* de José Martí han sido una de las recreaciones más certeras del contexto Caribe, de la agonía de los hombres que peregrinan prisioneros de las aguas por “islas que se repiten”. En ellos se puede percibir cada detalle de un paisaje, a veces paradisíaco, otras opresivo, que define al hombre antillano que como Calibán se rebela y conspira. Entre el batey y el negro, entre los ríos y el mar, Martí parte a la patria emancipada de ensueños. En medio de una travesía azarosa, la escritura no puede ser menos que fragmentaria y como tal se manifiesta suelta, nerviosa, pero al mismo tiempo es consistente y fuerte; no es gratuito entonces que se consideren los *Diarios de campaña* como uno de sus textos de madurez.

La reciente publicación de la edición crítica de *Diarios de campaña*<sup>1</sup> por el Centro de Estudios Martianos se presenta como una propuesta sugestiva que invita a una lectura contemporánea del texto. Aunque se trata de una edición modesta, es sinónimo de un detallado ejercicio de investigación y de adaptación del texto a los códigos lingüísticos del lector actual, sin que por ello se afecte el sentido o se pierda la esencia del peculiar



estilo martiano. Dicha publicación ha sido ordenada de acuerdo con la propuesta editorial de *Diarios de campaña* que realizara la propia Mayra Beatriz en 1996 para la Casa Editorial Abril<sup>2</sup> aunque en esta se ha realizado una transcripción de los manuscritos con cambios sustanciales tales como la inclusión de una ortografía modernizada y la sustitución de las particulares abreviaturas martianas por palabras completas que permiten que el texto pueda apreciarse de una manera más actualizada sin que pierda por ello su naturaleza. No obstante, este deseo por facilitar la lectura no descrea las funciones específicas e informativas de una edición crítica y anexa, para los lectores más exquisitos, la lista de abreviaturas originales al tiempo que respeta el uso de los signos de puntuación que definen la escritura de José Martí.

La edición que nos ocupa considera ambos diarios, es decir: De Montecristi a Cabo Haitiano y las

cincuenta y seis hojas sueltas que conforman el periplo De Montecristi a Cabo Haitiano y los apuntes concentrados en De Cabo Haitiano a Dos Ríos como un cuerpo único, que se ubica dentro de la naturaleza de la vida en campaña, de este modo se vence –en lo posible– la noción de fragmento y se inserta la escritura en un sistema de pensamiento y de vida.

Los diarios en sí mismos resultan siempre atrayentes por esa fe de vida que le proveen a la escritura. Los de viaje aportan, además, la inclusión de un ritmo acelerado donde se condensa un cúmulo sustancial de datos que seducen y complacen al lector. Sin embargo, no es menos cierto que en ocasiones la carencia de información de aquello que para el narrador no es más que un referente íntimamente conocido es capaz de convertir al texto en jeroglífico críptico imposible de decodificar. Las notas al pie en escritos como los que antes describo no son simple información agregada sino paratexto imprescindible para lograr, como diría el Quijote: “desentrañarles el sentido”.

Si algo hace de esta edición crítica un texto sugerente es el nivel de detalle con que se ha trabajado cada referencia, cada suceso. No se trata de la nota fría y taxonómica que en ocasiones lejos de aclarar oscurece la lectura, sino de complementar el relato con la información necesaria a manera de pequeñas narraciones agregadas que van desde los hechos o los personajes históricos hasta el mito o la especulación:

Aunque se dice que envenenó a Limbano primero y luego disparó

<sup>1</sup> José Martí, *Diarios de campaña. Edición crítica*, investigación, prólogo y anexos de Mayra Beatriz Martínez, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2011. (Una versión de esta reseña aparece en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 31, La Habana, 2008, pp. 283-285 a propósito de la edición anterior del volumen).

<sup>2</sup> J. Martí, *Diarios de campaña*, edición crítica –cotejada según originales–, presentación y notas de Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, Casa Editora Abril, La Habana, 1996.

sobre su cuerpo, existe también la versión de que le dio muerte de un machetazo por la espalda, que casi le cercenó la cabeza.<sup>3</sup>

[...]

Esta arma, que Martí menciona, debe ser la que lo acompaña al caer en Dos Ríos, descrita en el informe presentado por el Coronel José Ximénez de Sandoval, jefe de las fuerzas españolas en el combate, como: “un revólver con culatín de

nácar.” Ximénez de Sandoval se lo obsequió nada menos que al general Arsenio Martínez Campos.<sup>4</sup>

Se disfruta con igual avidez el texto martiano como las referencias utilizadas para esclarecerlo. El ejercicio de investigación no se concentra solo en las notas antes referidas, los “Anexos” proporcionan un valioso cúmulo de información relativa a las figuras representativas mencionadas y a los lugares vinculados a la ruta

martiana, al tiempo en que expone un glosario de localismos y otros términos significativos junto a las ya citadas abreviaturas referidas en los manuscritos. El viaje no queda trunco, el fragmento lejos de develar deleita; cada agonía, cada figura determinante, cada paisaje, cada lengua se muestra reveladora del Caribe y de las ansias de un hombre que para llegar a su patria se lanza a la aventura.

DANAY LÓPEZ VÁZQUEZ

<sup>3</sup> J. Martí, *Diarios de campaña. Edición crítica*, p. 143 (nota al pie 534).

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 103 (nota al pie 334).

## Una indagación en torno a la poética martiana en tierra azteca

De algunos poetas románticos mexicanos en Martí, escrito por la poeta e investigadora Caridad Atencio y editado en el año 2010 por la editorial del Centro de Estudios Martianos, es un excelente libro que establece un acercamiento crítico a la poesía escrita por Martí durante su primer viaje a México, entre los años 1875 y 1877.

En este singular texto la autora demuestra la influencia que ejercieron los poetas mexicanos Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Manuel María Flores y Salvador Díaz Mirón en la formación de la lírica martiana. A través de un audaz rastreo literario, proporciona elementos que, por un lado, escudriñan en el discurso poético martiano en cuanto al romanticismo como movimiento literario, y por otro, permiten establecer analogías entre las poéticas de ciertos escritores mexicanos



de la segunda mitad del siglo XIX y la obra del Apóstol, alimentada, en sus años juveniles, por el estilo romántico de la época.

Luego de un análisis profundo, lleno de suspicaces argumentaciones, la autora nos muestra una serie de confluencias que, sin caer en los estereotipos del movimiento

literario, acercan a Martí al romanticismo hispanoamericano.

El contacto con la poética de Manuel Acuña, como bien demuestra Caridad Atencio, le permitió desarrollar, sobre todo en sus poemas de madurez, uno de los principios fundamentales de su producción literaria: la relación vida-muerte en el universo natural, donde nada muere porque la muerte se transforma en vida. Por eso “[...] del madero / Muerto, sale volando un ave de oro”;<sup>1</sup> porque “la materia, inmortal como la gloria / Cambia de formas pero nunca muere”.<sup>2</sup> Con el poeta Juan de Dios Peza, su amigo más cercano

<sup>1</sup> José Martí, “Dos milagros”, en *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, t. XV, p. 168.

<sup>2</sup> Caridad Atencio, *De algunos poetas mexicanos en Martí*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, p. 47.

durante su estancia en México, Martí compartió la exaltación del sentimiento amoroso, el cual constituye un rasgo característico del romanticismo.

Al adentrarnos en el estudio de la poética de Manuel María Flores, la investigadora nos muestra la intensificación del sentimiento amoroso a través del empleo del erotismo, guiado por símbolos tan significativos como los cabellos de una mujer. Años más tarde, al escribir los *Versos sencillos*, Martí recurrió a este elemento, escondido en lo más recóndito de su mente como un recuerdo aprendido durante una etapa de formación creativa, para regalarnos un sensual poema con una impresionante carga erótica:

*Mucho, señora, te diera  
Por desenredar el nudo*

*De tu roja cabellera  
Sobre tu cuello desnudo:*

*Muy despacio la esparciera,  
Hilo por hilo la abriera.<sup>3</sup>*

La búsqueda de similitudes continúa con el estudio de la primera etapa (1874-1892) de la poética de Salvador Mirón. Aquí aparecen algunos rasgos, recurrentes en toda la obra martiana, que anuncian el paso del posmodernismo al modernismo: el empleo de sustantivos pertenecientes a la naturaleza que hablan de la necesidad de la armonía universal: “águila”, “gusano”, “víbora”, “mariposa”, “oruña” y la conformación de una poesía con una clara función social, destina-

<sup>3</sup> J. Martí, “Poema XLIII”, en *Obras completas. Edición crítica*, t. XIV, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, p. 348.

da a mejorar la existencia de “los pobres de la tierra”.

El libro concluye con un grupo de acertadas anotaciones en las que Caridad resume, de manera concisa, el contenido de todo el texto. Pero esas notas, además de condensar toda la información aportada a lo largo de la obra, aportan un giro que matiza el minucioso estudio: estos poemas influyen en la poética martiana; pero, a su vez, se retroalimentan, se transmutan y confluyen en el impresionante radio de acción de un hombre excepcional. Se puede afirmar que estamos ante una indagación que abre las puertas al descubrimiento, que incita al estudio de novedosas zonas poco estudiadas dentro del universo poético de José Martí.

YISLENY LÓPEZ DELGADO

## Para no separarnos nunca más: cartas de Ignacio Agramonte a Amalia Simoni

“Mientras te escribo estos renglones oigo un piano que tocan en una de las casas vecinas. ¡Cómo me hacer recordar a mi paloma arrulladora! Oír un piano y no oír tu voz, y no poderte pedir que cantes, y pensar que estás lejos. ¡Qué tormento, Amalia mía!”

La expresión se repetirá una y otra vez en un epistolario del que cuesta hablar con la voz de la razón. No puede evitar el lector –al menos es mi experiencia– sentir cierto temblor al tocar este libro, imprescindible –y uso el adjetivo, aparentemente desmedido, sin que me tiemble la mano–, este libro imprescindible, decía, para enten-

dernos y asumirnos de una manera más cabal y entrañable.

Parece cosa de locos que un epistolario amoroso, lleno de quejidos, arrumacos y sin alardes de virtuosismo literario, pueda significar tanto para un pueblo. Es así, creo, en todo epistolario que si bien privado, pueda permitirnos sentir el palpitar de una época y sus acontecimientos en el común de los mortales. Y, en particular, sentir la percepción que de tales hechos tuvieron sus contemporáneos. Elda Cento anduvo ese camino al publicar, junto a Gustavo Sed Nieves, las cartas de Consuelo Álvarez de la Vega, una joven de la



que, por supuesto, no hablan los libros de historia.

Ya es ciencia constituida la importancia de tales acercamientos a

la cotidianidad, a la vida del ser tenido por común y corriente. Nadie, por supuesto, es común y corriente. Y los protagonistas de *Para no separarnos nunca más*, a quienes aún podemos sentir temblar y padecer, amar y renacer en estas páginas, son seres excepcionales. Mas no basta ello para convertir en excepcionales estas cartas.

“¡Qué tormento, Amalia mía!” La frase hierde como un cuchillo. Está escrita cuando aún era la paz, cuando Amalia era la novia lejana y el abogado, joven, elegante, hermoso varón, ejercía en la capital. La frase se repetirá una y otra vez, tanto que estas primeras cartas parecen una premonición. La pareja apenas estuvo junta si por tal entendemos la convivencia. Sin embargo, se sienten tan cercanos entre sí... Porque no es este el solo epistolario de amor, o lo es, aunque con esos sutiles y cambiantes rostros y formas del amor. Amar intensamente, amar mucho, no es amar a muchos: puede un único amor llevar consigo el fuego y la diversidad que nunca tendrán mil relaciones baldías. Pobre época la nuestra si ha olvidado algo tan esencial, pobre de nosotros –lo pienso una y otra vez al tener cerca a Ignacio y Amalia– si ya no sentimos así o si por pudor, callamos lo que sentimos. Tremenda pobreza la nuestra si tememos la desnudez en que parece dejarnos la confesión o hacemos del gesto cariñoso un alarde vacío de significado, una forma sin contenido real que expresar.

Si algo maravilla en Ignacio y Amalia es este concierto entre forma y contenido. Disculpen la intromisión de categorías que nada parecen hacer en un libro como este. Mas la belleza de la historia, su esencia, es también la de estas cartas. Las leemos

con fruición porque las sabemos auténticas, porque ellos lo eran. Solo así pudieron soportar tanto. Y al leerlas se nos vuelven más grandes, de una estatura envidiable. Uno de los fundadores de la patria –atiendan los hombres que me leen– fue un marido amantísimo, un enamorado galante. Nunca sintió disminuida su estatura –ni su hombría– por el gesto cariñoso, la preocupación constante, la presencia de la novia.

Ignacio y Amalia son en estas cartas dos enamorados que se solazan en su sentimiento, que se cuentan sus acciones diarias. Y gracias a eso tenemos muchas pistas para completar nuestra visión del siglo XIX cubano. Son juguetones estos novios, inventan su lenguaje, sus palabras. Tal parece –es sensación común a los enamorados– que el idioma habitual no basta para expresar una pasión que se presiente única. Por eso hay que, junto con el amor, reinventar el idioma, desafiándolo, torcerlo si es preciso. Ya lo advirtió Cintio Vitier al comentar el excepcional epistolario de Juana Borrero a Carlos Pío Urbach. En tal caso, se trataba de dos poetas de fina sensibilidad, dados al ejercicio de la literatura. Hasta Juana evitó algunas comas exigidas por la sintaxis, mas la sintaxis suele ser demasiado racional. ¿Qué coma puede evitar ciertas estampidas con el aspecto de una catarata, o qué remanso de paz necesita de puntos? No quiero con ello decir que carezcan estas cartas, las de Ignacio a Amalia, de una adecuada redacción, sino que hay en ellas momentos en que el pensamiento apenas puede ser ordenado: no confundamos la incorrección con el vértigo, con el salto mortal que es toda epístola de esta naturaleza.

Solo se conservan las cartas de él, 123 en total, publicadas por

primera vez íntegramente en este libro, once inéditas o muy poco conocidas, debidamente ordenadas y anotadas –cosa que debemos agradecer, pues la historia se nos hace inteligible– y algo aún más valioso, cotejadas con sus originales. Que solo se conserven las cartas de él es una circunstancia particularmente tremenda. Ni en la posteridad hemos podido tener, juntas, las tantas evidencias, las tantas formas de ser, de este amor. Solo tenemos de Amalia una misiva, escrita diez días antes del 11 de mayo fatal.

Zambrana dice que con pesar cree “que no verás el fin de la revolución”. Estas palabras de Zambrana recién llegado del campo de Cuba, no sé como no me han hecho perder la razón.

Ah! tú no piensas mucho en tu Amalia, ni en nuestros dos ángeles queridos, cuando tan poco cuidas una vida que me es necesaria, y que debes también tratar de conservar para las dos inocentes criaturas que aún no conocen a su padre.

Yo te ruego, Ignacio idolatrado, por ellos, por tu madre y también por tu angustiada Amalia, que no te batas con esa desesperación que me hace creer que ya no te interesa la vida. ¿No me amas?

Además, por interés de Cuba debes ser más prudente, exponer menos un brazo y una inteligencia de que necesita tanto. Por Cuba, Ignacio mío, por ella también te ruego que te cuides más.

Sobran los comentarios. Cuánta humildad la de esta mujer, cuánta sabiduría y tino al evaluar, incluso, la importancia de su Ignacio para la patria. Sobran también mis comentarios que nada tienen que ver con la crítica literaria, o que sí, tienen

que ver con la crítica literaria solo si asumimos la literatura como una experiencia vital y no meramente intelectual. Tal es el caso de este epistolario, imprescindible para conocer a sus protagonistas y al siglo XIX en su sensibilidad, eso que

a veces la escritura de la Historia suele escamotearnos. Imprescindible también para aprender a vivir el amor. Gracias, por tanto, a la Casa Editora Abril, gracias sobre todo a Elda Cento Gómez, Roberto Pérez Rivero y José María Camero Álvarez

y a las tantas personas que a lo largo de los años aportaron lo suyo para que este empeño fuera posible.

MARÍA ANTONIA BORROTO TRUJILLO

## Los ingenios

El libro *Los ingenios*, “el más valioso aporte bibliográfico y artístico que salió de las prensas cubanas en el siglo XIX” ha sido publicado en una edición facsimilar perteneciente a la colección Raros y Valiosos, de la Biblioteca Nacional “José Martí”, con un interesante ensayo introductorio de Zoila Lapique Becali.

Se trata no solo de un libro de arte por su hermosa colección de litografías iluminadas a mano o en blanco y negro por el francés Eduardo Laplante y Borcou, sino de una obra de obligada consulta para conocer la historia de la industria azucarera cubana, gracias a la documentación escrita por el rico hacendado de la ciudad de Trinidad, Justo Germán Cantero, quien aportó una detallada descripción de los ingenios y su estudio técnico-económico.

Este hermoso material tuvo una lenta elaboración entre 1855 y 1857, y vio la luz mediante ocho separatas o cuadernos, de las cuales la última constituía la cubierta o forro para su conservación. En aquellos momentos Cuba era la primera productora mundial de azúcar desde el primer cuarto del siglo XIX, como resultado de la explotación de sus recursos naturales mediante el trabajo esclavo y la más moderna tecnología



européa. Todo ese esplendor económico corría serio peligro ante la difícil situación para adquirir nuevos esclavos, dada la abolición de la trata, y la primera crisis del mundo capitalista. De ahí que los hacendados trataran de divulgar la importancia de la industria azucarera cubana, así como lo que representaba para el país el capital invertido, su novedosa tecnología y su capacidad de expansión.

Las imágenes de las estampaciones comprenden vistas de exteriores y de interiores, planos de las fábricas de los ingenios y de los diferentes equipos o aparatos introducidos como novedad tecnológica y alta capacidad de producción, en el occidente y centro del país, donde se concentraba

entonces 80% de la producción total de azúcar.

La obra consta de las siguientes láminas y páginas de texto sin numerar:

- Prólogo de los editores Laplante y Marquier (una página).

- Texto introductorio escrito por Justo Germán Cantero (14 páginas).

- Texto descriptivo de los ingenios que aparecen en el libro redactado por Justo Germán Cantero (60 páginas).

- Estampaciones o láminas litografiadas e iluminadas por Eduardo Laplante (30 páginas en colores).

- 8 planos de fábricas y casas de calderas, en blanco y negro.

La impresión fue sufragada, en parte, por los dueños de los ingenios y por las suscripciones de las separatas. Esa forma de distribución hace muy difícil poder acceder a una colección original completa. Hasta el momento en el país solo se conservan dos: una en la Biblioteca Nacional y otra en la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, lo cual le otorga un mayor valor bibliográfico a esta edición en un solo volumen, que estará a disposición de los lectores en el resto de las bibliotecas cubanas.



## Carlos E. Bojórquez Urzaiz, yucatero ilustre de cubana raíz

En la tarde del viernes 23 de septiembre, en la sede de la Sociedad Cultural “José Martí”, tuvo lugar la ceremonia de otorgamiento del reconocimiento “La Utilidad de la Virtud”, al destacado profesor Carlos E. Bojórquez Urzaiz, hoy rector de la Universidad del Oriente de Yucatán, digno, leal e ilustre amigo de los cubanos y de nuestra Revolución, quien visiblemente emocionado lo recibió de manos de Armando Hart Dávalos, presidente de la Sociedad Cultural “José Martí”. Fue un acto necesario y justo, emocionante y sencillo, tal como nuestro estimado y querido amigo Carlos lo merecía sobradamente, y en cual se le dio cumplimiento a la Resolución número 77 de 2011 de la Sociedad Cultural.

“La Utilidad de la Virtud” es la máxima distinción que entrega la citada institución “a personalidades e instituciones destacadas en la labor de promoción, divulgación y defensa de los fundamentos de la nación cubana”. Durante la ceremonia de La Habana, el periodista Gustavo Robreño, vicepresidente de la Sociedad Cultural, presentó los elogios al también catedrático e investigador Carlos Bojór-



quez, y el agasajado profesor agradeció el reconocimiento.

Asimismo, el popular trovador cubano Gerardo Alfonso, dedicó a Bojórquez dos de sus temas musicales, y fue ovacionado después de la interpretación de su mítica y famosa canción dedicada al Che Guevara, *Son los sueños todavía*, escrita en 1996. Una

vez más, nuestra felicitación para el fiel amigo Bojórquez con todo el cariño y el afecto de los martianos, porque su obra y su servicio a nuestras patrias bien lo merecen. ■

ELOISA CARRERAS VARONA

## José Joaquín Palma en el centenario de su muerte

La ciudad natal de José Joaquín Palma, su Bayamo querido, donde descansa desde 1951 –cuatro décadas después de su muerte, cuando sus restos fueron repatriados gracias a la comprensión de sus descendientes y durante el gobierno de Jacobo Arbenz

en Guatemala– conoció en el mes de agosto de 2011 el volumen *Joaquín Palma, poesía, epistolario y ensayo*, con el sello de Letras Cubanas, donde aparecen 25 cartas y 64 poemas del autor, así como la biografía que redactara de Carlos Manuel de Céspedes en la etapa

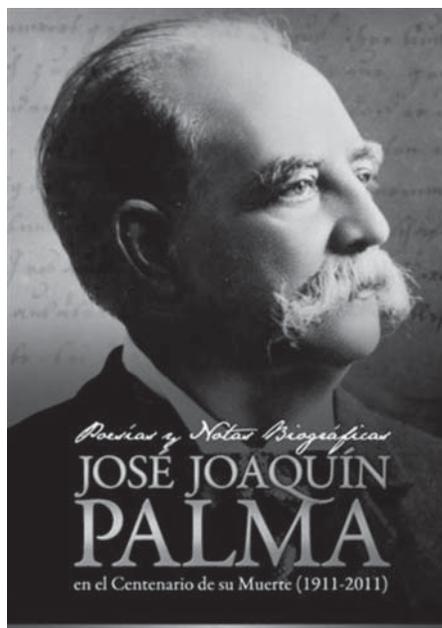
que fuera su secretario personal y uno de sus más cercanos colaboradores. El texto fue preparado por Ludín Fonseca, el Historiador de la Ciudad Monumento. Las cartas de Palma compiladas en esta entrega tienen como destinatario a José Martí, Antonio Maceo, Francisco

Vicente Aguilera, Enrique José Varona, Julio Sanguily y otros revolucionarios contemporáneos.

La Habana también recordó a Palma el 16 de septiembre con una conferencia de la historiadora matancera María del Sagrario López en el Centro de Estudios Martianos, donde brindó detalles de la investigación que desarrolla con la finalidad de preparar la primera biografía del poeta bayamés. Pero los homenajes a Palma se habían iniciado desde antes en Guatemala con una serie de actividades que comenzaron precisamente el 2 de agosto con un acto oficial en el patio central del Palacio Nacional de Cultura y la presencia de los señores Rafael Estrada, vicepresidente de la República; Héctor Escobedo, ministro de Cultura y Deportes; Eliseo Zamora, ministro consejero de la Embajada de Cuba en ese país; y Ana Cintrón de Méndez, tataranieta de José Joaquín Palma y coordinadora general de la semana dedicada al “bayamés errante” –como lo definiera José Martí.

Los amplios pasillos de la majestuosa edificación ya centenaria que alberga al Palacio Nacional de Cultura de Guatemala, enclavado frente al Parque Central y que colinda con la Catedral de la ciudad, fue el espacio seleccionado para una exposición fotográfica que trazó un recorrido por la vida itinerante de Palma en Centroamérica y el Caribe. Muchas imágenes inéditas brindadas por la familia del bardo cubano permitieron apreciar su hacer como poeta, profesor, periodista y director de la Biblioteca Nacional de Guatemala en sus años de estancia en la tierra del quetzal, así como su presencia en Jamaica, Honduras, y en Panamá en los años de construcción del canal, o sus viajes a Estados Unidos.

Fue presentado también esa tarde del 2 de agosto el volumen *Poesías y notas biográficas. José Joaquín Palma en el Centenario de su muerte (1911-2011)*, que devuelve a los lectores la obra poética del autor con las palabras introductorias a la primera edición hondureña de sus poemas en 1882 y de otras posteriores con la firma



de Ramón Rosa, José Martí, Marco Aurelio Soto, Antonio Zambrana, Adolfo Zúñiga, Rafael Spinola, Manuel de la Cruz, Rubén Darío y Lisandro Sandoval. Este volumen –con prólogo del doctor Eusebio Leal Splengler, Historiador de la Ciudad de La Habana– brinda como dato significativo, una cronología de la vida de Palma, confeccionada por la historiadora María del Sagrario López. Aparecen, además, fotos y el árbol genealógico de la familia Palma del Castillo.

El panel “Vida y obra de José Joaquín Palma en el Centenario de su muerte” integrado por investigadores y estudiosos de su obra de Guatemala y Cuba, continuó la jornada de recordación del “bardo bibliotecario” –al decir de Martí– durante la tarde noche del miércoles 3 de agosto. La Universidad Rafael Landívar brindó su espacio mensual conocido como “Miércoles landivarianos” para realizar este viaje por aristas poco conocidas de la vida del poeta bayamés y del mensaje múltiple contenido en sus versos. El ensayista y profesor universitario guatemalteco Marco Vinicio Mejía inició las intervenciones abordando las circunstancias en que surge el Himno Nacional de Guatemala, cuya letra es un poema de José Joaquín Palma, y las circunstancias posteriores que derivaron en los cambios que se le introdujeron a la

letra original. Minutos después, el investigador cubano Mauricio Núñez Rodríguez analizaba la imagen de Palma desde la perspectiva de José Martí, su compatriota y amigo. Finalmente, la historiadora María del Sagrario López brindó una serie de acontecimientos poco conocidos del poeta que son resultado de sus búsquedas desde el año 2006.

Las palabras de apertura y cierre del conversatorio fueron del historiador guatemalteco Miguel Álvarez, quien destacó, no solo la significación de José Joaquín Palma para la cultura y la historia guatemaltecas, sino también los reconocimientos oficiales que recibió en vida por ser el autor de la letra del Himno Nacional, cuya música fue compuesta por Rafael Álvarez Ovalle. Un documental sobre la vida de Palma concluyó la velada que contó con la participación de los familiares del poeta así como de representantes de la Embajada de Cuba en el país centroamericano.

El panel fue auspiciado por la familia Palma del Castillo, la Universidad Rafael Landívar, la Embajada de Cuba en Guatemala y la Sociedad Cultural “José Martí”, como parte de la semana dedicada al escritor y patriota efectuada en Guatemala del 2 al 5 de agosto, que incluyó asimismo la colocación de una placa en la escuela que lleva su nombre en Ciudad Guatemala, momento en el cual se profundizó en la importancia de su presencia en la historia nacional como parte de la emigración cubana llegada a esa tierra hermana en el siglo XIX para continuar su labor intelectual y patriótica.

Durante el mes de agosto, además, en varios centros educacionales de la capital se proyectó un documental sobre la vida de Palma. Pero, incluso, ya en el mes de marzo en la Universidad de San Carlos de Guatemala, durante los días de la VII Conferencia Científica “José Martí y los desafíos del siglo XXI para Centroamérica y el Caribe” –congreso que se realiza cada dos años en la tierra de Miguel Ángel Asturias– se le había dedicado un paréntesis al poeta cubano y centroamericano en palabras de la investigadora cubana

Mayra Beatriz Martínez. Días después, en el Congreso Internacional de Literatura Centroamericana (CILCA) –la cita más importante en la región sobre su creación literaria– durante una sesión de trabajo se proyectó el documental sobre su vida y se escucharon anécdotas y valoraciones sobre su personalidad creadora.

Los dos volúmenes publicados, que tienen como protagonista a la figura de José Joaquín Palma en el año del centenario de su muerte, abren una nueva

etapa para el estudio y divulgación de la vida y obra del poeta, patriota, periodista, biógrafo, diplomático y profesor bayamés. Las ediciones anteriores de la poesía de Palma con que cuentan las bibliotecas cubanas ya tienen más de medio siglo. La más reciente encontrada es una entrega de 1951 con selección, introducción y notas de José María Chacón y Calvo. Las nuevas ediciones muestran documentos inéditos, de difícil consulta, o como la Cronología, que reúne datos y aconteci-

mientos dispersos y desconocidos de su existencia itinerante, además de resarcir una deuda bibliográfica sobre una personalidad significativa de la historia de Cuba, Guatemala y Centroamérica no valorada en su justa dimensión. ■

MAURICIO NÚÑEZ RODRÍGUEZ

## Encuentro Juvenil Nacional "Plaza Martiana"

Con el auspicio y apoyo de la Sociedad Cultural "José Martí", durante los días 9 y 10 de octubre se realizó en La Habana el Encuentro Juvenil Nacional "Plaza Martiana", con el objetivo de reconocer y difundir la participación de la nueva generación en el estudio y la divulgación de la vida y obra de nuestro Apóstol. Participaron jóvenes de todas las provincias del país.

Las instituciones martianas de la capital abrieron sus puertas durante estas jornadas extraordinarias de fin de semana para escuchar la voz de esos jóvenes estudiantes, profesores universitarios, trabajadores que expresaron sus preocupaciones, no solo acerca de la divulgación del legado martiano, sino también acerca de la realidad cubana actual.

El Museo Casa Natal de José Martí fue el espacio donde se inició el encuentro, que continuó ese día en la Fragua Martiana. El segundo día brindaron sus instalaciones el Centro de Estudios Martianos y la Sociedad Cultural "José Martí". En sus palabras a los participantes el compañero Armando Hart destacó la solidaridad de familias martianas que acogieron en sus casas a los delegados, como una forma organizativa novedosa, e insistió en la necesidad de desarrollar un diálogo fecundo entre las generaciones que han tenido un papel protagónico en la



segunda mitad del siglo xx y aquellas que están llamadas a asumirlo bien entrado el siglo xxi.

Quedó constituido el Consejo Juvenil Plaza Martiana y fueron elegidos Amaury Hechavarría Nistal, como presidente; Maykel Aledo Roller, como vicepresidente; Adalberto Hernández Santos, como secretario ejecutivo; y Yanianna Matamoras Perdomo, como tesorera.

El evento concluyó la noche del 10 de octubre, conmemorando el inicio de nuestras luchas de independencia, con un concierto en el que participaron integrantes del Coro y la Orquesta "José Martí", los trovadores Adrián Berazaín y Fernando Bécquer y el dúo Buena Fe. ■

# Nuestros autores

---

## **Alpidio Alonso-Grau**

Ingeniero, poeta y editor. Miembro de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural “José Martí”.

## **Antonio N. Álvarez Pitaluğa**

Profesor de Historia de la Cultura Cubana en la Universidad de La Habana.

## **María Antonia Borroto Trujillo**

Escritora, crítica cinematográfica y profesora auxiliar de la filial camagüeyana del Instituto Superior de Arte. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

## **Eloísa Carreras Varona**

Máster en Ciencias Filosóficas e investigadora auxiliar de la Biblioteca Nacional “José Martí”. Directora del Proyecto *Crónicas* de la Sociedad Cultural “José Martí”.

## **Elda Cento Gómez**

Profesora e investigadora. Vicepresidenta segunda de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba. Asesora de la Dirección General de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey.

## **Lysbeth Daumont Robles**

Estudiante del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana y bibliotecaria de la Oficina del Historiador de la Ciudad.

## **Armando Hart Dávalos**

Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano. Presidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

## **Anette María Jiménez Marata**

Licenciada en Filología. Editora e investigadora del Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”.

## **Yisleny López Delgado**

Licenciada en Letras por la Universidad de La Habana. Investigadora literaria del Centro de Estudios Martianos.

## **Danay López Vázquez**

Licenciada en Letras por la Universidad de La Habana. Profesora e investigadora literaria.

## **Oscar Loyola Vega**

Doctor en Ciencias Históricas. Profesor de la Universidad de La Habana. Miembro de los consejos científicos de la Universidad de La Habana y del Centro de Estudios Martianos.

## **Aida Morales Tejeda**

Investigadora y profesora auxiliar de Historia del Arte en la Universidad de Oriente. Jefa del Departamento de Investigaciones Históricas y Aplicadas de la Oficina del Conservador de la Ciudad de Santiago de Cuba.

## **Ricardo Muñoz Gutiérrez**

Profesor Auxiliar por la Universidad de Camagüey. Presidente de la filial camagüeyana de la Unión de Historiadores de Cuba y miembro de la Sociedad Cultural “José Martí”.

## **Juan Nuiry Sánchez**

Profesor de Mérito. Ex presidente de la FEU. Vicepresidente de la Casa de Altos Estudios “Fernando Ortiz” de la Universidad de La Habana.

## **Mauricio Núñez Rodríguez**

Licenciado en Letras. Ensayista, investigador literario y periodista en la Sociedad Cultural “José Martí”.

## **Roberto Pérez Rivero**

Profesor e investigador. Miembro del Secretariado Permanente de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

## **Rafael Polanco Brahojos**

Licenciado en Historia. Ensayista y profesor de Historia de la Filosofía y de Pensamiento Político. Vicepresidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

## **Randy Saborit Mora**

Periodista de Prensa Latina. Profesor adjunto de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana.